

# CAUSERIES



SELECCIÓN - PRIMERA PARTE

Lucio V. Mansilla

---

---

Lucio V. Mansilla

---

# CAUSERIES

SELECCIÓN - PRIMERA PARTE

Incluye prólogo de Sandra Contreras

---

COLECCIÓN PENSAMIENTO DEL BICENTENARIO

---

BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE LA NACIÓN

Mansilla, Lucio V.

Causeries : selección, primera parte / Lucio V. Mansilla ; incluye prólogo de Sandra Contreras. – Buenos Aires : Biblioteca del Congreso de la Nación, 2022.  
303 p. ; 21 cm. – (Pensamiento del Bicentenario)

ISBN 978-950-691-125-6

I. Narraciones argentinas – Siglos XIX-XX. I. Contreras, Sandra, pról. II. Biblioteca del Congreso de la Nación (Argentina), ed. III. Título. IV. Serie.

Colección:  
Pensamiento del Bicentenario

Director responsable:  
Alejandro Lorenzo César Santa

Compiladores:  
Nicolás González Galatoire, Luis H. Martínez, Ana Laura Rivara

Diseño, compaginación y corrección:  
Subdirección Editorial. Biblioteca del Congreso de la Nación

© Biblioteca del Congreso de la Nación, 2022  
Alsina 1835, CABA

Libro digital, PDF  
Archivo digital: Descarga y online

ISBN 978-950-691-125-6

## ÍNDICE

---

Prólogo	
<i>Las causeries de Lucio V. Mansilla, una narrativa de larga duración,</i> de Sandra Contreras.....	5
Sobre de esta edición .....	41
Los siete platos de arroz con leche.....	43
¿Si dicto o escribo?.....	61
Asmepil .....	73
Horror al vacío.....	79
De cómo el hambre me hizo escritor .....	87
¿Por qué? .....	97
Horfandad sin H .....	141
Catherine Necrassoff.....	151
Bis.....	165
Cómo se formaban los caudillos.....	175
¡Esa cabeza toba!.....	183
Autores, astrónomos y libros para la exportación .....	191



**LAS CAUSERIES DE LUCIO V. MANSILLA, UNA NARRATIVA DE LARGA DURACIÓN**

Sandra Contreras<sup>1</sup>

El 16 de agosto de 1888, el diario *Sud-América* publica “Horfandad sin hache”, una *causerie* del general Mansilla, “cuya reputación de conversador y escritor espiritual —según dice la breve nota que la acompaña— está hecha de largo tiempo atrás”. La *causerie* iniciaba la serie que se publicaría en el periódico, todos los jueves y a veces también algún otro día de la semana, hasta el 28 de agosto de 1890. No era, sin embargo, la primera vez que las columnas de Lucio V. Mansilla eran presentadas en la prensa de Buenos Aires como expresión de una ya probada calidad de conversador. Siete años antes, el 28 de marzo de 1881 *La Tribuna Nacional* publicaba “Sobre cubierta”, el primer artículo que, bajo el seudónimo “Juan de Dios”, Mansilla enviaría al diario como corresponsal desde Europa y con el que iniciaba una colaboración que se prolongaría hasta noviembre de 1883: el suelto que la acompañaba aludía al “distinguido corresponsal” cuya verdadera identidad sin dudas reconocería el lector (“un nombre muy conocido,

1. Sandra Contreras (Rosario, 1963; doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires) es profesora titular de Literatura Argentina I en la Universidad Nacional de Rosario e investigadora principal en CONICET, donde actualmente dirige el Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (IECH). Publicó los libros *Las vueltas de César Aira* (Beatriz Viterbo Editora, 2002) y *En torno al realismo y otros ensayos* (Nube Negra Editora, 2018), numerosos artículos sobre problemas del realismo y narrativas de larga duración en la ficción argentina y latinoamericana contemporáneas, y colaboró en la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, dirigida por Noé Jitrik, con capítulos sobre Benito Lynch, Lucio V. Mansilla y Domingo F. Sarmiento. También editó, con prólogo y selección a su cargo, *El excursionista del planeta. Escritos de viaje*, de Lucio V. Mansilla (Fondo de Cultura Económica, 2012) y actualmente dirige el proyecto “Archivo Lucio V. Mansilla: para una relectura integral”. Entre su fundación en 1991 y el año 2012 fue una de las directoras de la editorial Beatriz Viterbo.

tal vez de los más conocidos entre los argentinos”), toda vez que el texto, presuponía la nota, era “una de esas cartas como solo él es capaz de escribir, entre todos nuestros hombres de letras” y expresaba al “conversador ameno y chispeante que todos recuerdan”. Las columnas que siguieron al artículo, que en breve se titularían “Ecos de Europa” y se escribirían en el formato periodístico de una corresponsalía de noticias, no son *causeries*, tampoco estrictamente cartas; pero en el estilo conversacional de “Sobre cubierta” la redacción de *La Tribuna Nacional* identificaba el sello inconfundible de su autor: esa “amenidad” y esa “chispa” que sin dudas recordaban al cronista de la célebre *Una excursión a los indios ranqueles* de 1870, pero que también remitían a un tipo de relato al que Mansilla venía dándole forma en los periódicos y que los lectores de 1881 tenían, evidentemente, muy presente. En efecto, entre 1878 y 1879, mientras dirige una empresa de explotación de oro en las serranías de Amambay y Maracayú, Mansilla publica, principalmente en *El Nacional* de Buenos Aires y en *La Reforma* de Asunción del Paraguay, una serie de textos (entre otros, “¡Esa cabeza toba!”, incluida en esta antología) a los que todavía no denomina *causeries* pero en los que ya perfila algunos de los procedimientos que las caracterizarán en los años 80, desde el sistema de dedicatorias hasta la escritura como una forma de conversar en el espacio sin reglas del “entre-nos”, e inclusive el diálogo cómplice con un “lector amigo” que “ya conoce sus manías”. Pero más atrás todavía, bien podríamos situar en las columnas de *La Tribuna* en que se publicaron las cartas de la *Excursión*, la emergencia misma de la *causerie* mansilleana. Los marcos que estrena en el conocido cuento del Cabo Gómez, a saber: la transcripción de la oralidad (es la primera historia que Mansilla *transcribe*, entre las varias que dice que se contaron en el primer fogón de la marcha tierra adentro), la escritura a pedido (es un relato que *escribe ahora* haciéndose eco del pedido de José Ignacio Garmendía que, testigo del episodio, le había preguntado varias veces “si no pensaba escribir aquello”) y la dedicatoria entramada en la narración (“Y este cuento me permitirás que se lo dedique a mi amigo Eduardo Dimet que ha hecho la guerra en el Paraguay”); la confluencia de estos protocolos narrativos y no solo su estructura folletinesca, hacen de las

cuatro entregas que componen el cuento de 1870 el primer ensayo de Mansilla en el formato de la *causerie*.<sup>2</sup>

1890-1870: no trazo este recorrido en reversa para establecer un origen sino, en otro sentido, para leer las *causeries* de Mansilla como el despliegue de una narrativa de larga duración que, del fogón que comparte con soldados y con el público del “diario más leído” de Buenos Aires en los años 70 al salón que comparte con la coalición cultural del 80 que lee el diario fundado por Carlos Pellegrini y Paul Groussac, se escribe en distintas coyunturas y tiene diversos escenarios y muchas caras.

Por varios y evidentes motivos, sin embargo, las *causeries* quedarán asociadas a las columnas de fines de la década del 80, cuando expresamente se titulen *Causeries del jueves* en el espacio destinado al folletín del periódico oficialista *Sud-América* y cuando, sostenidas con una periodicidad semanal ininterrumpida a lo largo de dos años, adquieran una consistente visibilidad y conformen una importante serie de más de un centenar de títulos. Son los años del gobierno de Miguel Juárez Celman (1888-1890), expresión triunfante, hasta la Revolución del Parque que precipitó su renuncia en 1890, de la oligarquía liberal en su apogeo, y son los años en que Mansilla, *causeur* estrella en los salones y personaje célebre en la prensa desde tiempo atrás, se convierte en referente principal de la gran “familia juarista” y líder oficialista en el Congreso.<sup>3</sup> Su gesto inicial en el *Sud-América* no hace sino reafirmar esa cohesión. La primera *causerie*, “Horfandad sin hache”, está dedicada a su “amigo Eduardo Wilde” (p. 141)<sup>4</sup>, entonces Ministro del Interior, quien según la posdata le pidió a Mansilla que le refiriera “el cuento que había contado en casa de nuestro noble

2. “Sobre cubierta” y una selección de las columnas “Ecos de Europa” pueden leerse en Lucio V. Mansilla, *El excursionista del planeta. Escritos de viaje*.

3. Asumirá inclusive un rol protagónico como presidente de la Cámara de Diputados en los días críticos de 1890, que por su parte lo llevarán a “suspender” sus columnas “hasta que soplen vientos más propicios para las bellas letras”. Así lo anuncia en la posdata que agrega a la última *causerie* del 28 de agosto de 1890, “La madre y el hijo”. Para facilitar la citación, en adelante remitiré a las *causeries* por su título, entre comillas, sin especificar el volumen en el que luego fueron incluidas.

4. La paginación de las citas corresponde a la presente edición.



amigo el señor Presidente de la República, doctor don Miguel Juárez Celman” (p. 149). La siguiente, del jueves 23 de agosto, “¿Por qué?”, está dedicada “Al Excmo. Señor Dr. Don Carlos Pellegrini” (p. 97), entonces vicepresidente de la Nación, quien le había preguntado, en el Politeama, en el palco mismo de Juárez Celman, por qué había hecho tan joven su primer viaje. Ministro, presidente, vicepresidente, palco y salón íntimo presidencial: desde el comienzo, se hacen evidentes dos de las notas más distintivas de las *causeries*, las periódicas dedicatorias a la “cofradía de pares” y la recurrente alusión a los recintos propios de los señores del 80 que pasan, familiarmente, del Parlamento al club, al teatro o a la intimidad del salón. Así lo definió David Viñas, al perfilar la figura de Mansilla como emblema de la *genteel tradition* que expresa la conciencia y la memoria de “su grupo”: de su clase provienen los protagonistas y los destinatarios de las *causeries*, y no solo el circuito de sus dedicatorias recorta su público-auditorio en la creciente y compacta homogeneidad de la élite de Buenos Aires, sino que el mismo estilo, hecho de confidencias, sobreentendidos y guiños, ratifica los límites de clase cerrándose sobre los rituales de mutuo reconocimiento y sobre el círculo de valores que definen la complicidad del *entre-nos*.<sup>5</sup>

Pero más allá de la potente y esclarecedora lectura que Viñas hace de este “entre-nos” en términos de *estilo* de la oligarquía liberal, lo cierto es que 1888-1890 son también los años en los que Mansilla, ya con una clara conciencia artística de la novedad que está introduciendo en la literatura argentina, define y perfila sus *causeries* como un género de exclusivo uso personal: “En cuanto a mi género —dice en 1890—, que es nuevo aquí —sin que por eso alardee de que tenga novedad—, ustedes dirán si otros han conversado a mi manera antes que yo” (“Soñando”). Desde luego, Mansilla conoce las *Causeries de lundi* (1849-1889) de Charles Agustin Sainte-Beuve y replica el título en sus columnas, pero advierte también que las suyas, que no son estrictamente artículos de crítica literaria como las del modelo sino ante todo una nueva forma de *conversar* y de *narrar*, se diferencian a su vez,

5. Ver David Viñas, “Mansilla: clase social, público y clientela” en *Literatura argentina y realidad política*.

sensiblemente, del estilo que caracteriza buena parte de la producción literaria del período. Sabe muy bien, en este sentido, que, aunque próxima por algunos de sus rasgos a esa charla liviana y confidencial, espontánea y hasta “deshilvanada”, que cultivan los *gentlemen* del 80 (así, por ejemplo, la poética que enuncia el eminente Miguel Cané en su *Charlas literarias* de 1885), su opción por una “literatura ligera” y por una “literatura poco seria” alejada de las reglas de la academia, se funda en un estilo personalísimo que al que distingue en términos de “mi modus dicendi”, “mi metodología”, “mi secreto de escritor”.

Indiscreción en la confidencia y alarde en la digresión son las señas más notables, y también las más seductoras, de ese estilo: un modo propio de composición que ya singularizaba las cartas a Santiago Arcos de la *Excursión*, pero que en las *Causeries de los jueves* Mansilla empieza a plantear como problema de índole narrativa (es “la dificultad de concluir” que pone en escena de modo espectacular ya en la segunda entrega de “¿Por qué?”); también como “prerrogativa” de la que se permite “abusar” para escribir sin acomodarse a las “impacencias” del lector, y hasta para divertirse a su costa, mientras un diestro juego con chismes e infidencias sortea la amenaza contenida en la máxima que dice que “*tous les genres sont bons, hors les genres ennuyeux*”. La moderna conciencia literaria, y la originalidad, con que Mansilla define, describe y expone el *método* que inventa para dar cuerpo al género que lo distingue —la *conversación escrita*— es, sin dudas, el otro punto de inflexión en las *causeries* de 1888. Si en “La cabeza de Washington”, originalmente publicada en 1881, Mansilla ya expresaba la voluntad de que la escritura “parezca conversada” y formulaba, siguiendo los preceptos de Castiglioni, su inconfundible manifiesto poético —*scrivasi como si parla*—; si en “Tembecúa”, originalmente publicada en 1879, imaginaba ya su texto como una “conversación en viaje”, “sin plan ni método”, para “matar el tiempo”, la posdata de “Horfandad sin hache”, en la que le anuncia a Wilde que *transcribirá* lo que había contado en casa del presidente Juárez Celman, es decir, que transpondrá lo oral a lo escrito (“Estoy harto de hablar. Se lo diré a usted por escrito.” p. 149), es el gesto inicial en el *Sud-América* con el que el *causeur* se convierte explícitamente en escritor y a partir del cual, en

los próximos dos años, reflexionará críticamente sobre los problemas y procedimientos que dan forma a su *conversación escrita*: por un lado, la detección del déficit de la “pluma deficiente”, a la que, en el ámbito de la escritura, le faltan “el gesto, la voz y la acción” propios de la conversación (así lo describe en “Los siete platos de arroz con leche”); por otro, la invención de un método para suplir esa carencia, método que, como veremos, Mansilla “revela”, teatraliza y desmenuza en el espacio mismo de la *causerie*.

Es del 88 al 90, entonces, cuando se consagraron, que Mansilla precisa la gramática y el estilo definitivos de sus *causeries*. Y es también en este período que comienza a reunir las en los volúmenes que titula *Entre-nos. Causeries del jueves* y que irá editando Juan Alsina a partir de 1889.<sup>6</sup> Interrumpido por la crisis del 90, el plan editorial, que según dice debía incluir al menos otros tres volúmenes, interesa por el proyecto mismo de Mansilla que, como es evidente, implicaba reunir las *causeries* en su conjunto, más allá del *Sudamérica*: en efecto, si en el primer volumen incluye las publicadas en esos mismos meses en otros diarios como *Fígaro* y *El Nacional* (“Amespil”, “De cómo el hambre me hizo escritor”, “Anacarsis Lanús”) e incorpora, además, “La cabeza de Washington”, publicada en *La Tribuna Nacional* en 1881, a partir del segundo comienza ya a recoger las escritas entre 1878 y 1879, publicadas principalmente en *El Nacional* y en *La Reforma* de Asunción, también alguna otra como “Cinco minutos inverosímiles en la

6. En 1963 la editorial Hachette reeditó los cinco volúmenes de Alsina, con el mismo título y en un solo tomo; en nota preliminar Gregorio Weinberg da cuenta del hallazgo de Gerardo Fernández Zanotti de los pliegos que habrían integrado el sexto volumen de la edición original, con once *causeries* que la edición de Hachette, por razones técnicas, se limita a enumerar. En 1966, Raúl Armando Kruchowski rescata y publica siete de estas entregas, más otras cinco tomadas del diario *Sudamérica*, en el volumen *Charlas inéditas de Lucio V. Mansilla*, en la editorial EUDEBA. Y en 1995 y 1997, la cátedra de Literatura Argentina I de la Universidad de Buenos Aires, coordinada por Cristina Iglesia y Julio Schwartzman, continúa con el rescate y reúne en dos volúmenes (*Horror al vacío y otras charlas* y *Mosaico. Charlas inéditas*, publicados por la editorial Biblos) no solo las cuatro restantes del pliego encontrado por Fernández Zanotti sino otras dieciocho, todas de fines de 1889 y de 1890 en el *Sudamérica*.

sala de Federico de la Barra”, publicada en *El siglo*, en el mismo 1879. El interés de Mansilla por recuperar estos relatos entre las resonantes *causeries* “Los siete platos de arroz con leche”, “Catherine Necrassoff” o “¿Si dicto o escribo?” que está escribiendo en esos años y con las que está brillando en el *Sudamérica*, es claro: no solo reconoce con esta incorporación, como dice la nota editorial del segundo tomo, a las personas a las que las había dedicado sino que, junto con leerlas como una práctica de más larga data, confiere ahora al conjunto una entidad nueva, pone en valor el corpus, lo convierte en obra.

La compilación implica entonces una mezcla de tiempos de escritura y de publicación a la vez que amplía los ya múltiples espacios y circunstancias de las *causeries* de los jueves. Y es desde esta ampliación que se pone de relieve un aspecto al que Mansilla le da una enorme importancia, y que considero fundamental. Dice en “Un hombre comido por las moscas”, otra de sus más conocidas entregas:

...Si a la sociedad de ahora no la describimos con pelos y señales, los que quieran saber, dentro de dos mil años, cómo vivía un argentino en el año de gracia de 1889, o durante la guerra de Paraguay, o en los tiempos de violín y violón, no hallarán un solo documento auténtico que se lo diga, y todas serán conjeturas e interpretaciones. Por eso el padre, el fundador, el primero de los autores naturalistas modernos, el inimitable, el incomparable, el estupendo Balzac, ha hecho un verdadero monumento arqueológico, escribiendo su *Comédie Humaine*. No; describir los usos, las costumbres, las rarezas, hasta los sarcasmos de una civilización (esta palabra es muy elástica), para explicarse su vida, nunca será un acto ocioso.

No es otro, creo, el núcleo que atraviesa medularmente los volúmenes de *Entre-nos*: la ambición de lograr, como el “genial y admirable Balzac”, una gran obra que, a la vez que compendie su filosofía práctica (Mansilla imaginaba que esos volúmenes contendrían sus “consejos”, sus “advertencias” y “el fruto de su filosofía experimental”), describa y haga vislumbrar “los usos, las costumbres, las rarezas” de su época. Tanto la idea de la novela realista como documentación, más auténtica, y por lo tanto más valiosa para las generaciones futuras, que los datos que puedan aportar los documentos oficiales de los historiadores, como la precisa captación del programa balzaciano en los términos

planteados en el “Proemio” de 1842 a la *Comedia Humana* (escribir esa “laguna inmensa en el campo de la Historia”: la historia de las costumbres de una sociedad en una época dada, olvidada por los historiadores), constituyen, ccreo, desde las columnas de 1889, una lectura de Balzac única en la literatura argentina del siglo XIX. Junto con la solitaria e interesante lectura que en 1881 Mansilla hace de Emile Zola en “Ecos de Europa” (en “Sobre cubierta” cuenta que a bordo del *Iberia* va leyendo *La novela experimental* y a los pocos días envía a *La Tribuna Nacional* una traducción de la “Carta a la juventud francesa”), probablemente sean el eslabón perdido del realismo (de su recepción y de su comprensión) en la incipiente literatura nacional.<sup>7</sup> Es muy interesante, en este sentido, que un escritor contemporáneo como Luis Varela, fino lector de la literatura de Mansilla en tiempo real, haya captado la aspiración histórica y filosófica, en el sentido balzaciano del término, de sus *causeries*: “Me gusta Ud. mucho, muchísimo, escribiendo *Causeries* —le dice en una carta que se incluirá como prólogo al tercer volumen de *Entre-nos*—. Un día vendrá en que alguno de esos *ocios aprovechados* por Ud., puedan presentarse como modelos de fresca y original literatura; y más de una vez, el historiador o el filósofo tendrán que consultarlos para conocer los incidentes de un episodio, o la tendencia social de una época”. Leyendo en el futuro, la hipótesis de Varela parece estar refutando anticipadamente el carácter indisciplinado e inmaduro que Ricardo Rojas le atribuirá a la literatura de Mansilla a principios del siglo XX, al transformar el diletantismo aparente del dandy en tarea histórica e innovación literaria (tanto Mansilla como Varela, este último subrayándolo, se detienen aquí en lo *ocioso* de la

7. Entre las varias referencias de Mansilla al “genial y admirable” Balzac en las *causeries*, subrayo la que en “Quiroga”, confrontándolo con el estilo romántico de Sarmiento, lo describe como “un psicólogo y un moralista, el tipo más acabado de filósofo escribiendo novelas”. Su traducción de *Los proscriptos*, cuya referencia incluye en la lista de “producciones del autor” que agrega en la edición de *Un país sin ciudadanos* (1907), es, hasta donde sé, inhallable. Propuse una presentación del encuentro de Mansilla con Emile Zola en París, al que me referiré más adelante, en mi prólogo, “El genio de los buenos viajes”, a Lucio V. Mansilla: *El excursionista del planeta. Escritos de viaje*.

escritura).<sup>8</sup> Por su parte, y en la otra punta del siglo XX, David Viñas, no el de los años 60 sino el de la última gran incursión en la vida y obra de Mansilla, encontraba en la enorme cantidad de documentos —artículos, partes, recortes periodísticos, informes y cartas, sobre todo cartas— que fue acumulando para escribir su *Mansilla entre Rozas y París*, “la novela del siglo XIX argentino”: como si, traduciendo la lectura en clave ideológica de *Literatura argentina y realidad política* a la clave lukácsiana de la novela como compendio y expresión de una totalidad social, hacia el año 2000 Viñas encontrara finalmente en la vida y obra de Mansilla —en los escritos que lo rodeaban, que le pertenecían, o que lo aludían— el monumento arqueológico balzaciano al que aspiraron siempre las *Causeries*: todo el XIX argentino, nuestra “gran” novela.<sup>9</sup>

Enfocados desde este ideal balzaciano, los volúmenes de *Entre-nos* podrían ser leídos como la vasta obra de un escritor que en algún momento se pensó como un arqueólogo anticipado de la Argentina del siglo XIX. Y que diseñó esa arqueología personal según dos principios

8. Dice Ricardo Rojas en *Historia de la literatura argentina*, en el capítulo dedicado a “Los fragmentarios”: “Faltó madurez a su cultura, concentración a su pensamiento, disciplina a su prosa, para ser el gran escritor que, por sus facultades nativas, hubiera podido ser. La vida fue para él un deporte, la literatura, una conversación brillante”.
9. Si *Literatura argentina y realidad política* (1964), clásico entre las lecturas modernizadoras de la literatura de Mansilla, acentuó en los años 60 una lectura de las *causeries* en clave de determinación de clase, *Mansilla entre Rozas y París*, el gran libro que estaba escribiendo hacia el año 2000, cuyo manuscrito hoy puede consultarse en la Biblioteca Nacional y cuya edición se anuncia desde hace tiempo, ilumina este otro costado de la literatura de Mansilla. En la entrevista que mantuvo con Américo Cristófalo y Hugo Savino en el año 2000, *Entrevista a David Viñas “Mansilla: una novela argentina del siglo XIX*, mientras se entusiasmaba en mostrar y comentar la cantidad descomunal de artículos, partes, recortes periodísticos, informes y cartas que había reunido, Viñas decía que allí, en esos documentos que iban acumulándose en las cajas (que también pueden consultarse en el “Fondo David Viñas” en la Biblioteca Nacional), estaba “la novela del siglo XIX argentino”. Lo cual quería decir, para Viñas, que eso era una “maravilla”, “un novelón”, pero también y sobre todo, que “ahí estaba todo”. O bien: que *eso era una maravilla porque ahí estaba todo*, nuestra “gran” novela.

constructivos, solo en apariencia contradictorios. Uno, contra el academicismo erudito de los historiadores, y próximo en esto al método compositivo enunciado por Balzac en el “Proemio”, la predilección por la anécdota como mejor soporte para obtener “una pintura verdadera de las costumbres y de los caracteres de una época” (“Baccará”). Dos, y aquí abriendo ya su propio camino divergente, la renovada inscripción en el relato de un vínculo con el presente del escritor, lo que en Mansilla quiere decir con el sustrato real de su vida y de su mundo personal. Porque si para Balzac la clave de la *Comedia Humana* estaba en el “enlace” de las composiciones, “de modo que se coordinasen en una historia completa en la que cada capítulo hubiera sido una novela y cada novela, una época”, las *causeries* de *Entre-nos* fundan su mayor interés y su gran poder de seducción en el hilo conductor de la deslumbrante figura de Mansilla, centro gravitacional de ese mundo que conecta nombres, escenas, espacios, tiempos. De modo que, resultado de las anécdotas y experiencias que él mismo protagoniza o atestigua en las calles de Buenos Aires o de París, en los caminos de las provincias argentinas o en los riachos de Paraguay, en los salones familiares de la infancia o en los campamentos de la Tuyutí, la Argentina documentada del causeur-cronista es la que se recorta en sus propios caminos de ida y vuelta y se extiende hasta coincidir, con el alcance “elástico” que le da al término, con la “civilización Mansilla”.

En esa particular implicación autobiográfica que aúna, mejor que nadie en el siglo XIX argentino, la escritura como documentación de una época con la construcción del propio mito personal, las *causeries* —cada una, pero también su secuencia en las columnas semanales y su montaje en la recopilación de los volúmenes— mezclan memoria y presente, acá y allá, y de esa mezcla emergen tanto un mapa con muchos corredores como un volumen de capas de tiempos superpuestos. Su efecto, por esto, no es el de un relato retrospectivo a la búsqueda de un mundo que ya no está: están lejos, creo, del exhaustivo registro genealógico y cartográfico que puede reconocerse en la autobiografía de 1904, *Mis Memorias. Infancia y juventud*, que Mansilla escribe con la “modesta pretensión de ayudar a que no perezca del todo la tradición nacional” y en la idea de que “las sombras de los que fueron

nos interesan más que el movimiento cinematográfico de lo que es”. En otro sentido, el efecto de los volúmenes *Entre-nos* es el de un gran fresco móvil y dinámico (cinematográfico, precisamente) de escenas y momentos históricos; también, el de una historia personal de larga duración (novelesca) que, desde la infancia y adolescencia en los tiempos de Rosas, los incidentes de sus viajes por el mundo, los episodios de la vida militar en épocas de su comandancia de frontera y de la Guerra de la Triple Alianza, sus recorridos, exploraciones y descubrimientos en La Rioja o en las minas de Amambay, es muchas vidas a la vez.<sup>10</sup> De algún modo, como ya lo anunciaba Mansilla en 1878 en sus *Cartas de Amambay*: “El lector no se arrepentirá nunca de imitarme. Hablo en nombre de una larga experiencia, no porque tenga muchos años sino porque habiendo llevado una existencia muy activa, compleja y variada, *me he vivido* muchas vidas, tanto que cuando las sumo me hacen el efecto de dos mil años”<sup>11</sup>.

Entre los dos mil años hipotéticos del arqueólogo del futuro y el efecto de los dos mil años ya vividos, entre la especulación histórica y la novela personal, y entre 1870 y 1890, las *causeries* componen un mundo que Mansilla imagina en conexión con el tiempo amplio y laxo de la “época”. Esa conexión se nutre del vínculo de la larga duración, histórica y novelesca, con el presente de la conversación. A veces también adopta la forma de una pulsión archivística que Mansilla explora intuitivamente y registra esporádicamente con diversa intensidad. El recorrido por el planeta-Mansilla que propongo en este prólogo irá reagrupando las *causeries* de esta antología según distintos momentos y escenarios; el ensayo en la reconstrucción de tramas y circunstancias

10. En su hermoso prólogo a la compilación *Horror al vacío y otras charlas*, “*Entre-nos*, folletín de la memoria”, Cristina Iglesia y Julio Shvartzmann observan que Mansilla reúne en los años 80 un anecdotario de extravagancias e incidentes novelescos que circula como “saber ya instalado” y que hace que “las novedades de las *causeries* [del *Sudamérica*] sean historia antigua, noticias del pasado que se ofrecen en pequeñas dosis” como “carnada eficaz para los nuevos lectores y red de complicidades para los viejos”.

11. Las *Cartas de Amambay* pueden leerse en *El excursionista del planeta*.



intentará leer a su vez el vínculo de la escritura con ese otro gran tiempo que es para Mansilla el del encuentro con su lector.

### **1. En la familia rosista: entre el pasado y el archivo**

Un episodio en el Buenos Aires de 1844, en la casa familiar de Tacuarí y Alsina, que protagonizan su padre, el general Lucio Mansilla, su madre, Agustina Ortiz de Rosas, y los visitantes Santiago Arcos y Miguel de los Santos Álvarez, mientras Mansilla era “un chiquilín”, en “aquel entonces”. Una temporada en el saladero familiar de Ramallo en 1850, luego de haber estado un tiempo en la estancia de su tío Gervasio Rosas, y un creciente suspenso sobre los motivos que llevaron a su padre a enviarlo de viaje a la India, cuando tenía apenas diecisiete años. Una visita a Palermo en diciembre de 1851, al regreso de ese primer viaje y en vísperas de la caída del Restaurador, y una espera interminable hasta los sucesivos platos de arroz con leche que le hace comer su tío Juan Manuel de Rosas mientras le lee su reciente Mensaje a la Sala de Representantes.

“Horfandad sin hache”, “¿Por qué?”, “Los siete platos de arroz con leche”. Los tres primeros títulos con los que Mansilla vuelve a conquistar el público de Buenos Aires, a lo largo de nueve semanas entre agosto y octubre de 1888, despliegan de entrada, y casi diría al máximo, toda la batería de recursos, técnicas y tópicos que singularizarán a las *Causeries del jueves*: la puesta en escena del entre-nos con los hombres de la oligarquía en el gobierno (Eduardo Wilde, Miguel Juárez Celman, Carlos Pellegrini, Benjamín Posse en las dedicatorias y posdatas); el mecanismo del suspenso que recupera de entrada el fabuloso sistema de demoras y digresiones que consagró en la *Excursión* y con el que ahora, extendiendo la segunda y la tercera *causeries* a cinco y tres entregas, relanza el interés folletinesco de sus columnas; una pormenorizada y moderna teoría sobre las “creederas del público lector”, sobre la afición de *Monsieur tout-le-monde* por consumir anécdotas, secretos y crónicas escandalosas en la prensa; también, una interesante disquisición sobre los muchos y hasta opuestos significados de la palabra “historia” (testigo de los tiempos, relato de los hechos, fábula convenida, ficción) desde la que coloca sus propias narraciones en el terreno

menor de las “zarandajas históricas”. Todo un escenario apto para que, rodeándose de anécdotas, curiosidades y extravagancias, Mansilla mismo se convierta en personaje y espectáculo: una celebridad que, en el terreno ambivalente entre la verdad y la leyenda, juega a defender su reputación contra las “calumnias” que lo persiguen al mismo tiempo que coquetea y se divierte con el sabor del escándalo, aprovechándose de su éxito para seducir al lector.

Notoriamente, las tres *causeries* también cuentan historias que Mansilla atestigua o vive en las casas y estancias familiares de su infancia y juventud. En todas ellas, el padre, héroe de la Vuelta de Obligado, es figura central; la madre, hermana menor y predilecta de Rosas, un firme telón de fondo; Juan Manuel, una suerte de entorno omnipresente y también un protagonista. En los años siguientes, Mansilla contará muchas otras historias con estos personajes y escenarios (entre ellas, “Mi primer robo”, “El abanico”, “Goyito”, la célebre “El dedo de Rosas” y nada menos que “La madre y el hijo”, con la que interrumpe la serie), pero me interesa observar ahora la masiva elección del ámbito de la familia rosista de los años 40 como material de las *causeries* con las que inaugura en 1888 las columnas del *Sudamérica*. En *La literatura autobiográfica argentina*, Adolfo Prieto señalaba la actitud ambigua que, a partir del escenario post-Caseros, Mansilla observó en relación con un pasado rosista al que siempre “condenó con infinitos atenuantes”; y conjeturaba que, ante lo que pudo haber percibido como dificultad para integrar la élite dirigente del país (“postergaciones irritantes, silencios cómplices, palabras insidiosas”), el dandy “anteponía la silueta de un yo magníficamente dotado y ansioso de atención, de aplauso y consideraciones” (p. 147). Muy significativo entonces este gesto inicial: como si de entrada quisiera *enlazar* la familia rosista de las historias con la familia liberal del 80 que inscribe en las dedicatorias. Mansilla, muestran las *causeries*, pertenece a ambas.

Más interesante aún, por la torsión que le imprimen a este enlace, son los ecos de los textos de los exiliados románticos en los relatos. No quiero decir que Mansilla entable un diálogo, ni explícito ni implícito, con ellos; aunque en “Los siete platos de arroz con leche” diga que “Palermo no era un foco inmundo, como los enemigos de Rosas

lo han pretendido”, como si estuviera discutiendo con la imagen central de *El Matadero*, lo cierto es que no tenemos evidencia (las citas y referencias suelen serlo) de que hubiera leído el relato de Esteban Echeverría. Con todo, entre las dilaciones y confidencias del *causeur*, las extravagancias del dandy y el espectáculo de la narración, algunos de los episodios que, en “¿Por qué?” y “Los siete platos de arroz con leche”, protagoniza ese adolescente entre inocente y desinteresado de la política hacia el final de la segunda década rosista, podrían leerse como su variación y hasta su reverso. ¿No es notable que la primera ocupación del joven Mansilla, la del mandato familiar en el saladero de Ramallo, sea nada menos que la del matadero? En efecto, en esa suerte de novela autobiográfica que disemina a lo largo de *Entre-nos*, la *causerie* “¿Por qué?” cuenta, en 1888, que, antes de convertirse en periodista, antes de entrar al ejército, antes de hacerse escritor, Mansilla fue saladerista. Y sucede que las escenas en las que el niño Lucio “desnuca reses” en 1850 son, muy próximas en esto a las situadas en 1840 por Echeverría, tan animadas y pintorescas (“Todo es movimiento, vida, animación” p. 127, dice Mansilla) como brutales: “La faena estaba en su apogeo; no se veían sino cuchillas relucientes, miembros mutilados, manos empapadas en sangre; ¿qué digo?, hombre empapados en sangre hasta las narices” (p. 124). Solo que, sin carteles ni consignas de adhesión, el matadero de Mansilla es un espacio de trabajo, lo que, para él, significa apolítico (“nadie piensa [allí] en el Restaurador de las Leyes ni en la Federación” p. 127); y es paradójica y precisamente su torpeza en la faena (el carnicero tiene que ayudar al niño Lucio a clavar el cuchillo en la res) la que expresa en el cuerpo su rechazo al “horror” del que se escabulle para “darse panzadas de lectura” (p. 107). Trabajo en lugar de política, y lectura en lugar de trabajo: por un lado, una incesante actividad en el Matadero de Ramallo, según la recuerda el dandy heredero del rosismo en los ochenta, en lugar del Matadero de la Convalecencia, foco de la federación y sede del drama político según lo denuncia el poeta ideólogo y opositor del 37; por otro, y al mismo tiempo, práctica de la lectura como lugar de diferenciación del rosismo (encerrarse a leer en la casa familiar “como si cometiera algún pecado” p. 107) en lugar no solo del horror sino también del

aburrimiento de un trabajo embrutecedor. Si además recordamos que lo que el joven Mansilla lee a escondidas del padre es nada menos que el *Contrato Social* de Jean Jacques Rousseau en francés, la escena de la lectura que el narrador de 1888 sitúa hacia 1850 podría leerse como el revés del epígrafe del *Facundo* con el que Sarmiento, en 1845, desafía a la barbarie: si Sarmiento parte al exilio escribiendo en la piedra una frase extraída de la biblioteca francesa (*On ne tue point les idées*), el relato de Mansilla dice que por esos mismos años su padre, general del ejército de Rosas, lo manda a viajar porque se encierra a leer ideólogos franceses en el medio mismo del saladero familiar. Y si hacia fines de 1851, cuando ya todo anunciaba la caída final, el joven Mansilla vuelve de su viaje a Oriente y Europa vestido “a la última moda, a la parisiense”, la primera entrega de “Los siete platos de arroz con leche” muestra que ni el airecito chic que provoca que “los pocos curiosos que estaban en la playa” lo miraran y lo siguieran “como si hubieran desembarcado un animal raro” (p. 45) ni el traje a la francesa con el que se tapa el chaleco colorado cuando va, directo, al centro mismo de Palermo, lo ponen en peligro como sí le sucedió, en cambio, al “joven gallardo y de buena apostura” que se metió en el matadero de Echeverría en 1839. En los relatos de Mansilla, entonces, ni la rebeldía familiar por la lectura ni la discrepancia en la “facha” sacan al “niño Lucio” de un espacio doméstico de pertenencia, que es también de complacencia. Su tío Rosas, inclusive, lo felicita por no haber vuelto agringado.

A esa ambivalencia entre prácticas de diferenciación y espacio de pertenencia, Mansilla le suma, en su *rentrée* de 1888 y en *causeries* como “Cómo se formaban los caudillos”, incluida en esta antología, las credenciales del archivo: el álbum de la madre, que tiene ahí con él, y en el que, mientras escribe en 1888, está viendo la “h” que Santos Álvarez borronó en la noche de 1844; las cartas que el padre recibió con motivo de su heroica acción del 20 de noviembre de 1846 en la Vuelta de Obligado y que el joven Mansilla espía, “roba” y lee en la estancia de Ramallo; las cuentas de la sociedad de Rosas, Anchorena y Dorrego, donde constan los salarios de la Estancia del Pino en los años 30, y que hoy, 1889, están en poder de Máximo Terrero. Mansilla exhibe estos archivos en su materialidad: los tiene a mano, los toca, indica dónde se

encuentran ahora, de dónde los extrajo. Los hace accesibles al público, y entonces transcribe, en “¿Por qué?”, una a una las diez cartas que selecciona, y roba, entre los papeles de su padre con la exhaustividad de un archivista (y la curiosidad de un espía). Y hasta los lee e interpreta, según una curaduría que, por ejemplo, convierte la transcripción en un muestrario de las maneras de hablar y de expresarse de la época, ¡un archivo de los usos de la lengua y de los estilos de escritura! En el ámbito de las *causeries*, sin embargo, la práctica está bien lejos del celo de la gestión documental. Porque si Mansilla se apoya en esos materiales como garantía de la verdad de lo que está contando, al mismo tiempo, menos un custodio que un arconte heterodoxo y dispendioso, se da el lujo de regalar los documentos de los que dispone en exclusiva y así le ofrece a Pellegrini, ¡todavía en 1888!, la carta de Urquiza a su padre, “como un autógrafo”. Forma personalísima y caprichosa de entramar la historia de la familia rosista —“productora” de ese fondo— en la Historia, las *causeries* son el espacio para la circulación (exhibición) de un archivo familiar y también, engrosando así la pérdida de manuscritos y diarios personales que signan su biografía, la huella de su diseminación.

## **2. De Una excursión a Entre-nos: la guerra entre la anécdota y la impresión**

Las *Causeries de los jueves* son también el espacio de elaboración narrativa y discusión historiográfica de ese tema capital que fue siempre para Mansilla la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870), en la que participó como mayor y jefe interino del batallón 12 de línea hasta 1868.

Aun cuando son varias las razones con las que, en sucesivas entregas del *Sudamérica*, explica su dificultad para escribir esta historia, entre ellas su reticencia a “meterse en semejantes honduras” cuando la suya es una literatura que no se ocupa sino de “bagatelas y quimeras” (“Un hombre comido por las moscas”), me importa subrayar aquí la claridad con la que a la vez, y en más de una ocasión desde esas mismas columnas, Mansilla llama la atención sobre la importancia de encarar semejante tarea desde la historiografía americana: contar “esa gran guerra que es, en la historia moderna, el más lúgubre aconteci-

miento, bajo el horroroso mar de sangre derramada pero que el mundo civilizado ignora en sus detalles porque todavía a nosotros, los americanos del sud, algo nos falta hacer para que nos tomen en cuenta". Lo formula así en "Letras", la *causerie* que en 1889 dedica al entonces joven historiador Estanislao Zeballos y en la que se ocupa de reseñar *La cartera de un soldado*, reciente compilación de retratos y relatos sobre la Guerra de Paraguay que el coronel José Ignacio Garmendia, compañero suyo en las filas argentinas durante el conflicto, acababa de publicar en el mismo 1889. Y me parece oportuno notar que tanto las aptitudes intelectuales que aquí reconoce en Garmendia y Zeballos para acometer esa "obra de labor paciente" (una historia de la guerra "que no sea una simple cronología, un diario de impresiones novelescas, una retahíla de foja de servicios") como la crítica que formula a la compilación reseñada (una desproporción entre los "esfuerzos pintorescos para enaltecer individuos" y "el cuadro magno de la epopeya") deben leerse en el marco de la discusión que Mansilla, según la heterodoxia y el anti-academicismo que caracteriza sus intervenciones en forma de "conversación", entabla con los historiadores en otras dos *causeries* de esos mismos meses de 1889: "Historia argentina", sobre el libro de Mariano Pelliza (por otro lado, autor de la introducción al libro de Garmendia) y "San Martín", sobre la historia de Bartolomé Mitre. Me refiero a la puesta en cuestión de la "erudición documentada" y la glorificación de héroes que Mansilla hace en favor de un método historiográfico que propone afirmar, en cambio, en el uso de materiales de "la historia íntima", un método que "haga ver a los personajes por dentro" en base a detalles mínimos en apariencia insignificantes pero de alto poder sugestivo, y del que la célebre "El dedo de Rozas" y la misma "Los siete platos de arroz con leche" son su propia versión magistral.

Entre 1888 y 1890, entonces, veinte años después del conflicto, Mansilla se expide sobre la cuestión historiográfica que lo disuade de emprender por el momento esta Historia.<sup>12</sup> Mientras tanto, en esos mis-

12. No significa esto que Mansilla no se considerara apto para la tarea. Por el contrario, en la última *causerie*, "La madre y el hijo", revela que tiene ya "mucho preparado, trazado el cuadro sinóptico, hecho el esbozo" y "hallado lo más difícil, la fórmula filosófica, o sea, la enseñanza, la moral"; solo que prefiere dejarla "para

mos años, su participación en la contienda le provee material abundante para contar una serie de episodios que ahora, en una seguidilla de ocho *causeries*, elabora como anécdotas de campamento: “Amespil”, “Raimundo”, “Juan Patiño”, “Juan Peretti”, “La emboscada”, “La mina”, “Un hombre comido por las moscas”, “Romero”. Escenas castrenses que, mayormente, tienen como protagonistas a enganchados (extranjeros, provincianos) con los que Mansilla, en tanto jefe, confronta a partir de alguna de sus faltas (la embriaguez, el asesinato, el robo) o con los que entabla un vínculo paternalista a partir de alguna de sus curiosidades, minusvalías o desgracias (el aspecto y las rarezas de Amespil, la orfandad de Raimundo, el cólera y la agonía de Romero en el hospital).<sup>13</sup> La reaparición de circunstancias y personajes (la secuencia de “La emboscada” y “La mina”, Raimundo huérfano de Romero, el castigo de las “moscas” para el verdadero culpable del robo del que se lo acusó a Amespil) traza también entre ellas relaciones (“*pendant*”, dice Mansilla) de índole, podríamos decir, novelesca.

“Amespil”, publicada en *Figaro* en 1888 y reunida en el primer volumen de *Entre-nos*, es la primera de la serie. La anécdota gira en principio en torno del soldado bávaro que habla en una especie de dialecto y que, entre el pelotón de enganchados, divierte a la tropa bailando tirolesas y comiendo “por tres”, pero hacia el final el relato converge hacia “el infierno de fuego” (p. 74-75) del gran asalto de Curupaytí en el que las tropas aliadas fueron derrotadas (22 de setiembre de 1866). En esa batalla Amespil, que posteriormente desertó, demuestra su valentía y sobre todo su amor por el jefe cuando comprueba que sobrevivió. Es interesante que Mansilla cierre con esta escena la *causerie* que escribe cuando retoma, en 1888, su relato de la Guerra de Paraguay: con Mansilla mismo herido en el hospital, entre las lamentaciones de los amputados, con un Mansilla sobreviviente del combate. Por la historia del enganchado en el campamento, Mansilla dice que

---

otra oportunidad”, para cuando ya no predominen las contradicciones de los testigos oculares, o ya no se pueda herir a los protagonistas que puedan seguir vivos. 13. Para una lectura de la función de la anécdota en las *causeries* sobre la Guerra de Paraguay y su estructura, ver Alejandra Laera, “Sobre la guerra en el Paraguay (relatos nacionales en las fronteras)”.

“Amespil” hace *pendant* con “Un hombre comido por las moscas”, pero por la centralidad que tiene en el relato el “infierno de fuego” de Curupaytí, por la alegría espontánea del subordinado ante la supervivencia del jefe, y por la voz de Mansilla que Amespil escucha entre la de los heridos “como eco bajo la tierra”, podría decirse que la *causerie* de 1888 hace *pendant*, también, con la secuencia de resurrecciones, muertes y fantasmas de la historia del Cabo Gómez de 1870.

En efecto, este relato enmarcado de *Una excursión a los indios ranqueles* no solo es, como decía al comienzo, el primero que Mansilla transcribe entre los que se contaron en los fogones en la marcha tierra adentro, sino que, contado por él mismo (más adelante serán los soldados, asistentes, gauchos y refugiados quienes cuenten sus historias de vida), es, como se sabe, su primer relato sobre la Guerra de Paraguay. Mansilla lo prolonga a lo largo de las cartas 5 a 8, esto es, apenas comenzada la publicación de las entregas en *La Tribuna* y, lo que es más relevante, lo escribe y lo publica a solo dos meses del combate de Cerro Corá que el 1 de marzo, con la muerte en batalla de Francisco Solano López, puso oficialmente fin a la contienda. El cuento refiere la historia de un soldado correntino que después de sobrevivir milagrosamente a la batalla de Curupaytí, es ajusticiado por el ejército argentino por un crimen que cometió embriagado, y se estructura en una secuencia de muertes y “resurrecciones” (muerte aparente en Curupaytí y reaparición en Tuyutí, fusilamiento en el campamento y aparición del doble fantasmal de la hermana) en la que asienta su interés folletinesco.

Por dos motivos, me interesa detenerme aquí en el relato y sus resonancias en *Entre-nos*. Primero, porque contiene, y a la vez invierte, las escenas de campamento que Mansilla escribirá recién entre 1888 y 1890 en el *Sudamérica*: de un lado, la embriaguez, la alucinación, el asesinato, es decir, las faltas y minusvalías del subordinado; del otro, el mismo paternalismo del jefe expresado en el afecto de Mansilla, un paternalismo que ahora sin embargo se revela ineficaz en la acción (testigo del juicio, Mansilla no logra detener la ejecución) y es, sobre todo, puesto en entredicho por la hermana del cabo, que lo confronta y rechaza su paga. Segundo, porque en el pasaje del cuento oral a la



escritura queda expresada una práctica de archivo con la que Mansilla asocia el acto mismo de relatar la *Excursión*. Dice en la carta 6: “Este relato debe conservarse indeleble en la memoria de Garmendia; porque esa noche, después, me dijo varias veces si no pensaba escribir aquello. Yo entonces tenía mi espíritu en otra línea de tendencias y no lo hice nunca. A no ser por mi excursión a Tierra Adentro, la historia de Gómez queda inédita, en el archivo de mis recuerdos”. De modo que, además de autor de *La cartera de un soldado*, Garmendia es quien en agosto de 1866 y en el mismo campamento de Tuyutí había invitado a Mansilla a escribir (no solo a contar) lo que sería su primer relato sobre la Guerra de Paraguay. Y ese pedido de escritura (que suele ser para Mansilla el disparador de una *causerie*) es aquí el detonante para que el relato de la *Excursión* se constituya, de entrada, en un temprano y particular ejercicio historiográfico: no la escritura sistemática y disciplinar de la Historia sino una forma de trabajar en, y con, el archivo de los recuerdos, una forma de inscribirlo. Y si lo que a Garmendia le fascina es el relato ingenuo y cautivante que, con sus preguntas interminables, habían obtenido ambos del cabo Gómez en la noche de su reaparición, lo inolvidable para Mansilla será la visión del cuerpo herido del soldado, la imagen del hombre común sucumbiendo en la batalla: la actitud del cabo, ese hombre oscuro y herido, “haciendo fuego con el ardor sagrado del guerrero”, es lo que, dice Mansilla, quedó *impreso* en él con *caracteres indelebles* y “no se borrará jamás de [su] memoria”.

La idea de *impresión*, huella del conocimiento por la experiencia que profesa desde la *Excursión* contra el mero saber libresco, es clave en la literatura de Mansilla. En efecto, también el *causeur* que atrae al público de 1888 con sus episodios de juventud en la familia rosista es un Mansilla *impresionado*. La teoría fisiológica de la memoria como “impresión cerebral”, que expone en “¿Por qué?”, se corresponde, precisamente en las *causeries* que exhiben el archivo histórico-familiar, con la convicción de que escribir con la impresión que perdura en el cuerpo (las impresiones que le producen los gestos del padre en la estancia y la clarividencia de Rosas en Palermo) es garantía de un vínculo —físico, experiencial, auténtico— del relato con la verdad.

Archivo e impresión entonces: ni erudición documentada ni glorificación de héroes (la disciplina de la Historia), sino lo que Jacques Derrida llamará tecnología “impresora” de la archivación (impresión, tinta, papel), para elaborar narrativamente la Historia y las historias, su mal de archivo, en la forma menor y ligera de la anécdota.

### **3. Impresiones etnográficas, o el retorno del fantasma**

Impresión, muerte y fantasma están a su vez en el nudo de la increíble *causerie* “¡Esa cabeza toba!”. Originalmente publicada en la sección “Literatura” de *La Reforma* de Asunción, el 18 de diciembre de 1878, e incluida en 1889 en el segundo tomo de *Entre-nos*, es una de las que integra el conjunto de artículos escritos y publicados en el marco de la explotación de oro que Mansilla emprende entre 1877 y 1879 en el Paraguay posbélico, y para lo cual había logrado que el presidente Avellaneda lo nombrara Gobernador del Chaco. La empresa fracasa rotundamente, pero entre sus viajes a Asunción y las exploraciones y descubrimientos que realiza en los territorios de las serranías de Amambay y Maracayú, Mansilla recoge un abundante material con el que, en una suerte de compensación simbólica, compone una serie de relatos que, a la vez que adelantan procedimientos y tópicos de las causeries del 80, ensayan el cuadro de la naturaleza (“Ñandurocay”), el relato del descubrimiento geográfico (“La cascada de Amambay”), la incursión etnográfica (“Tembecúa”), el cuadro de costumbres (“El año de 730 días”, “Cazuela”) e inclusive la fábula moral (“Ciencia”, “En chata”).

Entre ellos, “¡Esa cabeza toba!” es una pieza extraordinaria. Impresionado una vez más, ahora intensamente, por el dibujo de una cabeza toba que Luis J. Fontana, secretario de la Gobernación, había bosquejado en su expedición científica por el Gran Chaco y que acababa de enviarle desde Villa Occidental, Mansilla convierte a las serranías de Amambay en un marco inigualable para la puesta en escena de una ensoñación filosófica ante una presencia que se le aparece como “fantasmal”. Mansilla viene de atravesar el bosque, y es la vez “número cincuenta y cinco” que hace “¡la mismísima jornada estéril!” en su exploración aurífera, llueve a cántaros y está embarrado “hasta

los ojos, mojado hasta los huesos, picado por toda clase de bichos” y chorreando “sangre y sudor” en la “fiebre del trabajo”. Es el trabajador de las minas que vuelve a la choza después de una jornada extenuante, y que ahora dispone de otras herramientas de trabajo para ponerse a escribir: “Un mal lápiz, unas cuantas hojas sucias de arrugado papel, pobre y endeble techo y opaca luz —he ahí mi ajuar de hoy día 24 de noviembre de 1878, a la hora de ponerse el sol, al pie del cerro de Maracayú” (p. 183). Lo que resulta de la redacción mental (aquí no tiene secretario ni dicta) es una suerte de asociación de pensamientos “fugaces”, “embrollados” y “dispersos”, hilvanados por la frase “¡Esa cabeza toba!” que escande el texto como un estribillo y una obsesión. “¿Por qué —se pregunta— me subyuga ese ojo melancólico? [...] Me hace el efecto del filo de un cuchillo mirando fijamente en la oscuridad, *me hipnotiza*” (p. 184 y 186, subrayado suyo).

Mansilla dedica el texto al explorador y coleccionista argentino Francisco P. Moreno y expresa su entusiasmo por “la constancia y la observación precoz” que están llevando adelante los “espíritus privilegiados” de Estanislao Zeballos, Ramón Lista y el mismo Luis J. Fontana. ¿Qué dice entonces, me pregunto, la impresión que le produce “esa cabeza toba” en el contexto de las expediciones científicas que se hicieron antes y después de la Campaña del Desierto de 1879? Esto es, ¿qué dice en el contexto de la “cosecha de cráneos” que los jóvenes expedicionarios y naturalistas argentinos exhumarán, sin inhibición ante la profanación, para los museos antropológicos que están fundando y abasteciendo? Como se lo refiere en la carta, que Mansilla reproduce completa (nuevamente una *causerie* expone el archivo de su correspondencia), el dibujo de Fontana es una copia del natural tomada momentos antes de que la cabeza fuera separada del tronco, “cuando aún palpitaba la carne y resonaba en [su] oído la voz valiente y sonora que, dominando entre el estruendo de las armas y el ardor de la pelea, retemplaba el espíritu de los indios”; antes, además, de desecar él mismo el cráneo, que luego presentaría en la Exposición de la Sociedad Científica y enviaría al Museo Antropológico de Moreno. La mirada hipnotizada de Mansilla se sitúa precisamente en ese filo. Porque si lo que subyace en la escritura de *Viaje a la Patagonia*

*Austral* (1879) de Moreno y *Viaje al país de los araucanos* (1881) de Zeballos es, como dice Fermín Rodríguez, el despojamiento de vida, esto es, una mirada museificante que confunde cráneos con utensilios y convierte a la pampa en naturaleza muerta (pp. 127-129, 402-403), la mirada de Mansilla, que a esa cabeza toba “no la [ve] muerta”, es en cambio una mirada interpelada por la expresión “varonil y salvaje” de un guerrero, “que no es la del vivo, que no es la del muerto tampoco”, una mirada subyugada por la vida palpitante que el arte inspirado de Fontana —dice— supo imprimir en el bosquejo: ese “último imperceptible espasmo de agonía” (p. 186) que a Mansilla le recuerda, además, la atmósfera invisible que “anima” al mármol en la famosa estatua griega del *Gladiador muriendo*.

Esta vez Mansilla no tiene a mano el archivo (“Hoy día el dibujo está en poder del Presidente Avellaneda, regalado por mí”: ¡otra vez Mansilla regalando sus papeles!), pero deja la seña para que encontremos su reproducción en la edición de *El Gran Chaco*, el libro de Luis Fontana que iría a publicarse en breve, en 1881.



“Cabeza de un guerrero toba”. Litografía de H. Simón.  
Portada en *El Gran Chaco* de Luis J. Fontana

La operación de Mansilla es un clásico del arte de embellecer las civilizaciones que desaparecen. Pero es notable que en el texto en que celebra la utilidad de los trabajos de los expedicionarios científicos que le son contemporáneos, el explorador Mansilla en los territorios del Chaco y Paraguay escriba, en otra dirección y como en otro tiempo, la conmoción del pensamiento ante el filo entre la vida y la muerte. La impresión es de alguna manera la misma que experimenta ante la visión del cabo Gómez muriendo, sin morir, “con el ardor sagrado del guerrero”, y ante la visión fantasmal de la hermana que se le “aparece” como el mismo cabo “resucitado”. En ambos casos, una guerra —la guerra de Paraguay, la guerra contra el indio, que ya en la *Excursión* asociaba por su idéntica potencia exterminadora— es el marco que contiene la impresión. En “¡Esa cabeza toba!”, sin embargo, Mansilla relega la guerra contra el indio al trasfondo del cuadro, y probablemente sea esta puesta entre paréntesis del presente la que abra el intersticio para que la impresión se inscriba como *ritornello* fantasmal; también, para que la obsesión se transforme finalmente en fantasía de dandy cosmopolita: dejarle a Moreno su propio cráneo desecado para que sea colocado, en su Museo, al lado de la cabeza toba y para que, como en el análisis craneoscópico que se había hecho hacer en Londres por el famoso frenólogo Donovan, sirva finalmente para el estudio de la naturaleza humana.

#### **4. El excursionista del planeta**

Las *Causeries de los jueves* son también la plataforma narrativa para montar el gran relato de viajes de Mansilla alrededor del mundo. Por supuesto, allí está “De Adén a Suez”, nada menos que el primer escrito que Mansilla publica, en 1855, y en el que, ejercitándose en el ingreso a las letras con el género de las “impresiones de viaje”, relata un tramo de aquel primer gran periplo por Oriente. También “Recuerdos de Egipto”, el texto con el que en 1863 retoma el trayecto, que ahora va de Suez a El Cairo. E inclusive su *Excursión*, en la que además de consagrarse como cronista y narrador en su viaje al otro lado de la frontera Mansilla se promociona como quien, ya en 1870, había recorrido cuatro partes del mundo en infinidad de medios de locomoción: “en bu-

que de vela, en vapor, en ferrocarril, en carreta, a caballo, a pie, en coche, en palanquín, en elefante, en camello, en globo, en burro, en silla de manos, a lomo de mula y de hombre". Pero es entre 1888 y 1890, luego de enmarcar e introducir su viaje de juventud en "¿Por qué?" y "Los siete platos de arroz con leche", que Mansilla, viajero máximo entre los viajeros cosmopolitas del 80, escribe una seguidilla de *causeries* ("En las pirámides de Egipto", "Catherine Necrassoff", "Bis", "En Venecia", "Horror al vacío", "La calumnia viajera", "Limosna y mendicidad", "Alucinación", "De Berlín a París" y las cuatro que componen el ciclo de "Chandernagor") que, en su secuencia en las columnas de *Sudamérica*, se leen como capítulos de una vida entera atravesada por el viaje. La clave está en el dispositivo de montaje que estructura esa narrativa de larga duración: del joven de 17 años festejado por la Marquesa de La Grange en su salón de París pasamos a anécdotas previas de ese mismo joven entre las pirámides de Egipto y la Basílica de St. Paul; de ahí a escenas del gran señor del 80, displicente en las calles de París o divertido en los canales de Venecia; luego, otra vez, a las primeras jornadas del recién llegado a la India en 1850, etc. Es este montaje que altera y confunde el orden de las anécdotas, el que, al fragmentar el itinerario y magnificar cada uno de los cuadros, produce el efecto de multiplicar la figura de Mansilla en viaje, al infinito.

El episodio de Catherine Necrassoff, que Mansilla completa en "Bis", es sin dudas uno de sus grandes clásicos: la pieza estelar en la que el excursionista del planeta, como lo llamó Paul Groussac, deslumbra con su don de lenguas y en la que el escritor brilla con maestría narrativa y una increíble —y modernísima— capacidad de juego. Mansilla, que con su hija María Luisa, camino a Nápoles, se divierte despidiendo a sus compañeros de camarote con la fluidez con que pasan del francés al italiano o al inglés, por primera vez es sorprendido en un idioma que apenas conoce y, a la vez, puesto a prueba y descubierto en su ignorancia de turista: la distinguida dama rusa le hace ver que, no obstante la credencial de haber estado en Moscú y San Petersburgo, el conocimiento que tiene del país es muy superficial y que su idea del ruso como una lengua áspera y dura es apenas un lugar común. La escena es única, y toda la gracia, naturalmente, está en el humor

con que Mansilla se expone como el políglota burlado ante una cultísima Catherine Necrasoff que, decepcionada y encantadora a la vez, lo desafía con una apuesta. De la simpática contienda entre lenguas que Mansilla sitúa en el terreno de la fonética (se sabe: el cosmopolitismo lingüístico de los *gentlemen* del 80 se juega en la pronunciación, porque en la fluidez y en el acento se delata el origen de clase), Catherine Necrasoff sale airosa en la prueba de las “jotas” españolas; pero la prueba que aporta para demostrar que la suya es una lengua dulce como la italiana es tan extravagante como inverosímil e imposible de verificar si no se conoce el ruso.

La carta con la que Eduardo Wilde pone en duda la aventura y la existencia misma de Catherine Necrasoff, y que Mansilla incluye como epígrafe de la segunda parte del episodio, hace virar el relato de las pruebas en el dominio de las lenguas hacia las pruebas de la verdad. Mansilla juega aquí a fondo sus cartas de adelantado en cosmopolitismo: las referencias a la literatura rusa, que maneja al punto de convertir a su personaje en hermana del famoso prosista y poeta Nicolai Nekrasov, operan como un tramado sutil de bromas e ironías para lectores (¿argentinos?) que, aunque entrenados en sobreentendidos y alusiones, no tuvieron el privilegio —así alardea ante el público del *Sudamérica*— de haber estado alguna vez en Rusia como él. La ironía mantiene todo el tiempo en vilo la ambivalencia y se potencia, claro está, con la apelación a Luis Varela (¡otra vez Luis Varela!), “el doctor en jurisprudencia más instruido en literatura que tenemos” y que, además, aunque Mansilla no lo diga, es el autor primera novela policial en la literatura argentina, *La huella del crimen* (1877). Sus huellas —las de la ironía de Mansilla— están visiblemente en los versos de Pushkin que traduce y con los que le dice a Varela, “en secreto” y públicamente, que se está divirtiendo con nosotros sus lectores; pero también, invisibles, en los versos del poeta satírico Vasili Kurochkin que le hace citar a Catherine Necrasoff. Esta vez Mansilla no pone su archivo sobre la mesa y la apelación misma al más ecuánime *letrado* —juez, erudito y ¡“detective”! a la vez— para dirimir sobre la verdad o mentira del relato es el más firme indicio de que el gran viajero del mundo nos está jugando, a su vez, una gran, y deliciosa, broma. (Entre paréntesis,

en línea con la pasión gastronómica de Mansilla y con la pulsión oral que le atribuye a los lectores que “engullen” sensaciones y “digieren mentiras” en la prensa, la palabra “deliciosa” atraviesa todo el episodio: así califica Wilde los preliminares del relato, y la *causerie* misma, dice Mansilla, fue concebida como un “verdadero manjar” para ofrecerle a Tagle, a quien se la dedica: un manjar igual que el esterlete del volga en escabeche que cuenta que comió más tarde en París, precisamente, con Catherine Necrassoff).

En este virtuosísimo juego de mostrar y ocultar las cartas, Mansilla lleva al máximo su arte de suspender la aventura en la ambivalencia entre verdad e invención y en él está contenida toda una teoría de la ficción y del verosímil que, evidentemente, lo pone a la vanguardia de su generación. Porque si Mansilla se divierte con el pirronismo de Wilde que lo pone en el “brete” de demostrar que no es “un escritor de imaginación”, lo cierto es que lo hace, sobre todo, para alardear, fingiendo que la padece, de una cualidad que lo distingue. La de jugar, como nadie en el siglo XIX argentino, con la intrínseca relación entre sustrato real y efecto de ficción: “[A]l autor del *Nuevo Robinson* [le preguntan]: —¡Ah, señor!, ¡y cómo sufriría Ud. en aquella isla desierta entre puros monos! [...] A la inversa me sucedía a mí, pues no pocos lectores llegaron a preguntarme como quien desea recibir una confidencia: —Decime, *cbe*, Lucio, ¿realmente has estado vos entre los indios?” (p. 166).

## **5. En el bufete del escritor: entre la escena del presente y el futuro del archivo**

Como decíamos, la conexión con la época no adquiere su verdadera forma ni toda su potencia si no es inscribiendo a su vez la conexión con el presente del escritor. En este sentido las *causeries* de 1888-1890 fueron el escenario para que Mansilla perfilara también su autfiguración como escritor y, sobre todo, exhibiera, en el presente del escritorio, el método de su invención.

En primer lugar, si bien las *Causeries del jueves* se diferencian de las de Sainte-Beuve en que no son estrictamente ejercicios de crítica literaria, hay muchas, y por cierto muy interesantes, en las que Mansilla “re-



seña” libros, hace crítica teatral, se pronuncia en relación con la lengua literaria nacional, se extiende sobre cuestiones técnicas y procedimientos literarios, discute traducciones. Lo hace siempre, sin embargo, desde el lugar heterodoxo que, sin afán de excentricidad ni de desafío a la institución, traza para sus intervenciones en el modesto campo literario que está conformándose a fines del siglo XIX y al que tempranamente identificó como la “república de las letras” (¿hubo otro escritor en el siglo XIX argentino que conociera o empleara este concepto?). Para decirlo con los términos que emplea y subraya en “Autores, astrónomos y libros para la exportación”: si la *literatura* es la institución en la que tercián los literatos (como lo hacen en ese momento los escritores y críticos Martín García Mérou y Miguel Cané: formulando programas y estableciendo valores), Mansilla, que de ningún modo pretende abandonar el perfil que lo singulariza (el de conversar “sin sujetarse a reglas académicas”), juega en ese espacio laxo que hace emerger entre el ejercicio de la crítica y la práctica periodística cuando opta, en cambio, por hablar de *libros*. Mansilla se autoriza en este espacio tanto en la *cantidad* de libros que ha leído (“Yo he leído tanto y tantas cosas buenas y malas [...] que a veces, cuando quiero citar, me embrollo” p. 192), como en su “amor por las letras”. Lo que no impide que ese *amateurismo* enseguida funcione como plataforma para exhibir, por ejemplo en “Poetas, traductores y críticos”, un afiladísimo conocimiento lingüístico y retórico desde el cual discutir la traducción de Bartolomé Mitre de la *Divina Comedia*. Lo mismo se verifica en “Autores, astrónomos y libros para la exportación”, publicada el 6 de junio de 1889. Mansilla, que dedica la *causerie* a Emilio Zola, comienza pidiendo permiso a los “críticos ambulantes” y al público lector para hablar de libros, y termina esgrimiendo una filosa intervención crítica sobre cómo, y desde dónde, leer literatura americana: convencido de la importancia de la literatura y del pensamiento franceses en América, se atreve, en tanto lector americano al día y dispuesto a “no dejarse engañar”, a señalarle a Zola el conocimiento que le *falta* para distribuir juicios de valor con propiedad. En 1881 Mansilla había visitado a Zola en París, y desde las columnas de “Ecos de Europa” que enviaba a *La Tribuna nacional* como corresponsal, relató la entrevista con el “hombre que más ruido hacía] en

Francia en [esos] momentos” y tradujo parte de *La novela experimental*, “por si al público del Río de la Plata todavía le parecía nada más que un autor de libros prohibidos”; intervenía así, a la distancia y socarrón, como un hombre de mundo en sintonía con las tendencias literarias del momento, en la sonada polémica porteña en torno del naturalismo. En 1889, desde las páginas del *Sudamérica*, Mansilla recuerda esa entrevista en la que “departió de silla a silla [con Zola]”, y la confianza con que ahora lo “reprende” en una mezcla improvisada de francés y español (“vos, mon cher Zola, qui n’êtes pas fort en géographie, malgré votre immense talent, habéís sido mal renseigné”), muestra la libertad que se da el *dandy* del 80 para dirigirse al gran escritor con el que sigue entablando un “entre-nos” que lo distingue pero también para pedirle al autor europeo que no prologue libros mediocres que hablan de Buenos Aires sin conocerlo.

La propia figura de escritor, que Mansilla construye y consolida con firmeza en las columnas de 1888-1890, es la otra cara, el sustento fundamental, de estas incursiones críticas. En la carta que le escribe con motivo de leer sus *Estudios morales*, el texto que Mansilla le había enviado en setiembre de 1888 para que lo publicara en *Tribuna Nacional*, Mariano de Vedia se pregunta por las técnicas que podrían confluir entre el arte del *causeur* y el arte del escritor y formula una brillante conclusión, con la que por lo demás refuta, también él anticipadamente, la idea instalada a principios del siglo XX, y seguramente propiciada por el juicio de Rojas, de que el general Mansilla *hablaba* pero no *escribía*. Dice De Vedia:

Es que una cosa es conversar conversando y otra cosa es conversar escribiendo: ambas son muy agradables, pero la última presenta dificultades enormes, ya que no sea imposible. Y más difícil todavía es hacer las dos, porque entonces el *causeur* revela dos fases, dos méritos prominentes de una misma personalidad artística. ¿Qué es lo que hace usted, general, para escribir como habla? Mientras me da la respuesta a esa pregunta, y mientras me refiere, cual me lo tiene prometido, cómo

el hambre lo hizo escritor, veamos qué otra dificultad se presenta para el éxito de la conversación escrita.<sup>14</sup>

34

Mansilla acepta el desafío de la pregunta técnica de De Vedia pero no en la *causerie* que le dedica al poco tiempo, “De cómo el hambre me hizo escritor”, publicada en *La Tribuna Nacional* el 10 de octubre de 1888, sino, desviadamente, en la que le dedica meses más tarde a Marquitos Avellaneda para responder a una interpelación que formula ahora en la forma de una alternativa, “¿Si dicto o escribo?”, y que publica en *Sudamérica* el 17 de abril de 1889. En ambas, Mansilla se perfila en sus acciones de escritor: decisiones, recursos, procedimientos, estrategias.

“De cómo el hambre me hizo escritor”, donde reconstruye sus comienzos como redactor y director de periódicos, hacia 1857, es la primera ficción de origen de Mansilla en tanto que escritor.<sup>15</sup> Notoriamente, en el relato Mansilla desecha como capital simbólico previo sus acciones de los años 50 y 60 tendientes a abrirle un camino en las letras —entre ellas nada menos que la publicación en 1855 de “De Adén a Suez”, clásica iniciación literaria en el recurso al género de viaje— para situar, en cambio, su *conversión en escritor* a partir de la práctica periodística que aceptó como medio de sustento durante sus años de destierro (1857-1860) en la Confederación. Más allá de la anécdota, esta opción del relato autobiográfico es crucial. Por un lado, con ella Mansilla se coloca próximo al campo de periodistas, redactores y directores de periódicos con los que siempre mantuvo un diálogo fluido (entre ellos, Federico de la Barra y Eduardo Dimet aparecen en el título de dos *causeries*) y pone en valor una actividad tan decisiva como pro-

14. Mansilla incluyó la carta en la edición de 1888 de *Estudios morales, o sea El diario de mi vida*.

15. La incluirá al año siguiente en el primer tomo de *Entre-nos. Causeries del jueves*. Las implicancias de la reescritura de su ingreso a las letras en clave profesional, con la que Mansilla “resuelve, en el mismo movimiento, los problemas de la relación que la literatura tiene con la política y con la economía en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX”, son rigurosamente analizadas por Alejandra Laera como primera ficción del dinero de ingreso a la literatura en Argentina en *Ficciones del dinero* (162-173).

lífica y constante a lo largo de su vida. Por otro, si las *causeries* se escriben, en principio, para *responder* (a pedidos, a preguntas, a cartas, a curiosidades: tal la escena que monta periódicamente en el *Sudamérica* y que tematiza en “Contestación a una pregunta”), Mansilla revela aquí que se convirtió en escritor no solo cuando aceptó hacerse cargo de la redacción de un periódico oficial a cambio de dinero, sino también cuando, previamente, obligado a retribuir una hospitalidad que lo aliviaba de una escasez acuciante, accedió a componer un texto para la prensa *a pedido* de su anfitrión en Santa Fe. Y escribir sobre la base de una transacción, parece decir Mansilla aquí, puede implicar dos cosas. Por un lado, la confrontación con unos desafíos inéditos: escribir un texto periodístico aún “sin saber escribir”, redactar una crónica imposible, hacerlo todo en un plazo perentorio. Por otro, en esa misma exposición y en el apremio, la liberación de unas posibilidades hasta entonces desconocidas: la capacidad de transfigurar, “de la noche a la mañana” (p. 106), las *impresiones* que guardaba en el recuerdo de su viaje a Oriente y que todavía estaban en fermentación (una vez más, Mansilla atento a los operaciones nerviosas que van del cerebro a la mano) en una descripción “magnífica”, que publicaría al día siguiente en el Diario oficial. “Yo no sabía escribir, pero podía escribir” (p. 92): en ese *trance periodístico*, que es el de una situación límite pero también el del triunfo de la escritura, Mansilla dice, en el momento de máxima celebridad en la prensa, que se hizo escritor.

Y es precisamente como una celebridad que en “¿Si dicto o escribo?” Mansilla nos hace entrar a su escritorio de 1889 para que ahora lo veamos trabajar, en tiempo presente y en tiempo real, en sus *causeries*. Monta la escenografía (y el decorado, entre paréntesis, es exactamente opuesto al precario y nocturno de “¡Esa cabeza toba!”): la mesa amplia y cómoda, el café y el whisky, las ventanas anchas y la luz franca de las 7 de la mañana, el ajuar de libros, cuadros y bibelots que lo rodea. Compone la escena diaria, con guión y distribución de roles entre dic-tante y secretario. Y abre el cajón de su escritorio para enumerar las *causeries* que ya tiene listas para publicar. El objeto del relato es ahora el proceso mismo de elaboración, su “método” de escritura en acción, y su tiempo es el presente pero el presente puro en tiempo real. El

gesto autorreflexivo es tan extremo y el artificio tan virtuoso que el efecto es el de un texto que va haciéndose a medida que avanza, el de un texto que se lee mientras va escribiéndose. El gran hallazgo, claro, está en la invención de la escena del dictado y en la conversión de su secretario en la vida real, Trinidad Sbarbi Osuna, en personaje y eslabón ineludible en el mecanismo de *escribir la conversación*: “alter ego” indispensable para producir el *efecto* de un pasaje de la oralidad a la escritura y para *representar*, entonces, el ejercicio de esa *transcripción*; y “alter ego” en el que se proyecta la acción de conversar —la mirada crítica que va corrigiendo lo que se escribe, que advierte contradicciones y vigila digresiones— como parte misma del proceso de escritura. La “y” que Mansilla repite en la respuesta a la pregunta del título, “escribo y dicto”, “dicto y escribo”, da cuenta de toda la complejidad implicada en el método y en su persona enunciativa: “porque *nosotros* no escribimos con pluma, ni de ganso que es la más antigua, sino con lápiz. ¡Hablo yo!” (p. 65). El efecto simultáneo de fluidez (lo instantáneo de la oralidad) y de artificio (la corrección de la escritura) es así expresión cabal del método. Y el consejo final de Mansilla a Marquito (“una obra no es perfecta sino cuando es tocada y retocada” p. 69), el cierre magnífico, por su ambivalencia, para una *causerie* que, en un ejercicio de máxima autorreflexión crítica, pone en escena la tensión entre vigilancia y espontaneidad que define todo el proceso: la *causerie* “menos corregida” es la que parece “más espontánea” pero, a la vez, la que mayor artificio verbal ha exigido.

Junto con la puerta del gabinete, Mansilla abre el cajón del escritorio y asistimos a la escena en que discute con su secretario sobre qué *causerie* elegir entre las ya terminadas para publicar el jueves siguiente. El secretario lee en voz alta los títulos, recomienda las más “fermentadas”, pero Mansilla decide publicar “ésta que está dictando”, que es la que “le gusta más”. Es la escena de la escritura en acto: el corpus en tren de hacerse, la obra en tren de gestionarse. La escena hipotética del archivo vendrá meses después y de la mano de otra, reciente y fascinante, tecnología de impresión: cuando en “Confidencias de bufete”, que publica el 6 de febrero de 1890, Mansilla vuelva a la escena del dictado “a pedido del público” y se divierta fantaseando cuánto harían

reír a la posteridad las charlas con el secretario si el fonógrafo de Edison pudiera “almacenarlas”. Y tal vez aquí esté cifrada la señal de más larga duración que Mansilla soñó con dejar grabada, impresa, para el arqueólogo del futuro: su cuerpo en movimiento, su voz en acto.

## Referencias bibliográficas

- Balzac, Honoré de. 1967. “Proemio” (1842) a *La Comedia Humana*, en *Obras Completas*, Tomo I. Madrid: Editorial Aguilar.
- Cristófalo, Américo y Hugo Savino. 2011. “Entrevista a David Viñas ‘Mansilla: una novela argentina del siglo XIX’” [2000]. Publicada en *El Interpretador* n.º 37/38, 2011; <http://www.elinterpretador.net/>
- Contreras, Sandra. 2010. “Lucio V. Mansilla. Cuestiones de método” en *Historia crítica de la literatura argentina*. Dir.: Noé Jitrik. Vol. 3 “El brote de los géneros”. Directora del volumen. Alejandra Laera. Buenos Aires: Emecé.
- , 2012. “El genio de los buenos viajes”, prólogo a Lucio V. Mansilla: *El excursionista del planeta*. Escritos de viaje. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- , 2014. “Los tiempos de Lucio V. Mansilla”, *Cuadernos LIRICO*, 10 | 2014, URL:<http://lirico.revues.org/1710>.
- , 2019. “Lucio V. Mansilla, ¿literato?”. *Anclajes*, vol. XXIII, n.º 1, enero-abril 2019.
- Derrida, Jacques. 1997. *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Editorial Trotta.
- Groussac, Paul. 1897. “Lucio V. Mansilla”, en *La Biblioteca*, mayo 1897.
- Iglesia, Cristina y Julio Schwartzman. 1995. “Entre-nos, folletín de la memoria”, prólogo a Lucio V. Mansilla: *Horror al vacío y otras charlas*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

- Laera, Alejandra. 2008. "Sobre la guerra en el Paraguay (relatos nacionales en las fronteras)" en Graciela Batticuore, Loreley El Jaber y Alejandra Laera (comps.): *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- , 2014. *Ficciones del dinero. Argentina 1890-2001*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mansilla, Lucio V. 1855. "De Adén a Suez (Impresiones de viaje)" en *El Plata Científico y Literario*, Enero, Tomo IV, Buenos Aires, 1855.
- , 1864. "Recuerdos de Egipto" en *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, Año I, Febrero de 1864, n.º 10 y n.º 11.
- , 1984. *Una excursión a los indios ranqueles*, prólogo, notas y cronología de Saúl Sosnowski. Caracas: Biblioteca Ayacucho [1870].
- , 1963. *Entre-nos. Causeries del jueves*. Estudio preliminar de Juan Carlos Ghiano. Buenos Aires: Librería Hachette.
- , 1966. *Charlas inéditas*, selección, presentación, notas y cronología por Raúl Armando Kruchowski. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- , 1995. *Horror al vacío y otras charlas*. Edición a cargo de Cristina Iglesia y Julio Schwartzman y colaboradores. Buenos Aires, Editorial Biblos.
- , 1997. *Mosaico. Charlas inéditas*. Introducción de A. Amante, P. Ansolabehere, G. Batticuore y otros, "Todo prohibido, menos hablar". Buenos Aires, Editorial Biblos.
- , 1888. *El diario de mi vida, o sean Estudios morales*, Buenos Aires, Imprenta Tribuna Nacional.
- , 1955. *Mis Memorias (Infancia-Adolescencia)*. Estudio preliminar de Juan Carlos Ghiano. Buenos Aires, Librería Hachette, 1955. [París, Garnier Hermanos, 1904].
- , 1907. *Un país sin ciudadanos*, París, Garnier Hermanos.

- , 2012. *El excursionista del planeta. Escritos de viaje*, selección y prólogo de Sandra Contreras. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Prieto, Adolfo. 1982. *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina [1966].
- Rodríguez, Fermín. 2010. *Un desierto para la nación argentina. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Rojas, Ricardo. 1925. *Historia de la literatura argentina*, tomo II: Los modernos. Buenos Aires: Librería La Facultad.
- Viñas, David. 1982. *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, Centro Editor de América latina [1964].





Para el cuidado de las *causeries* se mantuvieron los modismos, latinismos y formas verbales utilizados en la época, también se unificó el uso del “Vd.” por “usted”. En cuanto a las notas al pie de página, se respetaron las de Mansilla con numeración consecutiva. Por último, se normalizó la ortografía y puntuación y se evitaron abreviaturas. El orden de la selección de causeries es propio y contempla diferentes tópicos trabajados por Mansilla.



## LOS SIETE PLATOS DE ARROZ CON LECHE

Al señor don Benjamín Posse

43

### I

*Tout historien doit être  
menteur de bonne foi.*

Desde que empecé a filosofar, o a preocuparme un poco del *porqué* y del *cómo* de las cosas, empezó a llamarme la atención que *historia*, es decir, que la palabra subrayada, tuviera no solo muchas definiciones hechas por los sabios, sino también opuestos significados.

Cicerón decía: que era el testigo de los tiempos, el mensajero de la antigüedad; Fontenelle, fábulas convenidas; y Bacon, relato de hechos dados por ciertos.

Hay, como se ve, para todos los gustos, inclinaciones y criterios, tratándose de lo que se llama historia en sentido elevado; y de ahí viene, sin duda, que historia implique también su poquillo de mentira, como cuando exclamamos: eso no es más que una historia; o: no señor, está usted equivocado, ahora le voy a contar la historia de ese negocio, de la glorificación del personaje A o B.

Puede ser que sea cierto que la historia de un hombre no es muchas veces más que la de las injusticias de algunos, aunque hay ejemplos modernísimos en la historia, y bien podría probarse con una apoteosis, que la historia de alguien es la de sus contradicciones e incoherencias, la de sus ingratitudes e injusticias contra todos, por más que en su vida haya ciertos rayos de luz que iluminen el cuadro de alguna buena manía trascendental.

De modo que, allá va eso, Posse amigo, a manera de zarandajas históricas, sintiendo que la pluma deficiente, no pueda, como pincel de artista manco, vivificar el cuadro, puesto que, no viéndonos las caras, en este momento, faltan la voz, el gesto y la acción, eso que el orador antiguo llamaba *quasi sermo corporis*.

Nada más que como un muchacho que tiene ojos para ver, pues no asociaba todavía ideas, había yo recorrido ya el Asia, el África y la Europa, cuando estando en Londres, donde me aburría enormemente, por haber pasado antes por París, que es la gran golosina de los viajeros jóvenes y viejos, recibí la noticia, muy atrasada, como que entonces no había telégrafo y eran raros los vapores, de que Urquiza se había sublevado contra Rozas.

Yo no pensaba entonces sino en gastarle a mi padre su dinero, lo mejor posible; y de buena fe creía, como a él mismo se lo observé en cierta ocasión, que era económico porque todo, todo lo apuntaba, habiendo heredado de mis queridísimos progenitores el atavismo de ciertas prolijas minuciosidades. Cuando me veía muy embarazado para justificar las entradas con las salidas, hacía como el estudiante de marras, que, teniendo doscientos francos de pensión y necesitando especificar cómo los había gastado, salía del paso anotando: cinco francos a la planchadora, noventa de pensión, cinco para textos, diez de velas y noventa de *allumettes chimiques*.

Esa noticia me hizo el mismo efecto... ¿qué voy a decir? Si no hay comparación adecuada posible, porque para mí Urquiza y Rozas, Rozas y Urquiza eran cosas tan parecidas como un huevo a otro huevo. Bueno; diré que me hizo el mismo efecto que le haría a Miguel Ángel, el hijo del doctor Juárez Celman, si mañana le llegara a Londres la estupenda, inverosímil nueva de que en Córdoba había estallado una revolución, encabezada por su tío Marcos.

No pensé sino en volver a los patrios lares. De la política se me daba un ardite, no entendía jota de ella. Pero un instinto me decía que mi familia —esto era entonces todo para mí— corría peligro, y me vine sin permiso, cayendo aquí como una bomba en el paterno hogar.

Esto era hacia fines del mes de diciembre de 1851.

De allá a acá, Buenos Aires se ha transformado extraordinariamente: el cambio es completo en lo material, en lo físico, en lo moral, en lo intelectual.

No me voy a detener en esto sino un instante; lo dejo para cuando le llegue el turno a Legarreta, a quien le tengo ofrecida una *Causerie*, que tendrá por título: *Tipos de otro tiempo*.

Pero, para que se tenga una idea de nuestra transformación, diré que cuando me desembarcaron —pasando por esta serie de operaciones (el cambio en esto no es muy grande) la ballenera, el carro, la subida a babucha—, los pocos curiosos que estaban en la playa me miraron y me siguieron, como si hubieran desembarcado un animal raro. Verdad, que el público es así: el mismo sentimiento de curiosidad que lo lleva a ver un elefante, lo hace apresurarse a oír al orador tal o a ver el entierro cual. No hay, pues, que juzgar los sentimientos populares íntimos por la aglomeración de la multitud.

Yo no traía, sin embargo, nada de extraordinario, a no ser que lo fuera el venir vestido a la francesa, a la última moda, a la parisiense, con un airecito muy *chic*, que después dejé, por razones que se contarán en su día, con sombrero de copa alta puntiagudo, con levita muy larga y pantalón muy estrecho, que era el entonces en boga, tanto que recuerdo que en un *vaudeville* se decía por uno de los interlocutores, hablando éste con su sastre: “*Faites-moi un pantalon très collant, mais très-collant; je vous préviens que si je y entre, je ne vous le prendrai pas...*”.

Los curiosos me escoltaron hasta mi casa donde recién supieron que yo había vuelto cuando entraba en ella; pues como mi resolución de venirme fue instantáneamente puesta en práctica, no tuve miedo de anticiparles a mis padres la sorpresa que les preparaba.

El gusto que ellos tuvieron al verme fue inmenso. Me abrazaron, me besaron, me miraron, me palparon, casi me comieron; y criados de ambos sexos salieron en todas direcciones para anunciarles a los parientes y a los íntimos que el niño Lucio había llegado, y cosa que ahora no se hace, porque se cree menos que entonces en la Divina Providencia, se mandó decir una misa en la iglesia de San Juan, que era la que quedaba, y queda, cerca de la casa solariega.

Los momentos eran de agitación. Aníbal estaba *ad- portas*, o lo que tanto vale, según el lenguaje de la época, el “loco, traidor, salvaje unitario, Urquiza”, avanzaba victorioso; mas eso no impidió

que hubiera gran regocijo, siendo yo objeto de las más finas demostraciones, no tardando en llegar las fuentes de dulces, cremas y pasteles con el mensaje criollo tan consabido: “Que cómo está su merced; que se alegra mucho de la llegada del niño, y que aquí le manda esto por ser hecho por ella”.

En medio de aquel regocijo, yo era el más feliz de todos; porque si es cierto que los más felices son los que se van, cierto debe ser también que el más dichoso de todos es el que vuelve.

Y se comprende que, dados los antecedentes de mi prosapia y de mi filiación, yo no había de tardar mucho en preguntar: “¿Y cómo está mi tío?, ¿y cómo está Manuelita?”, y que la contestación había de ser como fue: “Muy buenos, mañana irás a saludarlos”.

Yo no veía la hora de ir a Palermo; y me devoraba la misma impaciencia que tenía por ver las pirámides de Egipto, cuando estaba en El Cairo, o San Pedro en Roma, cuando estaba en la Ciudad Eterna.

Pero era necesario darse un poco de reposo; luego, una madre que recupera a su hijo no se desprende tan fácilmente de él, sobre todo una madre como la mía, que, por la intensidad de sus afectos, que por su educación, y tantas otras circunstancias, era moralmente imposible que viera claro en la situación, no obstante los sermones de mi padre, a cuya perspicacia no podía escaparse que estábamos en vísperas de una catástrofe.

Descansé, pues, y al día siguiente por la tarde monté a caballo y me fui a Palermo a pedirle a mi tío la bendición.

No sé si padezco en esto la misma aberración del que, al comparar la iglesia de su aldea con la basílica monumental de la diócesis metropolitana, encuentra que las diferencias de tamaño, de elegancia y esplendor, no son tan considerables como él se imaginaba. Pero el hecho es que el Palermo de entonces me parecía a mí más bello, bajo ciertos aspectos, que el Palermo de ahora. A no dudar, el suelo del Palermo de entonces era mejor que el suelo del Palermo de ahora, como el Palermo de entonces incuestionablemente tenía un aspecto más agreste, más de bosque de Boulogne que el

de ahora, y en el que la simetría, hasta para pasearse, comienza a ser de una monotonía insoportable.

Llegué... serían como las cinco de la tarde, hacía calor, no había nadie en las casas; en esas casas que todavía persisten, como tantas otras antiguallas, en mantenerse sobre sus cimientos, ahogándose dentro de sus muros los pobres alumnos del Colegio Militar. (Al Diabolo no se le ocurre, pero se le ocurrió a Sarmiento, poner un Colegio de esa clase en un parque). La niña (era su nombre popular), me dijo alguien, porque yo pregunté por Manuelita, está en la quinta.

Dejé mi caballo en el palenque y me fui a buscar a Manuelita, a la que no tardé en hallar. Estaba rodeada de un gran séquito, en lo que se llamaba el jardín de las magnolias, que era un bosquecillo delicioso de esta planta perenne, los unos de pie, los otros sentados sobre la verde alfombra de césped perfectamente cuidado; pero ella tenía a su lado, provocando las envidias federales, y haciendo con su gracia característica todo amelcochado el papel de *cavaliere servente*, al sabio jurisconsulto don Dalmacio Vélez Sarsfield...

## II

Palermo no era un foco social inmundo, como los enemigos de Rozas lo han pretendido, por más que éste y sus bufones se sirvieran, de cuando en cuando, de frases naturalistas, chocantes, de mal género, pues Rozas no era un temperamento libidinoso, sino un neurótico obsceno, que Esquirol mismo se habría hallado embarazado, si hubiera tenido que clasificarlo, para determinar sus afecciones mentales de origen esencialmente cerebral.

Manuelita, su hija, era casta y buena, y lo mejor de Buenos Aires la rodeaba, por adhesión o por miedo, por lo que se quiera, inclusive el doctor Vélez Sarsfield, que ya hemos visto rendido a sus pies, vuelto de la emigración, como tantos otros, que o desesperaban, o estaban cansados de la lucha contra aquel poder personal irresponsable, que todo lo avasallaba.



No tengo por qué callarlo y no lo callaré; el gobierno de Rozas fue estéril, y no puedo ser partidario suyo, como es uno partidario teóricamente, en presencia de personajes históricos, que pueden llamarse Sila o Augusto.

El gobierno no sirve más que para tres cosas; no se ha descubierto hasta ahora que sirva para más.

Sirve para hacer la felicidad de una familia, la de un partido o la de la patria. Rozas no hizo nada de esto. Y no solo no lo hizo, sino que se dejó derrocar por uno de sus tenientes, que le arrebató una gloria fácil, que él habría podido alcanzar constituyendo el país, sin el auxilio del extranjero, haciendo posible quizá que se olvidaran sus torpezas y la realización de la única idea trascendental, que a mi juicio vagaba en su cabeza: reconstruir el virreinato, ensanchando los límites materiales de la República actual.

Llegar, verme Manuelita, y abrazarme, fue todo uno; los circunstantes me miraban como un contrabando.

Mi facha debía discrepar considerablemente, con mi traje a la francesa, en medio de aquel cortejo de federales de buena y mala ley, como el doctor Vélez Sarsfield. Porque yo, con mi pseudocorteza europea, no obstante ser verano, me había abrochado hasta arriba la levita, para que no se me viera el chaleco colorado, el cual me hacía representar, a mis propios ojos, el papel de un lacayo del faubourg Saint-Germain, por cuyos salones había pasado, siendo en ellos presentado cuasi, cuasi, como un principito de sangre real.

Me acuerdo que fue el capitán Le Page<sup>1</sup> el que en ellos me introdujo, presentándose en casa de la elegante marquesa de La Grange, con cuyo nombre he dicho todo.

Aquí viene, como pedrada en ojo de boticario, contar algo; lo contaré.

La marquesa, que era *charmante* y que, indudablemente, me halló apetitoso, pues yo era a los diez y ocho años mucho más bonito que mi noble amigo Miguel Cuyar, ahora, invitóme a comer

1. Estuvo en el Río de la Plata, con una misión, y me conoció en casa de mi madre, donde visitaba.

y organizó una fiesta para exhibirme, ni más ni menos que si yo hubiera sido un indio, o el hijo de algún nabab, según más tarde lo colegí, porque terminada la comida hubo recepción, y yo oía, después de las presentaciones de estilo, que les *belles dames* decían: “*Comme il doit être beau avec ses plumes*”.

Naturalmente, yo, al oír aquel *beau*, me pavoneaba, *je posais*, expresión que no se traduce bien; pero al mismo tiempo decía en mi interior: ¡Qué bárbaros son estos franceses!

Volvimos del jardín de las magnolias a los salones de Palermo. Manuelita recibía donde ahora está el gabinete de física del Colegio Militar. Una vez allí le repetí que quería ver a mi tío: ella salió, volvió y me dijo: “Ahora te recibirá”. Se fueron a comer. Yo no quise aceptar un asiento en la mesa, porque en mi casa me esperaban y porque no contaba con que aquel *ahora* sería como el *vuelva usted mañana* de Larra, o como el *mañana* de nuestras oficinas públicas (que no en balde tenemos sangre española en las venas), un *mañana*, que casi nunca llega o que, cuando llega, ya es tarde, u otro le ha soplado a uno la dama.

Yo esperaba y esperaba... las horas pasaban y pasaban... no sé si me atreví a interrogar, pero es indudable que alguna vez debí mirarla a Manuelita como diciéndole...: ¿Y?

Y que Manuelita debió mirarme, como contestándome: Ten paciencia, ya sabes lo que es tatita.

Allá, como a eso de las once de la noche, Manuelita, que era movediza y afabilísima, salió y volvió reiteradamente, y con una de esas caras tan expresivas en las que se lee un “por fin”, me dijo: “Dice tatita que entres” —y sirviéndome de hilo conductor, me condujo, como Ariadna, de estancia en estancia, haciendo zigzags, a una pieza en la que me dejó, agregando: “Voy a decirle a tatita...”.

Si mi memoria no me es infiel, la pieza esa quedaba en el ángulo del edificio que mira al naciente: era cuadrilonga, no tenía alfombra sino baldosas relucientes; en una esquina, había una cama de pino colorado con colcha de damasco colorada también, a la cabecera una mesita de noche, colorada; a los pies una silla colo-

rada igualmente; y casi en el medio de una habitación una mesa pequeña de caoba, con carpeta, de paño de grana, entre dos sillas de esterilla coloradas, mirándose, y sobre ella dos candeleros de plata bruñidos con dos bujías de esperma, adornadas con arandelas rosadas de papel picado.

No había más, estando las puertas y ventanas, que eran de caoba, desguarnecidas de todo cortinaje.

Yo me quedé de pie, conteniendo la respiración, como quien espera el santo advenimiento; porque aquella personalidad terrible producía todas las emociones del cariño y del temor. Moverme, habría sido hacer ruido, y cuando se está en el santuario, todo ruido es como una profanación, y aquella mansión era, en aquel entonces, para mí algo más que el santuario. Cada cual debe encontrar dentro de sí mismo, al leerme, la medida de mis impresiones, en medio de esa desnudez severa, casi sombría, iluminada apenas por las llamas de las dos bujías transparentes, que ni siquiera se atrevían a titilar.

Reinaba un silencio profundo, en mi imaginación al menos; los segundos me parecían minutos, horas los minutos.

Mi tío apareció: era un hombre alto, rubio, blanco, semipálido, combinación de sangre y de bilis, un cuasi adiposo napoleónico, de gran talla; de frente perpendicular, amplia, rasa como una plancha de mármol fría, lo mismo que sus concepciones; de cejas no muy guarnecidas, poco arqueadas, de movilidad difícil; de mirada fuerte, templada por el azul de una pupila casi perdida por lo tenue del matiz, dentro de unas órbitas escondidas en concavidades insondables; de nariz grande, afilada y correcta, tirando más al griego que al romano; de labios delgados casi cerrados, como dando la medida de su reserva, de la firmeza de sus resoluciones; sin pelo de barba, perfectamente afeitado, de modo que el juego de sus músculos era perceptible. Sería cruel, no parecía disimulada aquella cara, tal como a mí se me presentó, tal como ahora la veo, al través de mis reminiscencias infantiles. Era incuestionablemente una mistificación, en la que Lavater, con toda su agudeza de observador,

no habría acertado a perfilar la silueta siniestra en su evolución transformista de fanático implacable lleno de ternezas.

Agregad a esto una apostura fácil, recto el busto, abiertas las espaldas, sin esfuerzo estudiado, una cierta corpulencia del que toma su *embonpoint*, o sea su estructura definitiva, un traje que consistía en un chaquetón de paño azul, en un chaleco colorado, en unos pantalones azules también; añadid unos cuellos altos, puntiagudos, nítidos, y unas manos perfectas como forma, y todo limpio hasta la pulcritud, y todavía sentid y ved, entre una sonrisa que no llega a ser tierna, siendo afectuosa, un timbre de voz simpático hasta la seducción y tendréis la vera efigies del hombre que más poder ha tenido en América y cuyo estudio psicológico in extenso solo podré hacer yo; porque soy solo yo el único que ha buscado en antecedentes, que otros no pueden conseguir, la explicación de una naturaleza tan extraordinaria como esta.

Y digo extraordinaria, porque solamente siéndolo se explica su dominación, sin mengua para este pueblo argentino, que alternativamente le apoyó y le abandonó, hasta dar en tierra con él, protestando contra sus desafueros, que eran un anacronismo en presencia de los ideales que tuvieron en vista nuestros antepasados al romper las cadenas de la madre patria, de esa España que no fue, sin embargo, madre desnaturalizada, pues nos dio todo cuanto podía darnos, después de los gobiernos de los Felipe II.

Así que mi tío entró, yo hice lo que habría hecho en mi primera edad; crucé los brazos y le dije, empleando la fórmula patriarcal, la misma, mismísima que empleaba con mi padre, hasta que pasó a mejor vida:

—¡La bendición, mi tío!

Y él me contestó:

—¡Dios lo haga bueno, sobrino! —sentándose incontinenti en la cama, que antes he dicho había en la estancia, cuya cama (la estoy viendo), siendo muy alta, no permitía que sus pies tocaran en el suelo, e insinuándome que me sentara en la silla, que estaba al lado.

Nos sentamos... hubo un momento de pausa, él la interrumpió diciéndome:

—Sobrino, estoy muy contento de usted...

Es de advertir que era buen signo que Rozas tratara de usted; porque cuando de *tú* trataba, quería decir que no estaba contento de su interlocutor, o que por alguna circunstancia del momento fingía no estarlo.

Yo me encogí de hombros, como todo aquel que no entiende el porqué de un contentamiento.

—Sí, pues, agregó: estoy muy contento de usted —y esto lo decía balanceando las piernas, que no alcanzaban al suelo, ya lo dije— porque me han dicho —y yo había llegado recién el día antes, ¡qué buena no sería su policía!— que usted no ha vuelto *agringado*.

Este *agringado* no tenía la significación vulgar; significaba otra cosa: que yo no había vuelto y era la verdad, preguntando como tantos tontos que van a Europa baúles y vuelven petacas: “¿y *comment* se llaman este *chose bianqui* que ponen las *galin*?”, por no decir huevos, o: “¿esta cosa que se ponen en las manos?, por no decir guantes.

Yo había vuelto vestido a la francesa, eso sí, pero potro americano hasta la médula de los huesos todavía, y echando unos ternos, que era cosa de taparse las orejas: el traje había cambiado, me vestía como un europeo; pero era tan criollo como el Chacho, el cual, estando emigrado en Chile (en Chile que no es Europa, a Dios gracias) y preguntándole cómo le iba, contestó: —¿Y cómo quiere que me vaya: en Chile y a pie? cuando hay *énque* (pongan el acento en la primera e), no hay *cónque* (pongan el acento en la o), y cuando hay *cónque* no hay *énque*.

Posse amigo: acabaremos (¡y qué difícil es acabar!), si Dios nos da vida y salud, en el próximo número, y en él sabrá usted, qué fueron al fin y al cabo los siete platos de arroz con leche.

### III

Yo estaba ufano: no había vuelto agringado. Era la opinión de mi tío.

—¿Y cuánto tiempo has estado ausente? —agregó él.

Lo sabía perfectamente. Había estado resentido, no es la palabra, “enojado”; porque diz que me habían mandado a viajar sin consultarlo. Comedia.

Cuando mi padre resolvió que me fuera a leer a otra parte el *Contrato Social*,<sup>2</sup> veinte días seguidos estuve yendo a Palermo, sin conseguir verlo a mi ilustre tío.

Manuelita me decía, con su sonrisa siempre cariñosa: —Dice tatita que mañana te recibirá.

El barco que salía para Calcuta estaba pronto. Solo me esperaba a mí. Hubo que empezar a pagarle estadías. Al fin, mi padre se amostazó y dijo: —Si esta tarde no consigues despedirte de tu tío, mañana te irás de todos modos; ya esto no se puede aguantar.

¡Eh!, esa tarde sucedió lo de las anteriores, mi tío no me recibió. Y, al día siguiente, yo estaba singlando con rumbo a los hiperbóreos mares.

Sí, el hombre se había enojado; porque, algunos días después, con motivo de un empeño o consulta que tuvo que hacerle mi madre, él le arguyó: —Y yo ¿qué tengo que hacer con eso?, ¿para qué me meten a mí en sus cosas?, ¿no lo han mandado al muchacho a viajar, sin decirme nada?

A lo cual mi madre observó: —¡Pero, tatita (era la hermana menor, y lo trataba así), si ha venido veinte días seguidos a pedirte la bendición y no lo has recibido! —replicando él—: Hubiera venido veintiuno.

Lo repito: él sabía perfectamente que iban a hacer dos años que yo me había marchado, porque su memoria era excelente. Pero en-

2. Véase la *causerie* dedicada al señor don Carlos Pellegrini, bajo el título de ¿Por qué...?

tre sus muchas manías tenía la de hacerse el zonzo y la de querer hacer zonzos a los demás.

El miedo, la adulación, la ignorancia, el cansancio, la costumbre, todo conspiraba en favor suyo, y él, en contra de sí mismo.

No se acabarían de contar las infinitas anécdotas de este complicado personaje, señor de vidas, famas y haciendas, que hasta en el destierro hizo alarde de sus excentricidades. Yo tengo una inmensa colección de ellas. Baste por hoy la que estoy contando.

Interrogado, como dejo dicho, contesté:

—Van a hacer dos años, mi tío.

Me miró y me dijo: —¿Has visto mi Mensaje?

¿"Su Mensaje" —dije yo para mis adentros—. "¿Y qué será esto? No puedo decir que no, ni puedo decir que sí, ni puedo decir, no sé qué es..." y me quedé suspenso.

Él, entonces, sin esperar mi respuesta, agregó: Baldomero García, Eduardo Lahitte y Lorenzo Torres, dicen que ellos lo han hecho. Es una botarata. Porque así, dándoles los datos, como yo se los he dado a ellos, cualquiera hace un Mensaje. Está muy bueno, ha durado varios días la lectura en la Sala. ¡Qué! ¿no te han hablado en tu casa de eso?

Cuando yo oí lectura, empecé a colegir, y como, desde niño, he preferido la verdad a la mentira (ahora mismo no miento, sino cuando la verdad puede hacerme pasar por cínico), repuse instantáneamente:

—¡Pero, mi tío, si recién he llegado ayer!

—¡Ah! es cierto; pues no has leído una cosa muy interesante; ahora vas a ver —y esto diciendo se levantó, salió, y me dejó solo.

Yo me quedé clavado en la silla, y así como quien medio entiende (¡vivía un mundo de pensamientos tan raros!) vislumbré que aquello sería algo como el discurso de la reina Victoria al Parlamento, ¿pues qué otra explicación podría encontrarle a aquel "ahora vas a ver"?

Volvió el hombre que, en vísperas de jugar su poderío, así perdía su tiempo con un muchacho insustancial, trayendo en la mano un mamotreto enorme.

Acomodó simétricamente los candeleros, me insinuó que me sentara en una de las dos sillas que se miraban, se colocó delante de una de ellas de pie y empezó a leer desde la carátula que rezaba así:

—“¡Viva la Confederación Argentina!”

—“¡Mueran los Salvajes Unitarios!”

—“¡Muera el loco traidor, Salvaje Unitario Urquiza!”

Y siguió hasta el fin de la página, leyendo hasta la fecha 1851, pronunciando la *ce*, la *zeta*, la *ve* y la *be*, todas las letras, con la afectación de un purista.

Y continuó así, deteniéndose, de vez en cuando, para ponerme en aprietos gramaticales, con preguntas como esta, que yo satisfacía bastante bien, porque eso sí he sido regularmente humanista, desde chiquito, debido a cierto hablista, don Juan Sierra, hombre excelente del que conservo afectuoso recuerdo:

—Y aquí ¿por qué habré puesto punto y coma, o dos puntos, o punto final?

Por ese tenor iban las preguntas, cuando, interrumpiendo la lectura, preguntóme:

—¿Tienes hambre?

Ya lo creo que había de tener; eran las doce de la noche, y había rehusado un asiento en la mesa, al lado del doctor Vélez Sarsfield, porque en casa me esperaban...

—Sí —contesté resueltamente.

—Pues voy a hacer que te traigan un platito de arroz con leche.

El arroz con leche era famoso en Palermo y aunque no lo hubiera sido, mi apetito lo era; de modo que empecé a sentir esa sensación de agua en la boca, ante el prospecto que se me presentaba, de un platito que debía ser un platazo, según el estilo criollo y de la casa.

Mi tío fue a la puerta de la pieza contigua, la abrió y dijo:

—Que le traigan a Lucio un platito de arroz con leche.

La lectura siguió.



Un momento después, Manuelita misma se presentó con un enorme plato sopero de arroz con leche, me lo puso por delante y se fue.

Me lo comí de un sorbo.

Me sirvieron otro, con preguntas y respuestas por el estilo de las apuntadas, y otro, y otro, hasta que yo dije: Ya, para mí, es suficiente.

Me había hinchado; ya tenía la consabida cavidad solevantada y tirante como el parche de una caja de guerra templada; pero no hubo más; siguieron los platos; yo comía maquinalmente, obedecía a una fuerza superior a mi voluntad...

La lectura continuaba.

Si se busca el Mensaje ese, por algún lector incrédulo o curioso, se hallará en él un período, que comienza de esta manera: "El Brasil, en tan punzante situación." Aquí fui interrogado, preguntándoseme: "¿Y por qué habré puesto punzante?" Como el poeta pensé que en mi vida me he visto en tal aprieto. Me expliqué. No aceptaron mi explicación. Y con una retórica gauchesca, mi tío me rectificó, demostrándome cómo el Brasil lo había estado picaneando, hasta que él había perdido la paciencia, rehusándose a firmar un tratado que había hecho el general Guido... Ya yo tenía la cabeza como un bombo, y lo otro tan duro, que no sé cómo aguantaba.

Él, satisfecho de mi embarazo, que lo era por activa y por pasiva, y poniéndome el mamotreto en las manos, me dijo, despidiéndome:

—Bueno, sobrino, vaya no más, y acabe de leer eso en su casa —agregando en voz más alta—: Manuelita, Lucio se va.

Manuelita se presentó, me miró con una cara que decía afectuosamente "Dios nos dé paciencia", y me acompañó hasta el corredor, que quedaba del lado del palenque, donde estaba mi caballo.

Eran las tres de la mañana.

En mi casa estaban inquietos, me habían mandado a buscar con un ordenanza.

Llegué sin saber cómo no reventé en el camino.

Mis padres no se habían recogido.

Mi madre me reprochó mi tardanza, con ternura.

Me excusé diciendo que había estado ocupado con mi tío.

Mi padre, que, mientras yo hablaba con mi madre, se paseaba meditabundo, viendo el mamotreto que tenía debajo del brazo, me dijo:

—¿Qué libro es ése?

—Es el Mensaje que me ha estado leyendo mi tío...

—¿Leyéndotelo...? —Y esto diciendo se encaró con mi madre y prorrumpió con visible desesperación—: No te digo que está loco tu hermano.

Mi madre se echó a llorar.

Pocos días después, muy pocos días, el edificio de la tiranía se había desplomado; el 3 de febrero por la tarde yo oía en la plaza de la Victoria gritar furiosos “Muera Rozas” a algunos de los mismos conspicuos señores, que, pocas horas antes, había visto en Palermo, reunidos a los pies de la niña.

Confieso que todavía no entendía una palabra de lo que pasaba, y que los gritones, más que el efecto de libertados, me hacían el de locos.

Y eso que ya me había reído a carcajadas, leyendo a Jérôme Paturot, en busca de la mejor de las Repúblicas, en el que hay una escena por el estilo de la que presencié azorado el 3 de febrero, en la plaza de la Victoria, para que una vez más se persuadan los que viven solo en el presente, que “del dicho al hecho hay un gran trecho”.

Pocos días después, mi padre, Sarmiento y yo —el Sarmiento cuya *glorificación* acabamos de presenciar—, navegábamos en el vapor inglés *Menay* hacia Río Janeiro. Yo no hablé, durante la travesía, con el que después fue mi candidato, a pesar de las obsesiones exigentes de mi padre, hasta que no estuvimos en tierra brasilera, donde nos explicamos. Y es a este incidente al que él se refiere en sus *Boletines del Ejército Grande*.

Creo que para mi padre fue una suerte que yo le acompañara en aquel viaje, porque Sarmiento le iba haciendo perder la cabeza. El que hace un cesto hace un ciento. Quería inducirlo a que se fuera con él a Chile, para volver contra Urquiza, del cual iba huyendo; porque sus primeros actos en Buenos Aires le parecían precursores de que el país estaba expuesto a volver a las andadas. Lo explotaba, hablándole constantemente del señor don Domingo de Oro —su pasión—, y como era débil de carácter, a no ser yo, lo arrastra.

El Dictador se había refugiado en un buque de guerra inglés, llamado por singular coincidencia *El Conflicto* (*The Conflict*), y tardó mucho más que nosotros, con quienes iba también mi caro Máximo Terrero, en llegar a Europa.

Mi padre se quedó en Lisboa y me mandó a París, donde yo era ya buzo y ducho, a prepararle un apartamento, que tardé muchísimo en prepararle, por razones que ya se imaginará el penetrante lector; pero que al fin le preparé.

Viniendo de Lisboa a Francia, mi buen viejo quiso visitar a Manuelita y nos fuimos a Southampton.

Allí estaban alojados, en la misma casa, una modesta quintita de los alrededores: Rozas, Manuelita, Juan Rozas mi primo, Mercedes Fuentes su mujer, Juan Manuel mi sobrino, Máximo Terrero, y un negrito, al cual ya mi tío le decía, por ironía, *Mister*. Por supuesto que, si el cambio de hemisferio y de situación era como una transición entre el día y la noche, otra cosa eran los sentimientos y las manías. Mi tío conservaba su chaleco colorado y Manuelita su *moño*. Mi padre, que era muy amigo de Manuelita, que la quería en extremo, como la quiero yo, por sus virtudes, le observó que aquel parche colorado no estaba bien. Pero ella, cuyo amor filial no tenía límites, contestóle: que no se lo sacaría hasta que no se lo mandaran.

Un día, almorzábamos todos juntos: mi tío era sobrio, concluyó primero que los demás y se levantó, yéndose. Manuelita, ganosa de echar un párrafo con mi padre, me dijo: “Acabá ligero, hijito, y

andá, entretenelo a tatita.” Yo me apuré, concluí, salí, y me fui en busca de mi tío que estaba sentado en el sofá de una salita, con vista al jardín, y me arrellené en una poltrona. Mi tío y yo permanecemos un instante en silencio. Yo lo miraba de rabo de ojo. Creía que él no me veía. ¡Me había estado viendo! Confusamente, porque yo no tenía entonces sino como intuiciones de reflexión, los pensamientos que me dominaban en aquel momento, al contemplar el coloso derribado, podrían sintetizarse exclamando ahora: *sic transit gloria mundi*. (Así transa don Raimundo, como decía el otro.)

De repente miróme mi tío y me dijo:

—¿En qué piensa, sobrino?

—En nada, señor.

—No, no es cierto, estaba pensado en algo.

—¡No señor; si no pensaba en nada!

—Bueno, si no pensaba en nada cuando le hablé, ahora está pensando, ya.

—¡Si no pensaba en nada, mi tío!

—Si adivino, ¿me va a decir la verdad?

Me fascinaba esa mirada, que leía en el fondo de mi conciencia, y maquinalmente, porque habría querido seguir negando, contesté “sí”.

—Bueno —repuso él—, ¿a que estaba pensando en aquellos platitos de arroz con leche, que le hice comer en Palermo, pocos días antes de que el “loco” (el loco era Urquiza) llegara a Buenos Aires?

Y no me dio tiempo para contestarle, porque prosiguió: —¿A que cuando llegó a su casa, a deshoras, su padre (e hizo con el pulgar y la mano cerrada una indicación hacia el comedor) le dijo a Agustinita: —¿No te digo que tu hermano está loco...?

No pude negar, queriendo; estaba bajo la influencia del magnetismo de la verdad y contesté sonriéndome:

—Es cierto.

Mi tío se echó a reír burlescamente.

Aquella visión clara, aquel conocimiento perfecto de las personas y de las cosas, es una de las impresiones más trascendentales

de mi vida; y debo confesarlo aquí, no teniendo estas páginas más que un objeto: iluminar, con un rayo de luz más, la figura de un hombre tan amado como execrado: sin esa impresión yo no habría conocido, como creo conocerla, la misteriosa y extraña personalidad de Rozas.

Mi querido Posse: siento mucho que, padeciendo usted de dispepsia, no pueda comerse, como yo, de una sentada, siete platos de arroz con leche.

Y para concluir, y antes de decirle, como Cicerón a sus amigos, *Jubeo te bene valere*, le daré una receta para su enfermedad: ejercicio, gimnasia, viajes que no fatiguen, poco vino, mucha sal, no aumenta esta la sed, y en último caso, ningún vino, y poco de aquello...

Hay dos falsificaciones que hacen mucho daño: la de la mujer y la del vino.

Desgraciadamente, cuando caemos ya en cuenta, es demasiado tarde.

Traduzco, pues, a Cicerón y suponiendo que ha caído en cuenta "le ordeno que goce de buena salud".

Postdata: Dice X. que este cuento, narrado por mí, tiene mucha más animación y movimiento, y que yo, como Carlos Dickens, debiera dar conferencias para referir mis aventuras. Estoy listo, a pesar de la rabia que esto pueda darle a mi querido X, siempre que las conferencias sean patrocinadas por las Damas de Misericordia...

Necesito indulgencias... literarias.

## ¿SI DICTO O ESCRIBO?

Al señor don Marco Avellaneda

61

Entre Marco Avellaneda, el hermano del egregio presidente, y Marco Avellaneda, el hijo mayor de éste, opto por el último, porque es mucho más joven. Yo amo la juventud, no porque ella represente el porvenir, sino por su candor, por su sinceridad y por su buena fe. ¡Es tan bello creer, y tan consolador esperar, y anhelar constantemente, con el firme convencimiento de que en un día no lejano se tocarán los bordes risueños y encantados...!

Quiere decir entonces que el Marco con quien converso es *Marquito*, según le llaman los que, como yo, le quieren de veras; y sin que esto implique que el diminutivo del nombre esté en armonía con las facultades intelectuales, que, como un herencia preciosa de su ilustre padre, ya revela.

Él me ha interpelado en la forma concreta del título, y cumple a mi genial deferencia, en estos casos, ampliar una respuesta que se redujo a esto: escribo y dicto; con este agregado: “Te contaré, si quieres, cómo trabajo”.

Pero, antes de entrar en el detalle, tengo que decir lo que de mí pienso.

Y, en cuanto al detalle, como antecedente, diré que no es cosa de menospreciar, a no ser que sea de poco momento ver por qué trabajo de elaboración pasa el pensamiento, antes de detenerse en una fórmula.

¿O ustedes, señores escritores, producen sin *gestación*?

Dicto y escribo.

De noche, escribo, tarde, lo más tarde posible, y con bujías, no con luz de gas, que es nociva. Pero como aquí no se trata de lo que escribo de noche —que a su debido tiempo verá la luz pública—, entremos cuanto antes en lo que llamaré al procedimiento diurno.

Y para que se vea que hay ilación en el concepto, oigan ustedes lo que yo pienso, como antes he dicho, de mí mismo.

Todos los que han indicado algo útil sobre el arte de escribir, desde Cicerón hasta Pascal, y son algunos, lo habrán omitido por ocioso. Yo lo digo, sin embargo: no es posible escribir mediocremente siquiera, sin tener algunas ideas propias. Bueno, pues, yo tengo las mías. Ahora, si las formulo con cierta propiedad y gracia, o sin ninguna, es decir, si escribo bien o mal, eso, aquí *inter nos*, yo no lo sé a derechas.

La vanidad, que no sé si es peor que la envidia, nos hace ver lo negro blanco; y eso, cuando no nos ciega del todo.

Yo conozco un hombre tan poseído de sí mismo, que se cree irresistible, y es picado de viruelas, la cara parece un harnero y no se viste con elegancia, ni es pulcro. Mas él se imagina que toda mujer que le mira la facha esa, es porque le encuentra algo que no tienen los demás, lo que es cierto: tiene las viruelas.

Pero sí sé que no escribo turbio; que empleo términos adecuados, aunque mi estilo no tenga la belleza de la transparencia, como diría Joubert; que manejo, como los banquero manejan las libras esterlinas, bastante caudal de palabras; y que, en tal virtud, no pertenezco al género de los plumistas, que lo mismo dicen *quietismo* que *quietud*, cuando de lo que están hablando es del sosiego de la Naturaleza, ni *rol* por *papel*, cuando hablo de teatros y actores. Y esto no quiere decir que sea ajeno a los *idiotismos*, primero, porque ellos son inevitables, cuando el estilo es algo familiar; y claro, porque como dice un artista en literatura, el querer suprimirlos sería como querer que la ropa no tuviera pliegues. En resumidas cuentas, les gustará a ustedes o no mi modo de escribir; será vicioso cuanto quieran, oscuro no. Luego tengo, por lo menos, la ventaja de la claridad.

¿O estaré también equivocado en esto? ¿Estará picado de viruelas mi estilo, y yo no las veo?

Unas cuantas líneas más; no para entrar en materia, que ya estoy metido en ella hasta las narices, sino para que vaya desarrollando naturalmente el tema.

Helas aquí; en materia de gramática, creo que más que el arte de hablar correctamente y con propiedad, es el arte de hacerse en-

tender de todo el mundo. Y en materia de diccionario, opino que el más completo es aquel que, a la manera de Webster, enriquece la lengua nativa con todas las asimilaciones posibles siempre que ellas no impliquen una albarda. Porque ¿qué objeto hay, verbigracia, en llamarle por otro nombre, que es un neologismo, a lo que ya lo tiene originariamente? Las lenguas no se enriquecen por ese procedimiento falaz, que equivale a que un avaro se crea más rico, porque después de contar su renta en pesos nacionales, la multiplica por ciento transformándola en centavos. ¡Qué diablo!, lo mismo es Chana que Juana, o atrás que en las espaldas.

Tengo otra razón más para creer que estas ligeras reflexiones son sensatas, juiciosas y naturales.

A ver si podemos ponernos de acuerdo.

Los americanos del sur poseemos, después del italiano, la más bella lengua del mundo; es menos suave, pero más enérgica, más sonora, y tiene una elasticidad sin par, admitiendo los juegos de posiciones y trasposiciones más singulares, sin que haya en ella audacias que choquen desagradablemente, a no ser que se incurra en aquello de

En una de fregar cayó caldera.

Y entonces, señoras y señores (desde que tenemos escritoras de mérito ya, lo que, dado mi horror por las literatas, no sé si será un bien o un mal), ¿por qué no *aferrarnos*, cuanto posible sea, a la estructura orgánica de la lengua madre? —que fue madre patria, y no tan mala madre, por más que digan; que al fin y al cabo, mejor estábamos aquí que por España—. (Al menos, en este hemisferio no nos quemaban).

Bueno; me zafo, cuanto antes, de la dificultad, con el permiso de ustedes (si yo sé que aquí hay gente que dice que en América se habla mejor el español que en España), repitiendo *mutatis mutandi*, con Olózaga, que no será tildado de escribir mal en romance:

Pero no he de ser yo quien cante las alabanzas de la lengua castellana, porque temería que me apliquen las palabras de un crítico francés



contra una mal humanista, que había publicado un elogio de la lengua latina.

Ese elogio, decía, es tanto más de agradecer, cuanto que el que lo ha escrito no tiene el honor de conocer a la señora a quien prodiga sus alabanzas.

Ahora sí, ya podemos entrar *en el detalle*, y ustedes no se quejarán de que haya hecho metáforas o de que me haya hinchado, diciendo, como el crítico: *J'ai l'esprit plein d'inquiétude*, en lugar de: *Je suis plein d'inquiétude*, que es mucho mejor.

Sobre este particular estoy, pues, completamente tranquilo; conque, adelante.

Imagínense ustedes que son las 7 de la mañana, en invierno; en verano, es una hora antes, y que llega mi secretario, que es mi amigo, y mi confidente, y mi censor, y mi *admirador* (búsquense ustedes un secretario), y que yo me he acostado a cualquier hora, y que la de levantarse no puede ser alterada, porque de lo contrario es un día perdido, y una vez imaginado esto, para lo que no se necesita mucha imaginación, asistan ustedes con el pensamiento a esta escena:

—Buen día, general (antes era coronel o comandante).

Y aquí viene, como pedrada en ojo de boticario, el decir que el secreto para tener un buen secretario consiste en tres cosas, que no son la primera, la segunda y la tercera, sino las siguientes, que se resumen en una sola: no cambiar de secretario.

Ustedes dirán que eso no depende exclusivamente de uno.

Comprendo perfectamente bien. Inútil poner puntos sobre las *íes*. Me anticipo a la observación y contesto: es necesario saber elegir el secretario, tener la suerte de hallarlo y hacer de él lo que antes han oído ustedes, un confidente y un amigo.

Mas esto es como coleccionar mirlos blancos.

Por regla general, los secretarios cojean de este pie: no están encantados de sus Mecenas.

Decía, pues, que el mío me ha saludado, y que, como siempre tengo mucho gusto en verlo, le he contestado:

—¡Buen día, amigo!

—Qué calor, o qué frío —esto viene inevitablemente, según las estaciones.

“¿Qué hay de nuevo?” nunca nos lo preguntamos, porque ya sabemos lo que hay en los diarios; los diarios, que, como diría Teófilo Gautier, son unos papeles a la manera de sábanas, escritos con betún, en los que se cuenta: los perros que se han ahogado en el Sena, los maridos que han sido apaleados por sus mujeres, los decretos salvadores que se han dictado, las calumnias que se han forjado, y todas las demás invenciones sensacionales que *le droit de tout dire* ha urdido, como marco inevitable para todo cuadro social que represente un poco de civilización: guerras en perspectiva casi siempre.

¡Ah!, se me iba olvidando: yo sé lo que es el público, el lector, y estoy seguro de que quieren que les diga cómo se llama mi secretario.

Pues vean ustedes: lo que es hoy, no lo he de decir.

¿Saben ustedes por qué?

Porque ustedes no creen que yo tengo secretario.

Pero protesto, a fuer de quien soy, que lo sabrán, así que se publiquen en dos o más volúmenes estas *causeries* compiladas, con un prólogo elogioso en honor mío, por supuesto. ¡O no faltaba otra cosa, que mi secretario, que es mi *alter ego*, no me elogiara! Sería lo mismo que si yo no dijera que él no es la flor y la nata de los secretarios: la prudencia pensante y ambulante, la sabiduría infusa y adquirida; y lo que es más raro todavía, en materia de secretarios, la probidad... ítem esto otro que es fenomenal: el desinterés.

Decía que mi secretario está ahí, y no puedo decir que pluma en mano, porque nosotros no escribimos con pluma, ni de ganso, que es la más antigua, sino con lápiz.

¡Hablo yo!

—Amigo, esto me va a dar mucho trabajo, me parece; anoche lo he fermentado, y... no sé si, al dictarlo, se convertirá en vinagre lo que a mí me parece vino. Tenga paciencia. (Los Mecenas suelen no tener paciencia con los secretarios, y éstos les pagan con igual moneda).

Naturalmente, aquí mi secretario me mira con una expresión en la que mentiría si dijera que he sorprendido, alguna vez, la más mínima inquietud. Él cree en mí, como yo creo en él. (¡Ah!, si se pudiera hacer esta frase: “Ella cree en mí, como yo creo en ella”, ¡este mundo sería el paraíso terrenal!).

“Fermentado” han leído ustedes. ¡Pero, y qué!, ¿hay acaso producción posible, sin un poco de calcinación cerebral?

Yo me acuesto, todas las noches, pensando en lo que debo escribir al día siguiente, y aunque duermo poquísimos, cuando llega mi secretario todo está listo; falta solo lo más difícil (ustedes no son cocineros, como yo, y no han de entender la figura): *tourner l'omelette*, “dar vuelta la tortilla”.

Mi secretario se sienta:

—A ver, ¿cuántas *causeries* tenemos ya listas?

La mesa en que trabajamos es común, es grande, amplia, cómoda: él tiene, a diestra y siniestra, lo mismo que yo, todo cuanto puede necesitar. Ambos tomamos café y *whisky* (el mejor lo venden en el “Bazar inglés” de la calle Florida); el whisky es superior para los reumatismos (la Patti lo dice, y yo lo creo); la luz entra francamente por dos anchas ventanas, la luz meridional, que es la más bella de todas las luces; estoy rodeado de pajaritos que cantan, que es un gusto; de flores —adoro las flores y, sin embargo, no soy floricultor, como Eduardo Costa—; estoy rodeado de libros, en su mayor parte viejos... son los que prefiero (con éstos me sucede al revés de lo que con el bello sexo); estoy rodeado de cuadros, pocos, pero buenos; y estoy, finalmente, rodeado de *bibelots* artísticos, soy muy frívolo en esto, y de retratos, cuyo cariño no puedo poner en duda. Con este ajuar, sería necesario que mi secretario y yo fuéramos muy zurdos para que no se nos ocurriera algo —una traducción siquiera de cualquier cosa, o una carta de Ricardo Palma, pidiéndole opinión sobre *sus productos*. (Los del remitente).

Mi secretario tira y abre el cajón, que tiene delante.

Creo que es Guizot el que ha dicho, o yo, en el Congreso: que el que se anticipa al tiempo, el tiempo lo hunde. Pero política no es

literatura a la violeta. Yo tengo, por consiguiente, varias *causeries* anticipadas.

Repito que mi secretario abre el cajón y que me lee esto:

—“Horror al vacío”, *causerie* dedicada al señor doctor don José Miguel Olmedo; “La calumnia viajera”, *causerie* dedicada al señor don Manuel Láinez; “Goyito”, *causerie* dedicada a mi hermano Carlos...

Yo le observo que me gusta más lo que le estoy dictando.

Él me arguye que es siempre bueno un poco de fermentación.

Pero, como yo soy el que decido, resuelvo que, en vez de las anotadas *causeries*, se publique indefectiblemente ésta el jueves próximo. (Estoy escribiendo el domingo). ¿Por qué? Si no caes en cuenta ¡la inocencia te valga, Marquito mío! Y no te ofenda esto de la inocencia, desde que ser inocente es ser puro, y tú lo eres. ¡Dios te conserve así!

Sigo, pues, y me paseo, y me paseo.

Y he dado orden de que no me interrumpan, y nadie viene. Necesito dos buenas horas para dictar un folletín. ¡Ah!, es imposible ser completamente libre bajo las estrellas (aunque uno esté viudo); mueven una puerta, la sacuden; ¿quién se imaginan ustedes que me interrumpe?

“Júpiter”, mi perro, que quizá quiere observarme que estoy perdiendo el tiempo. Como no habla... nuestra lengua, no sé.

No importa, *Vada avanti* —le digo a mi secretario—. ¿Y cuántas carillas van? —porque esto es esencial, cuando se escriben folletines.

Mi secretario mira la numeración y me contesta:

—Cuarenta y una —y ustedes, señores tipógrafos, que son jueces inapelables, dirán si es verdad o no.

¡Cuarenta y una!

¡Es como si dijéramos el oro casi a la par! ¿Qué lindo, no?

Pero es necesario concluir. Poco más de cincuenta carillas caben en el folletín destinado a ustedes y yo sé, por experiencia de lector, que no hay nada que fastidie tanto como un *continuará*.

Con todo esto, no he dicho (mal hayan las digresiones, por no decir las reflexiones, o las filosóficas consideraciones) cuál es mi método, mi sistema, mi modo, mi mecanismo de trabajo.

Oigan ustedes entonces, por lo que les pueda interesar:

Yo dicto.

Mi secretario escribe.

¿Ustedes creen que como una máquina?

¡Oooh!, se equivocan ustedes.

Mi secretario es todo, menos una máquina.

Mi secretario me observa que lo que estoy dictando es una contradicción.

—¿Cómo, una contradicción? —le digo yo, que soy el juez que falla, en este caso.

—General, usted dirá lo que quiera; pero yo le garantizo a usted que lo que acaba de dictar es una contradicción. (Por poco no dice: una barbaridad...).

(¡Ah!, ¿y por qué no puede uno degollar a sus secretarios, que es un procedimiento tan expeditivo para deshacerse de tipos molestos?).

Parece increíble, me veo obligado a transigir... mi secretario no quiere seguir escribiendo, y me contiene con esta observación:

—Pero, señor, usted se va a deshonorar... literariamente.

—Pero hombre, escriba usted no más... ¿Hay acaso un tribunal y código para estas cosas, como los hay para otras, que son civiles o criminales?

Mi secretario es un hombre de una buena fe prístina, virginal (¡imagínense ustedes que cree en la felicidad del matrimonio!), y replica, o mejor dicho, me arguye, con la opinión pública... de los literatos.

Aquí yo ya no me puedo contener, y le contesto esto, que es textual, que es verdad:

—Pero mi amigo, ¿de veras usted cree en la opinión?; ¿no se acuerda usted de que Napoleón ha dicho que la opinión es una ramera? Vea; escriba y no tenga cuidado.

La contradicción a que me he referido era esto:

*On n'est correct qu'en corrigeant.*

Y ahora mi secretario se resiste a escribir eso, y se resiste, porque parece encantado de lo que le he dictado hasta aquí, y eso que yo le argumento:

—Pero amigo, se necesita toda la vanidad suya, su vanidad de máquina de zurcir palabras caligráficamente, para pretender que se puede ser escritor sin pulir y repulir, sin corregir, y da capo corregir.

Y a esto me sale con el

Mas si me veo en el primer terceto,

No hay cosa en los cuartetos que me espante.

¡Querido Marquito!

¿Quieres que te dé un consejo de escritor?

Helo aquí:

Y eso aunque mi secretario, que me adora, esté encantado de lo fluido de esta *causerie*.

Una obra no es perfecta sino cuando ha sido tocada y retocada, tantas veces cuantas sean necesarias para que desaparezcan las sinuosidades que pueden impedir que pase por una obra magna (aunque Buenos Aires pasa por una ciudad civilizada, teniendo tan pésimo empedrado).

*Ergo*, piensa y repiensa sobre lo que te propongas escribir, y no te canses nunca de corregir lo que hayas pensado, porque yo tengo para mí que de todo escritor puede decirse lo que de Stendhal: que no basta imaginar un título; mucho tiempo pasa antes de que uno tenga la seguridad de que está en ello.

Stendhal proyectó escribir una novela que debía llamarse Amiel. Poco después modificó el título ligeramente y la llamó L'Amiel. Por último Lamiel. Finalmente *Un village de Normandie*, y todavía *Les Français du roy Philippe*.

Yo he sido amigo íntimo de tu padre. Óyeme, Marquito, con muchísima atención y, por última vez, perdona el diminutivo. Ningún hombre en la República Argentina ha tenido una mente más ática que él, ni mayor desprendimiento literario (cosa rara). Yo ten-

go entre mis documentos autógrafos pruebas de ello. Por ejemplo: un discurso que pasa por de Sarmiento, no es de éste, es suyo.

¿Qué discurso?

El pronunciado sobre la tumba del doctor Carreras, primer Presidente de la Corte Suprema Federal.

Pues tu padre corregía... y mucho.

¡Y cómo escribía!, ¡con qué elegancia, con qué cultura, con qué limpieza! ¡Qué frase tan diáfana la suya! Era una prosa tan pulida como los versos de Musset.

Y aquí conviene que diga que la *letra* es solo un argumento cuando no lleva aparejada cierta clase de responsabilidades, y no como otros lo pretenden.

Bueno, pues, ya sabes con lo dicho, ¿o no me he explicado bastante?, cuál es la contestación que debo dar a tu pregunta "si dicto o escribo".

Esto es dictado.

¿En cuánto tiempo, en cuántas horas y minutos?

En dos horas y media.

*Así, anch'io son pittore*, dirá cualquiera.

Felicítome de ello, por orgullo nacional. Pero con una condición: que haya escrito la víspera, para corregir al día siguiente, *e si non, non*.

—Y a usted, mi secretario, ¿qué le parece todo esto?

—Que usted haría perfectamente bien en dejar que fermentara.

—Ahora salimos con eso; luego ¿usted no cree que yo soy un ingenio?

—No digo eso; ¿o yo no soy el que escribo?

—Y entonces, hombre, ¿por qué me obsedía usted con sus desconfianzas?

—¡Ah!, señor, si yo pudiera iniciarlo a usted (¡pero usted se ha de fastidiar!) en ciertas convenciones referentes al talento y a la honorabilidad...

—¿Así es que usted cree que todo es cuestión de fechas, y del vientre que nos ha parido?

“Pues, mi amigo, si eso es así, hay que pensar con el otro, con el poeta, que:

En este mundo traidor  
nada es verdad ni mentira,  
todo es según el color  
del cristal con que se mira.

71

”Pero como usted es mi secretario, y yo soy su atento y seguro servidor, nada más explicable que el que los dos nos completemos y *nos admiremos*.

”¡Ah!... ¡si los dos pudiéramos también corregirnos un poco!... ¡O suprimir algunas de las inevitables circunstancias que nos hacen vivir encantados de las cosas que los dos hemos imaginado como soluciones definitivas!”.

Marquito amado, mírate en este espejo, por activa y por pasiva, aunque mi secretario y yo podamos no ser dos personas diferentes; sobre todo, no olvides que el que no sabe borrar no sabe escribir.





## AMESPIL

Al señor don Florencio Madero

73

*El hombre no es un ángel  
ni un demonio.*

Estábamos en el campamento de *Ensenaditas*, cuando la guerra del Paraguay.

Mientras nos preparábamos para los combates con el enemigo, librábamos batallas diarias con las sabandijas, sobre todo, con las moscas. Eran tantas, que no oscurecían el sol, como las flechas de Jerjes, pero nos enloquecían.

Para comer, sin comerlas en considerable cantidad, teníamos que valernos de diversas estratagemas. Una de ellas consistía en ponernos en cuclillas, en levantar el poncho por la boca, de modo que formara con la cabeza, cayendo a los lados hasta el suelo, una especie de paraguas, —de *para-moscas*— y hecho así el *vacío* y la oscuridad, sirviendo de resquicio, para que entrara un poco de luz, la abertura de esta tan útil prenda americana (que no es más que la manta andaluza, que se toma por dos puntas, revista y corregida), estaba semi-resuelto el problema de comer medio-viendo, al lado del fogón, lo que con la mayor precipitación posible nos pasaban por debajo los solícitos asistentes.

Todo lo cual no impedía, por muchas que fueran las precauciones, que tragáramos lo que queríamos y lo que no queríamos.

Un día, me destinaron un pelotón de enganchados. Yo era mayor del 12 de línea, y jefe interino de él, pues la brigada que formábamos con el 9, la mandaba el comandante Ayala. Se hizo lo de costumbre: se le averiguó la vida y milagros a cada individuo, lo mejor que se pudo, porque eran extranjeros que hablaban todas las lenguas; y algunos, ninguna.

Entre ellos sobresalía por su tamaño y su volumen, sus manos deformes y sus *pieses* (como decía el coronel Baigorria, aquél que

vino a Pavón con los indios de Coliqueo) uno que habíamos canjeado, con el regimiento de artillería, por un francés.

Este infeliz, era de esos que no hablaban ninguna lengua. Hablaba un dialecto, y más tarde supimos que era *bávaro*.

¡Y qué bávaro! Era tan grande que no había vestuario que le cuadrara: de zapatos no hay que hablar; se le hicieron unos *tamangos* de cuero de carnero; porque tenía los susodichos *pisantes* estropeadísimos, tanto como las manos, a punto que, dando a entender por señas que sabía manejar el fusil, no podía empuñarlo.

Mientras éste como hombre se curaba y se le hacía un uniforme, la tropa, con su ojo múltiple de observador, ignorante pero perspicaz, íbale descubriendo sus propensiones y sus habilidades. Consistían éstas en dos: Amespil comía por tres y bailaba tirolesas.

La tropa lo vestía de mujer. Amespil silbaba un aire y mientras le daban galleta, él bailaba, haciendo piruetas como un elefante, con crinolina, y todos nos divertíamos.

Ampsil sanó, quedando sano, como sabemos decir los del oficio, de lomo y patas y —¡oh sorpresa, siempre lo imprevisible decidiendo de la suerte de los mortales!— resultó que manejaba el fusil admirablemente, y que marchaba como un prusiano.

Consecuencias: que se le hizo servir de figurín y que, vista su voracidad de insaciable buitre, se ordenó darle ración doble.

Este pobre Amespil, no obstante su inocencia, porque era un alma de Dios, fue víctima, ¡vean ustedes lo que es el mundo!, de sospechas y acusaciones contra su pudor, de las que era culpable únicamente un soldado sanjuanino, que tenía por apodo *Culito*, muy ladrón entre paréntesis. Y no se salvó de un castigo severo, sino porque yo tuve una inspiración salomónica para descubrir al culpable. Más me valiera no haberla tenido, porque de ahí tomó asidero la calumnia para inventar la leyenda de que yo había hecho comer a un hombre por las moscas. Mas ese cuento no es para este lugar, y lo contaré, Florencio, como *pendant* de éste que me has pedido, otra mañana, que tenga tiempo y humor para ocuparme de lo que, por serme personalísimo, haya podido hacerme sufrir.

¡Eh!, la gloria tiene sus espinas, y por ella estábamos, más de cuatro, haciendo la guerra del Paraguay.

La vida de Amespil se deslizaba plácida y tranquila entre el manejo de armas, su doble ración y las tirolesas pagadas por *tutti quanti*. Y no hay que hablar de las privaciones, de las molestias y peligros comunes; porque ése era el pan cotidiano de aquella gran guerra.

Cambiábamos de campamento, librábamos combates y batallas, la guerra no concluía. Nos habíamos acostumbrado tanto a aquel juego, que había momentos en los cuales nos habría dado rabia, si nos hubieran dicho: “Esto concluye mañana”.

Talleyrand decía: *tout arrive*. Habíamos triunfado siempre. Ergo, alguna vez nos habrían de derrotar.

Llegó, pues, el asalto de Curupaití.

Esa mañana se triplicó la ración de la tropa; porque creíamos dormir del otro lado de las trincheras.

Amespil no recibió ración ninguna. ¿Por qué? Porque no hubo tiempo de pasar revista de armas. Él era muy puerco y, para obligarle a cuidar un poco su fusil, solo se le racionaba después de aquella formalidad.

Amespil, naturalmente, debía estar dado a todos los diablos, viendo aquel despilfarro inusitado, y que a él no le llegaba su San Martín.<sup>1</sup>

Marchamos.

Yo estaba con mi batallón, oculto en un pliegue del terreno, oyendo, a pie firme, los cañonazos, los fusilazos, sintiendo el ruido diabólico de aquel infierno de fuego. Esperábamos, por momentos, con impaciencia imponderable, la orden de avanzar.

Los paraguayos no nos habían visto. Nos descubrieron y, poco a poco, empezaron a acariciarnos algunas balas rasas de cañón.

Estas caricias tienen muchos inconvenientes, sobre todo cuando se está a pie firme; porque como ha dicho don Alonso de Ercilla:

El miedo es natural en el prudente

1. En ese día se matan los *chanchos* en España.

Y el saberlo vencer es ser valiente.

76

Mi tropa estaba en columna por mitades, con el arma en descanso. Como algunas balas pasaron casi rasando las bayonetas —esto es eléctrico—, la columna hizo un movimiento de vaivén, como el de las olas. Yo, más que dando una voz de mando, era el único que estaba a caballo, dije: “¡Firmes, muchachos!”.

Y esto diciendo, y para distraer un poco la atención de los que ya sentían quemar las papas, me puse a recorrer las mitades, pasando por los intervalos dirigiéndoles dicharachos amenos a ciertos soldados de prestigio.

A Amespil tocóle su turno: estaba en la primera hilera de la fila, con la cara muy lánguida. Le agarré la pera, que la tenía larga, se la tiré y le hice abrir aquellas dos mandíbulas de mastodonte, hasta verle el galillo. Él rugió juntamente con un “¿Cómo te va, Amespil?” mío.

Y cuando le solté, pegóse en la panza con la mano izquierda, y mirándome con ojos furibundos, me dijo en su media lengua:

—¡Mayor! ¡malol! ¡Galleta! ¡nada! ¡Ajo! ¡Hum!

Me parece, no me acuerdo bien, que el hoy comandante Villarruel, edecán del Presidente de la República, mandaba esa compañía. Él me explicó aquel rugido, y yo entonces, pasando a otra cosa, repuse —Ampil entendía:

—Luego, te darán treinta y seis galletas...

Yo estaba herido en una carpa del hospital de sangre, de tierra, después de haber estado en el fluvial donde —suprimo detalles— me examinó Caupolicán Molina, y el cual, no hallando allí sanguijuelas, me dijo:

—Hágase llevar cuanto antes al campamento, y que le pongan dos docenas de sanguijuelas.

Me las habían aplicado, estaba boca arriba, todo ensangrentado, pues los animalillos picaban que daba gusto. Reinaba a mi alrededor ese rumor solemne de la derrota; oíanse los ayes de los heridos que amputaban, los quejidos de los que llegaban conducidos en camillas o arrastrándose, las pisadas de los dispersos que *caían*

buscando sus banderas. Por la puerta de la carpa (era la hora del crepúsculo) veía desfilar los hombres como fantasmas.

De repente, vi alzarse uno inmenso, todo embarrado, con el fusil a la espalda, pendiendo de él un enorme atado. Me pareció Amespil, que yo creía había muerto.

—¡Ampespil! —grité.

Él se volvió, como si hubiera oído salir un eco debajo de tierra.

—¡Ampespil! ¡Ampespil! —repetí.

Y él, atraído por mi voz, vino, llegó, y dejando caer el atado que sonó, diciendo claramente: “estas son galletas”, metió la cabeza dentro de la carpa, y mirándome todo azorado, y arrasándosele los ojos en lágrimas, me dijo en su jerga:

—¡Mi mayor, vivo, viviendo! ¡Ampespil, Ampespil! —y se pegaba con la mano derecha en el pecho—. Mucho, mucho te quiero. ¡No enojado, no enojado! —y dándole al atado con una *pata* para hacerlo sonar, agregó, centelleándole las pupilas, y vagando por todo su rostro una sonrisa glotona.

—¡Mucho galleta!

Ampespil volvía rezagado; pero no había perdido su tiempo en el camino; había hecho lo más soldadescamente humano: desvalijar muertos.

Me hizo llorar, y en mi interior, me dije: “El hombre no es un ángel ni un demonio”. ¡Ah!, pero es un animal, que tiene insondables abismos de ternura.

Más tarde, en una hora triste, no estando yo en el batallón —todo es fenomenal bajo las estrellas—, Ampespil desertó.



## HORROR AL VACÍO

Al señor doctor don José Miguel Olmedo

79

Me imagino que a la mayor parte de ustedes les pasa lo que a mí, que prefieren las grandes ciudades a las pequeñas, y que no gustan de las ficciones.

Pero como yo soy el que habla, no ustedes, es a mí, no a ustedes, a quien le corresponde decir el “porqué”.

Empezaré por el principio.

Me gustan más las grandes ciudades que las pequeñas, porque en estas últimas está uno menos solo que en las otras, y porque en las grandes ciudades hay menos calumnia que en las pequeñas.

¡Vaya una paradoja!, es posible que ya esté pensando el lector: ¡Vaya una de las muchas de Lucio Mansilla!

¿Y cómo puede ser que donde hay más gente esté uno menos acompañado y que haya al mismo tiempo menos calumnia?

Es muy sencillo: en la aldea todo el mundo lo conoce a uno; no hay cómo sustraerse a la curiosidad del vecino: toda cuestión personal o de barrio se vuelve cuestión social, hasta cuando se trata de si la señora del juez de paz se viste o no con más o menos elegancia y *chic* que la señora del intendente municipal.

Un escritor inglés dice que en las pequeñas ciudades, donde durante largos años las mismas familias habitan las mismas casas, la maledicencia procede por genealogía, y que las faltas de cada generación se cuentan en línea ascendente.

Agrega que en una de esas pequeñas ciudades, él supo, a los pocos días de haber llegado, el origen de la fortuna de todo el mundo, y que si hubiera creído en todo cuanto sobre el particular le referían, habría llegado a la conclusión de que nadie poseía legítimamente lo que tenía.

Otro escritor, norteamericano, cuenta en un libro muy mal escrito, pero bien documentado por la observación, que en los Estados Unidos las disidencias políticas tienen generalmente su origen en



las discordancias de las familias de los hombres que se disputan la supremacía en los pequeños centros de población.

De modo que, a más de la posibilidad de aislarse que uno tiene en esos grandes centros, que llamaremos *populosos desiertos*, las grandes ciudades tienen otra inmensa ventaja.

A ver si estamos de acuerdo.

En ellas podemos olvidar la gente que aborrecemos, porque es fácil evitarla.

La gente que aborrecemos, he dicho, y aquí a alguno se le ocurrirá que yo estoy repleto de odios. Siento, pues, la invencible necesidad de declarar en alto que, efectivamente, aborrezco cordialmente a los tontos y a los indiscretos.

Por la filosofía, o por la moral, como ustedes quieran, que de este comienzo se desprende, París, París de Francia, como suelen decir algunos para que no quepa duda, es para mí la ciudad ideal. Así es que cuando alguien me dice que no le gusta París, yo me digo interiormente: será porque no te alcanza tu renta para vivir allí.

París es realmente la ciudad donde vive mayor número de solitarios, y donde, en medio de aquel estrépito incesante, se comprende que es más fácil renunciar al mundo que al amor.

Bueno, pues, vamos adelante y ya explicaré lo que parece que se me queda en el tintero —no se me queda nada—, lo de las ficciones, que empecé por admitir que es cosa que ustedes detestan tanto como yo, es decir que son un recurso que no admito sino en casos en extremo apurados; por ejemplo, cuando necesito optar entre hacer acto de cinismo o disimular.

Caminaba yo pensativo por el *boulevard* de la Magdalena, cuando un caballero, por su aspecto, que debió cruzar la calle para venir hacia mí, me detuvo, diciéndome con una cara amenísima y estirándome la mano:

—¿Cómo está usted, general?

Yo, sin responder al ademán de *déme usted esos cinco*, lo miré con fingida extrañeza y poniendo un gesto de los más raros, y tratando de identificarme con el franchute más incapaz de transformación, le contesté, siguiendo impertubablemente mi camino:

—*Monsieur, je n'ai pas l'honneur de vous connaître.*

Ficción... lo conocía perfectamente: era un prójimo de acá de Buenos Aires, que Dios sabe qué viento lo había llevado al otro hemisferio; que yo conocía desde que él comenzó a decir *ajó*; que en su vida me había saludado; que jamás había tenido conmigo la más mínima cortesía, y que nada más que porque estábamos en el extranjero, ya se imaginaba que debíamos de tratarnos de tú y vos.

Ustedes ven la escena: mi hombre debió quedarse diciendo: ¡pero qué francés tan parecido al general Mansilla! Y sin duda que en el hotel donde vivía o en el café que frecuentaba, les contó a sus conocidos la aventura, que, por otra parte, nada tenía de particular. En Italia, en Roma, no una vez, sino varias, yendo en carruaje descubierta, me hicieron ovaciones, confundiéndome con el general *Cialdini*.

En cuanto a mí, tuve que hacer un esfuerzo para no reírme, y no tardé en encontrarme con persona de mi intimidad a quien le dijera: me acabo de topar con *uno* de Buenos Aires, que allí ni me miraba, que ha pretendido presentarse por sí mismo, y lo he mistificado, haciéndole creer que yo no soy yo, sino un francés.

Había olvidado completamente mi encuentro con el susodicho habitante de Buenos Aires, cuando hete aquí que otro día me vuelve a detener en el *boulevard de Montmartre* poniendo una cara que, a todas luces, decía: lo que es esta vez, éste no me dirá que no es el general Mansilla.

Pero cuál no sería su sorpresa cuando yo, sin responder a sus insinuaciones, gesticuladas y habladas, le dije, en francés, siguiendo mi camino sin detenerme:

—Señor, es la segunda vez que usted me cierra el paso, y me confunde con otro, ¿se burla usted acaso de mí?

Yo no vi la cara que él puso; pero la que había puesto al saludarme era de tan profunda convicción de que yo era yo, que cuando lo dejé atrás, pensé: éste va a referir, y esta vez lo hará con perjuicio mío, lo sucedido, porque, esta vez, no habrá nadie que le

quite de la cabeza que la persona que él ha detenido en el *boulevard* Montmartre no es el general Mansilla.

Así sucedió en efecto; pues no tardaron en llegar a mis oídos comentarios en esta forma: que yo era muy orgulloso y que negaba el saludo a mis paisanos.

Me justifiqué de la imputación de orgullo, que reservo para otros casos, diciendo: pero hombre, yo comprendo que un hombre que no me conoce sino de vista, que no me ha sido nunca presentado, que no me ha tratado, me detenga en Buenos Aires, en París, en Londres o en San Petersburgo, pero sin apartarse de las reglas de la cultura; reglas que, aun admitiendo que no haya diferencias de posición, de jerarquía, de reputación, exigen que el que no es conocido, no se dé los aires de tal, sino que empiece por decir:

—¿Me permite usted?

Pero esos modos estirando la mano —¿cómo está usted?—, que implican “nosotros nos conocemos”, ni son verdad, ni son corteses, ¿qué digo?, en ciertos casos pueden ser una impertinencia, un compromiso y hasta una explotación.

¡Cuántas veces no lo juzgan a uno por aquel con quien lo ven conversando, siquiera de paso!

Ustedes me dirán que ésa es mucha susceptibilidad, que debemos ser indulgentes, que no hay que confundir un movimiento espontáneo, natural, inocente, con actos deliberados que son como una especie de globo de exploración, o de sonda, respecto de ciertas entidades.

Contesto: en tesis general, sí.

Mas en el caso presente, es necesario que ustedes se expliquen el fenómeno.

Ese hombre, que me ha detenido dos veces, en París, habiéndome visto antes millares de veces en mi tierra, yo lo conozco de vista, nada más, no sé si es hijo del país o no —esto poco importa—; ese hombre no se decide a hablarme por un impulso de simpatía; y aquí estriba precisamente el *quid* de la dificultad, mejor dicho, y aquí voy a explicar como es que, si debemos ser deferentes con el

que no nos conoce, o sea, con el que no conocemos, no debemos serlo con el que se encuentra en opuesta situación.

A ver, lector —¿lector qué?: amable, carísimo, inteligente, amigo—, Beaumarchais, en su *Lettre modérée sur la chute et critique du Barbier de Séville*, se encontró en el mismo embarazo mío, y se escapó por la tangente, diciendo a secas: a ver...

Ustedes saben, y cómo no han de saber, lo que es la teoría de las formas sustanciales o accidentales. Por si alguno no lo sabe, diré que de esa teoría se ha burlado Molière, y con razón, porque ella inducía a errores que alejaban el espíritu humano de la investigación ilustrada de las verdaderas causas.

Por ejemplo, esa teoría decía más o menos: como entre los cuerpos, los unos caen hacia la tierra y los otros se elevan en el aire, la forma sustancial de los unos es la gravedad, y la forma sustancial de los otros es la ligereza. Por consiguiente, distinguía los cuerpos en graves y en ligeros, o sea en dos clases de cuerpos, cada uno de ellos con propiedades esencialmente diferentes.

¿Qué resultaba de ahí? Que no se trataba de investigar si esos fenómenos, diversos en apariencia, no provenían de la misma causa, y no obedecían a la misma ley.

De modo que viendo el agua subir en un tubo vacío, en lugar de averiguar a qué hecho más general podía referirse el fenómeno, se imaginaba una *virtud*, una *cualidad oculta*, el *horror al vacío*, todo lo cual no solo ocultaba la ignorancia mediante una palabra, vacía a su vez de sentido, sino que hacía a la ciencia imposible; porque, como dice el moderno filósofo, tomaba una metáfora por una explicación.

Bien, está ya probado y demostrado que los cuerpos puramente físicos no tienen tal *horror al vacío*, y yo afirmo, en virtud de mi experiencia personal, que no es la de Matusalén, pero que es la de un hombre que sabe, porque ha visto mucho, que hay más cosas en el cielo y en la tierra que las que se han imaginado ciertos filósofos; yo afirmo, repito, que los que tienen horror al vacío, a la soledad, al aislamiento, son los hombres.

Así es que, cuando reflexiono sobre la eficacia de la pena de muerte, me afirmo en pensar que la prisión celular es más horrible, siempre que sea completa.

La muerte es una solución.

La prisión celular, no: no suprime la vida, engendra la desesperación o la demencia.

Ahora, y para concluir, porque es necesario que toda conversación tenga un fin, si no yo estaría hablando hasta la consumación de los siglos (no es labia lo que me falta), supongo que ya habrán ustedes caído en cuenta del *porqué* el caballero ese que me detuvo dos veces en los *boulevares* de París, no procedió allí como lo habría hecho aquí, si me hubiera encontrado en la calle de la Florida.

¡Clarito!

Andaba en París como bola sin manija, se encontraba solo, tenía horror al vacío, me vio a mí, quiso apechugarme, le salió el tiro por la culata.

Pues no faltaba más sino que todavía en otro mundo, en el viejo, yo había de tener que ser *refugium peccatorum* de gente que, como dicen aquí, en las provincias, no me cae en cuenta.

¡Ah!, señores, convénzanse ustedes de que Dios castiga sin palo ni piedra.

Y si no me he explicado bien, si no he sido claro, me explicaré todavía para concluir, y no para agravar las cosas, sino al contrario.

¿Han visto ustedes, y cómo no han de haber visto, que un señor muy respetable no los saluda?

Pues bien, dentro de treinta años, si ese señor vive, ya los saludará: porque a medida que se vaya sintiendo aislado, su horror al vacío aumentará, y entonces tendrá muchísimo gusto en sonreírse con ustedes, siendo las únicas caras conocidas que encuentra en su camino... que le vayan quedando.

Por manera que yo daría este consejo:

¿Quieren ustedes tener muchas simpatías?

Artículo primero: Asistan ustedes a todos los entierros.

Artículo segundo: No falten ustedes a ningún funeral.

Artículo tercero: Saluden ustedes a todo el mundo.

Artículo adicional: No hay que apurarse en llegar a los entierros y funerales; basta estar a tiempo, para ser visto por la concurrencia al salir.

Con esto y una gran dosis de egoísmo, que consistirá en no sacar nunca jamás a un burro de un pantano, ustedes pasarán por personas muy estimables en la sociedad.

Yo, en cuanto a mí me interese, prefiero, sin embargo, no tener el gusto de conocerlos a ustedes, contentándome con que asistan a mi entierro o a mis funerales...



## DE CÓMO EL HAMBRE ME HIZO ESCRITOR

Al señor don Mariano de Vedia

87

*Si vous voulez bien parler et bien écrire, n'écoutez et ne lisez que des choses bien dites et bien écrites.*

Buffon

Salí de la cárcel... así como suena, de la cárcel; no han leído ustedes mal; puedo declararlo bien alto y en puridad; tanto más, cuanto que, siendo honrosos los motivos, como los míos lo fueron, hace más bien que mal saber prácticamente qué diferencia hay entre la crujía y la celda y, como Gil Blas, dueño de mi persona, y de algunos buenos pesos, me fui al Paraná.

Digo mal, no me fui precisamente como Gil Blas, porque éste le había hurtado algunos ducados a su tío, y la *mosca* que yo llevaba habíamela dado mi queridísimo tío y padrino, Gervasio Rozas.

Pero llevaba cierto bagaje de malicia del mundo, que le hacía equilibrio a mi buena fe genial.

Yo me decía, estando en el calabozo: “Cuando me pongan en libertad —padecía por haber defendido a mis padres—, haré tal o cual cosa...”.

La prisión me había hecho mucho bien. ¡Cuán instructivas son las tinieblas!

El hombre propone, Dios, o el *Otro*, dispone.

No hay quien no tenga su *ananké*, prescindiendo de la lucha entre el bien y el mal, que será eterna, como aquellos dos genios de lo bueno y de lo malo: Dios, o el *Otro*.

Me pusieron en libertad, si en libertad puede decirse ser desterrado, y todos aquellos castillos en el aire, hechos a la sombra y en las sombras, se desplomaron, zapados por lo inesperado de mi nueva situación.

Aquella transición fue como pasar de lo quimérico a lo real; tiene uno que volver a hacer relación consigo mismo, que pregun-



tarse: ¿quién soy? ¿qué quiero? ¿adónde voy? —y no andarse con sofismas e imposturas.

Cuando me pregunté *¿quién soy?*, la voz interior me dijo: “un federal de familia”. Y no digo de raza, porque mi padre fue unitario, en cierto sentido.

Cuando me pregunté lo otro, el eco arguyó elocuentemente: “Vas donde debes, tendrás lo que quieres”.

Efectivamente, en el Paraná gobernaba el espíritu de la *Federación*.

Buenos Aires estaba, por eso, segregado.

Explico mi fenómeno, no discuto ni provoco discusión.

Llegué al Paraná: llevaba la bolsa repleta, e hice como la cigarra.

Tuve amigos en el acto.

Se acabó el dinero; los amigos desaparecieron, como las moscas cuando se acaba la miel.

El mundo es así: no hay que creerlo tan malo por eso; es mejor imputar esos chascos a la insigne pavada de la imprevisión, que es la más imperdonable de todas las pavadas.

Mi insolvencia de dinero era mayor que la insolvencia capilar de Roca o la mía propia, que por ahí vamos ahora. *Tout passe avec le temps*, y el pelo, con las ilusiones.

Me quedaban cinco pesos bolivianos, y como dicen en Italia, *la ben fattezza* de mi persona, o la *estampa*, como dicen en Andalucía. ¡Y qué capital suele ser!

En Santa Fe se aprestaban para una fiesta; querían, bajo los auspicios del pobre viejo don Esteban Rams y Rubert (él construyó la casa donde está el Club del Plata), hacer navegable el río Salado, e inauguraban su navegación.

Todo el mundo estaba loco en Santa Fe; todos eran argonautas: era el descubrimiento del *vellocino de oro*.

Cinco pesos bolivianos, lo repito, me quedaban; ¡nada más!

Pues a Santa Fe, me dije, ya que aquí no me dan nada los federales; y me largué al puerto, haciendo cuentas así: dos reales de pasaje, con el *Monito*. Era éste un botero muy acreditado, el que

llevaba la correspondencia, algo como un correo de gabinete, multatillo de color pero blanco como la nieve en sus acciones.

Doce reales de hotel, en tres días... (si no me quedo), me sobra, tengo hasta para las *allumettes chimiques* del estudiante... adelante.

Me embarqué, íbamos como en *tramway*, decentemente, confortablemente, todos mezclados, tocándonos lo suficiente.

Llegué.

Al desembarcar, un federal me reconoció —ya era tiempo—, y me llevó a su casa; era un excelente sujeto, listo, perspicaz, bien colocado, con su platita, con familia interesante y lindas hijas.

Los dioses se ponían de mi lado. —Llega usted —me dijeron— en el mejor momento: ¡qué gusto para nosotros!

“Mañana estamos de fiesta, de gran fiesta”; y me explicaron y me demostraron la navegación del Salado, que no había quién no conociera al dedillo, lo mismo que en los *placeres* no hay quien no sepa lavar un poco de arena, para extraer un grano de oro.

La hospitalidad me había puesto en caja. Yo no era otro, pero me sentía otro. ¡Vean ustedes lo que es no estar solo; y después predicar tanto contra las sociedades de socorros mutuos, como la Bolsa! Dormí bien. ¡Oh, sed siempre hospitalarios, hasta con los que os lleven sus primeras elucubraciones! Pensad cuántos no serán los ingenios que se esterilizan por no tener dónde ubicar.

Al día siguiente, a las 10 de la mañana, estábamos a bordo de un vaporcito, empavesado, que era una tortuga, que no pudo con la corriente, contra la que podían las canoas criollas, y no se navegó el Salado; pero se navegaría...

¡Ay del que se hubiera atrevido a negarlo! Sería como negar ahora, por ejemplo... a ver algo en lo que todos estemos de acuerdo, para no chocar a nadie. Ya lo tengo... que hace más frío en invierno que en verano.

La flor y la nata de ambos sexos santafecinos estaba allí. Yo me mantenía un tanto apartado, dándome aires: tenía toda la barba, larga la rizada melena, y usaba un gran chambergo con el ala levantada, a guisa de don Félix de Montemar.

Mi apostura, mi continente, mi esplendor juvenil, llamaron la atención de don Juan Pablo López (a) Mascarilla (el *pelafustán*, según otros), gobernador constitucional, en ese momento, y dirigiéndose a mi huésped, le dijo:

—¿Quién es aquel profeta?

Romántico, o poeta, o estrafalario, o algo por el estilo, algo de eso, o todo eso, quiso implicar y no otra cosa. Tenía quizás el término, no le venía a las mientes. Veía una figura discordante, en medio de aquel cuadro uniforme, de tipos habituales —la incongruencia le chocaba, sin fastidiarlo— y expresaba su impresión, vaga, confusa, *insaisissable*, *inagarrable*, como caía, tomándola por los cabellos, y la sintetizaba, calificándome de profeta.

¡Oh! esta afasia de la mente, que para expresar una idea toma una palabra, que no suele tener con ella ninguna relación, no es solo una enfermedad de la ignorancia supina. ¡Cuántos que tienen cierta instrucción no emplean términos que, para entenderlos, hay que interpretarlos al revés!

Era este caudillo un curioso personaje: hablaba con mucha locuacidad, amontonaba abarrisco palabras y palabras, con sentido para él, pero que el interlocutor tenía que escarmenar para sacar de ellas algo en limpio.

Fuimos amigazos después.

Un día, queriendo significarme que él no era menos que Urquiza —su émulo—, menos que otro, me dijo:

—Porque, amigo, ni *naidés* es menos *nadas*, ni *nadas* es menos *naidés*.

¡Qué tiempos aquéllos!

Los santafecinos no vieron lo que esperaban, ni los santiagueños tampoco: decididamente no era navegable el Salado, o los ingenieros sublunares no daban en bola. Había que recurrir a esos de que nos hablan algunos astrónomos, los cuales pretenden que en el planeta Marte se han abierto canales y operado transformaciones, que de seguro no sospecha aquí Pirovano, con todo su elenco selecto del Departamento de Ingenieros.

Pero, ¿qué importaba que las cosas no hubieran andado, como se deseaba? ¡Qué sería de la humanidad sin la esperanza!

Era necesario contar, difundir, divulgar lo hecho, lo intentado y lo tentado; sobre todo, describir la fiesta.

Resolví acostarme, después de haber pasado un día agradabilísimo, para los dos que lleva todo hombre dentro de sí mismo, porque *observé y comí*.

Me despedí de mis huéspedes, me fui a mi cuarto, y cuando había empezado a despojarme, llamaron a la puerta, preguntando si se podía entrar.

—¿Cómo no? —repuse.

Era el dueño de casa.

—Amigo, vengo a ver si le falta algo.

—¡Nada, estoy perfectamente, gracias!

Me miró, como quien no se atreve a atreverse, y atreviéndose, por fin, me dijo:

—Tengo que pedirle a usted un servicio.

—Con mucho gusto —le contesté; pero estando a un millón de leguas de sospechar que yo pudiera hacer otra cosa, que no fuera casarme otra vez (lo había hecho pocos meses antes), con alguna de sus hijas. Yo era muy pánfilo a los veintitrés años, a pesar de mis largos viajes, de mis variadas lecturas, y de las picardías que había hecho y visto hacer. Fue más lento mi desarrollo moral, que mi desarrollo intelectual.

—Pues bien, necesito que usted me escriba la descripción de la navegación del Salado, para mandarla a publicar en el diario de Paraná.

—¿Yooo?

—Sí, pues; pero sin firmar: yo la mandaré como cosa mía.

—¡Si yo no sé escribir, señor!

—¡Cómo, usted no sabe escribir y ha estado en Calcuta! ¡Y habla una porción de lenguas! ¡No me diga, amigo!

—Le aseguro que no sé, que no he escrito en mi vida, sino cartas a mamita y a tatita, y hecho una que otra traducción del francés.

—¡Ah! ve usted. ¿Y eso no es escribir?

No hubo que hacer: yo tenía que saber escribir. Aquel hombre lo quería; me había dado hospitalidad.

—Bueno —le dije—, haré lo que pueda.

Brilló un rayo de felicidad en sus ojos.

—Voy a traerle todo.

Se fue y volvió trayéndolo; nos despedimos.

Me puse a llorar en seco.

Me sentía desgraciado. ¿En castigo de qué pecado había ido yo a Santa Fe? Era toda mi inspiración sobre la navegación del Salado.

Mis cinco bolivianos no habían mermado, sino de dos reales, importe del pasaje pagado al *Monito*. Pero ¿qué era eso, en presencia de la fatalidad, que me sorprendía “hiriéndome como el rayo al desprevenido labrador”?

¿Qué pararrayos oponerle a mi malhadada suerte?

Me senté, me puse a coordinar esas como ideas, que no son tales, sino nebulosos informes del pensamiento.

Poco a poco, algo fue trazando la torpe mano; borraba más de lo que quedaba legible. Tenía que describir lo que no había visto: la navegación de lo innavegable, de lo que era peor, lo que había visto, lo innavegable de la navegación, y solo me asaltaban en tropel recuerdos de la China y de la India, de la Arabia Pétreo y del Egipto, de Delhi, del Cairo y de Constantinopla; no veía sino desierto en todo, pero desierto sin fantásticas *Fata Morganas* siquiera, y todo al revés, dado vuelta.

Era un *pêle-mêle* de impresiones en fermentación.

¡Qué noche aquélla!

Como quien espanta moscas, que perturban, las fui desechando, desenmarañando, y pude, al fin, sentirme algo dueño de mí mismo, y haciendo pasar lo que quería del cerebro a la punta de los dedos, escribir una quisicosa, que tomó forma y extensión.

Fue un triunfo de la necesidad y del deber, sobre la ineptitud y inconsciencia. Yo no sabía escribir, pero podía escribir. ¡Ah! eso sí, no escribiría más. No había nacido para tales aprietos y conflictos.

Al día siguiente, mi huésped llevóme el mate a la cama, en persona, y con la voz más seductora me preguntó “si ya estaba eso”,

echando al mismo tiempo una mirada furtiva a la picota de mi sacrificio intelectual, donde yacía desparramada, en carillas ilegibles para otro que no fuera yo, mi hazaña cerebral de héroe por fuerza.

—A ver —dijo con impaciencia.

Me puse a leer, con no poca dificultad, pues yo mismo no me entendía.

—Bien, muy bien, perfectamente —decía a cada momento, exclamando una vez que hube concluido—: ¡Ah, mi amigo, qué servicio me ha hecho usted!

Yo estaba atónito.

Positivamente, como Mr. Jourdain, había *escrito* prosa sin quererlo.

—Ahora —me dijo— me lo va usted a dictar.

Pusimos manos a la obra, y a las dos horas estaba todo concluido, con una atroz ortografía.

Pero yo me decía, como el cordobés del cuento, al que le observaron que el gallináceo que llevaba lo pringaba: “¡Para lo que es mía la *pava*... !”.

Mi huésped se fue.

—Almorzamos después y el día se pasó sin ninguno de esos incidentes que se graban *per in æternum* en la memoria de un joven.

Pero mis cinco bolivianos disminuían...

Y vosotros, solo comprenderíais mi situación, los que os hayáis hallado, habiendo nacido en la opulencia, reducidos a tan mínima expresión monetaria.

Pensé en regresar; en el hotel del Paraná tenía crédito; escribiría además a Buenos Aires.

Estaba escrito que me había de quedar allí.

¿Qué había pasado?

Mi huésped había leído en pleno cenáculo oficial, como suya, mi descripción; no le habían creído, lo habían apurado, había tenido que declarar el autor.

Entonces, el ministro de *Mascarilla*, que le debía su educación a mi padre, que no se me había hecho presente, mirándome de arriba abajo, casi con desdén, exclamó: “Discípulo mío en la es-

cuela de Clarumont, latinista, gran talento, se llevaban todos los premios, entre él y Benjamín Victorica” (falso, falsísimo por lo que a mí respecta).

Y al día siguiente se me presentó, para hacerme sus excusas, que yo acepté, encantado, pues solo más tarde caí en cuenta.

Mi magnífica descripción había marchado para el Paraná. Allí se publicaría en el *Diario Oficial*. En Santa Fe, no había diario; así habló él, continuando:

—¿Y, qué piensa usted hacer? —Ya lo sabía por mi huésped, con el que yo había tenido mis desahogos.

Le tracé mi plan, lo reprobó y me dijo:

—No, usted no se va de acá. Yo voy a darle imprenta, papel, operarios, y un sueldo, y usted nos hará un diario para sostener al Gobierno.

—¿Yo? —Aquello era una conjuración.

—Sí, usted.

—Yo no soy escritor.

—¡Que no es usted escritor; y escribe usted descripciones espléndidas, sublimes, admirables!

—¡Señor!

—Nada, nada; usted se queda, reflexione. Es su porvenir.

Y se marchó, dejándome absorto.

Caí en una especie de abatimiento soporífero. —¡Yo, escribir para el público! —me decía—. ¡Yo, periodista! ¡Yo!

Me paseaba agitado por el cuarto: iba, venía; en una de esas, me detuve, me miré al espejo turbio, que era todo el ajuar de tocador que allí había, y mi cara me pareció grotesca.

Había metido involuntariamente las manos en las faltriqueras, sentí que mis cinco bolivianos se habían reducido casi a cero, y aquella sensación dolorosa (¿o no es dolorosa?) decidió de mi destino futuro, porque me incitó a pensar, y del pensamiento a la acción no hay más que un paso.

Hice cuentas: me salían bien; ¡era la oferta tan clara!

Pero los que no me salían bien eran los cálculos sobre el tiempo que tendría que invertir en escribir mis artículos. Aquellas colum-

nas macizas me horripilaban de antemano. ¿Sobre qué escribiría? El público, sobre todo, me aterraba: tenía el más profundo respeto por él. Ignoraba entonces que, a veces, lo mismo lee al derecho que al revés.

Presa de esas emociones, que otro nombre no tienen, era yo, cuando se me presentó mi huésped, y abrazándome me felicitó: el ministro había dado por hecho que yo me quedaba a redactar un periódico.

Al día siguiente, tuvimos una segunda conferencia con él, y me decidí, urgido por la necesidad, ¿qué digo?, por el hambre.

Una vez solo, cara a cara con mis compromisos, me sentí desalentado y estuve por escribir una carta diciendo: “Huyo, no puedo” —y por fugar. Me hacía a mí mismo el efecto de un delincuente. ¿O la audacia no es un delito algunas veces? ¿Por qué había entonces en el templo de Busiris, esta inscripción:

“Audacia”, “Audacia” —y en el segundo pórtico interior—: “No mucha audacia”?

*El Chaco* salió. ¡Qué extravagante título! Y sin embargo fue una intuición.

“El Chaco santafecino” es hoy día, sin la navegación del Salado, lo que yo profetizaba.

Don Juan Pablo López, ¿no había preguntado al verme: Quién es aquel profeta?

¡Y después dirán que no es uno profeta en su tierra!

Mi colega y mi amigo en la Cámara de Diputados, el doctor Basualdo, compartió conmigo las primeras tareas de la imprenta. Era un chiquilín; pero debe acordarse de Juan Burki, el editor responsable *pro forma*, un pobre colono sin trabajo, que andaba casi con la *pata* en el suelo. La primera vez que le pagaron, lo primero que hizo fue comprarse unas botas en la zapatería de enfrente, botas que fueron su martirio físico y moral. Primero, por lo que le hacían doler; después, porque nadie reparaba en ellas, exprofeso, tanto que a las pocas horas de haberlas inaugurado, no pudo resistir, y reuniendo a los tipógrafos y señalándoselas les observó, en su media lengua: “Ese botas, lindo”.



Los tipógrafos soltaron una carcajada homérica, y le enseñaron, colgadas en una aldaba, sus alpargatas sucias y rotas de la víspera, como diciéndole: “Te conocemos; la mona, aunque se vista de seda, mona se queda”.

¿A qué contar mis primeras angustias, mis partos para producir? Harían llorar, y estoy harto de tristezas.

Pero no omitiré aquí que era yo tan pobre entonces, que no tenía más cama que las resmas de papel: es un buen lecho de algodón.

Querido Vedia:

Me decía usted ayer:

“¿Qué es lo que hace usted, general, para escribir como habla?

”Mientras me da la respuesta a esa pregunta y mientras me refiere, cual me lo tiene prometido, cómo el hambre le hizo escritor, veamos qué otra dificultad se presenta para el éxito de la conversación escrita”.

Contesto: Me ha parecido más natural, más propio, más concienzudo, pagar la deuda que voluntariamente contraje, contándole primero *cómo fue que el hambre me hizo escritor*.

Ya está pagada. La otra, que usted me imputa con su gentil curiosidad, también la acepto, la reconozco, mas será para después. Necesito tomarme para ello algún tiempo moral, siendo el asunto o tema algo más subjetivo que éste.

Hoy por hoy, concluyo, sosteniendo que solo los que han sido pobres merecen ser ricos. De ahí mi poca admiración por los grandes herederos, que no tienen más título que sus millones; mi estimación, mi aprecio, mi respeto, por todo hombre que *se hace a sí mismo*.

## ¿POR QUÉ...?

Al Excmo. señor doctor don Carlos Pellegrini

97

Aquí, y en todas partes, lo mismo en los tiempos antiguos que en los modernos, el público ha sido, es, y será muy curioso. Su curiosidad es solo comparable a su credulidad; de manera que el número de impresiones que necesita engullir debe computarse, en gran parte, por la suma de mentiras que tiene que digerir. ¡Y qué difícil digestión! Se digiere un *pâté de foie gras* trufado, rancio o mal hecho, en más o menos tiempo, con más o menos dificultad, con o sin auxilio médico. Uno mismo puede administrarse una buena dosis de magnesia fluida o calcinada. Y en un santiamén quedase el estómago listo para volver a empezar, como si dijéramos, en hoja, a la manera de esas calderas abolladas que, frecuentemente, necesitan del *tachero*; y los refractarios contumaces, insistiendo en que es cierto lo que decía Hahnemann: *on ne meurt que de bêtise*.

¡Pero cuánto tiempo, cuántas circunstancias, lecturas diversas, deposiciones de testigos oculares, que suelen ser terribles, no se requieren para que caigamos en cuenta, o de que nos hemos estado chupando el dedo, como vulgarmente se dice, o, alzando la prima de la retórica, en el más craso error!

Ponga cada cual la mano sobre su conciencia, sea franco, y contéstese a sí mismo. Lo que yo sé decir es que un *florilegio*, selecto y escogido, de algunos de nuestros hombres eminentes, contando sus atracones, por olvido de que la gula es pecado, o lo que tanto vale respecto del alma, que las sospechas, los juicios temerarios y la falta de indulgencia perjudican enormemente a la conciencia, sería un librito mucho más útil e instructivo que las obscenas *Confesiones* de Juan Jacobo Rousseau.

Me parece que estamos de acuerdo. Si no lo estamos, porque el lector es aún muy joven, lo estaremos más tarde, cuando, en vez de mirar la vida de abajo para arriba, la contemple desde la cúspide de la montaña, como yo —como yo, que no obstante todo lo que sé,

porque a fuerza de ver mucho todo lo he abreviado, todavía soy un nene para ciertas cosas—.

No es que me falte malicia, creo que me sobra, por mi desgracia. Es que mi conformación cerebral es así. Estoy seguro de que si Pirovano hiciera mi análisis craneoscópico encontraría que, aunque tenga deprimida la circunspección, tengo algo desarrollada la idealidad.

Se dice que el hombre es doble.

Yo sostengo que es múltiple.

Y si no, ¿por qué nos gobiernan tanto los más mínimos accidentes y las circunstancias?

Se explica entonces perfectamente, al menos se explica para mí, la invencible afición que tiene *Monsieur Tout-le-monde*, como decían en tiempo de Voltaire, esa hambre canina, esa sed de perro, por las anécdotas, las crónicas escandalosas, los apuntes en vida, para servir a la historia de nuestro tiempo, las *memorias de ultratumba*, todo aquello, en fin, que hace ver o que permite escudriñar el corazón humano, en sus más recónditos misterios, ni más ni menos que como se ve el dorado pececillo encerrado dentro de transparente redoma. Y es curioso que los hombres de pluma no exploten un poco más este recurso *boy día* (como dicen en América, no en España, donde tampoco dicen *desde ya*, sino *desde luego*). Será por exceso de reserva o de buena fe. Imaginemos la avidez con que sería acogida esta noticia: “Nuestro ex lord mayor, Torcuato de Alvear, comenzará en breves días a publicar sus *Memorias*; Sarmiento, sus *Confesiones*; Vicente Fidel López, sus *Confidencias*, y, por añadidura, don Bartolomé Mitre, sus *Aventuras*. Esto, paralelamente con este otro aviso: *Ensayo histórico sobre la Guerra del Paraguay*, por vuestro muy atento y seguro servidor”. No me cabe la menor duda de que la afluencia de suscritores para lo primero sería infinitamente mayor, que para lo segundo. Y, si se pretende que la causa estaría en las diferencias entre los primeros y el último, dad vuelta por pasiva a lo que digo por activa, y el argumento queda en pie: me leerían más a mí, que a todos ellos.

Esta filosofía, que yo profeso sobre el éxito del escándalo y sobre las crederas del lector, no se ha apoderado de mí, de improviso, así como suele dominarnos una teoría nueva, expuesta con talento, aunque sea falsa, por un espíritu atrevido. No; creo ante todo en la experiencia, y la objeción de que ella haya podido aprovecharme poco, no es un argumento.

Porque, si bien la experiencia es madre de la ciencia, hay que tener en vista que el hombre es un animal persistente, gobernado por su temperamento, que es su organismo, su ser, en permanente palinginesia.

Que la multitud sea crédula hasta la insensatez, es una tesis que se puede sostener y probar por los milagros, aunque a mí no sean ellos los que me lo han demostrado.

Oíd cómo fue que yo adquirí la evidencia moral, no de lo que dice Maquiavelo, que *chi voglia ingannare, trovera sempre chi si lascia ingannare*, sino el convencimiento de que, queriendo desengañar, solemos producir efectos contrarios; de donde deduzco la sabiduría del proverbio árabe: *que el silencio es oro, y la palabra, plata.*

No citaré ni la fecha precisamente, ni el diario, ni las circunstancias del momento, ni los infinitamente pequeños, el aire ambiente de la hora psicológica.

No me gusta remover pequeñeces y miserias. La vida es agria de suyo para que la estemos amargando diariamente con las reminiscencias de lo que nos pudo mortificar. Por eso no hay nada más dulce que el *dulce olvido*. ¡Ay!, a veces se me figura que el colmo de la felicidad consistiría en no tener memoria.

Tengo testigos abonados del caso a que me voy a referir, caso que fue para mí una revelación, como se habrá colegido ya, y ya esto es algo en unos tiempos como los que alcanzamos.

¡Qué extraña cosa es la reputación! Yo pensaba que el no haber hecho, intencional y directamente, daño a alma viviente, era una fuerza. No contaba con la malhadada doctrina del pecado original, ni había tomado muy a lo serio, que digamos, aquello de que la

calumnia es un vientecillo, y me parecía que para su murmullo no había desmentido más concluyente que el de la ironía. ¡Ilusión!

El caso es que yo era coronel entonces, que hacía poco tiempo que *El Mosquito* me había hecho fusilar un caballo con todas las formalidades de ordenanza —ya nos divertiremos otra vez con este episodio, que es lo mejor quizá de mi vida, relatado, bien entendido, tal como el hecho pasó—, y que caminaba por la calle de la Florida, con toda la solemnidad y contento del que va revestido de sus insignias militares, cuando a la altura de la joyería, que está pasando la cigarrería *Tú y Yo*, un vigilante quitóme la vereda, con brusquedad, intencionalmente o no. (Me inclino a lo último, porque el agente de fuerza pública era un infeliz, descendiente de Don Pelayo, me parece). Soy eléctrico en la acción; tomélo del cuello y lo puse de un empujón en medio de la calle. Tan violenta admonición hízole echar mano al machete. Yo iba desarmado. No llevaba más que un latiguito de damisela, por coquetería marcial. Pensar que no había más que dos cosas que hacer, atacar o huir, fue todo uno. Embestí, y lo hice con tal acierto que, antes que el plebeyo instrumento estuviera fuera de la vaina, el insolente que osara faltarle al respeto a mis galones, había recibido en ambos ojos, algo como una rociada de vitriolo, que lo dejó ciego, mirando en torno aturdido, sin ver jota, en tanto que yo proseguía mi camino, como si nada hubiera pasado, y discurriendo que, como la lección había sido elocuente, allí terminaría el incidente.

¡Qué! por la mañana del nuevo día, tomo un diario, y hete aquí que la verídica hoja refería el episodio *in extenso*, con pelos y señales: yo había herido malamente, nada menos que con arma contundente, a un vigilante.

¡Ah!, exclamé para mis adentros; ¡sea todo por el amor de Dios!, y salí en dirección a la imprenta de *El Nacional*, cuyo director era, a la sazón, Eduardo Dimet.

Entro, saludo, me acomodo, escribo y pásrole las carillas que, como buen Director de diario, acepta graciosamente a título de espontáneo tributo.

Dimet tiene la prudencia del elefante; es un hombre tranquilo y entendido. Tomó los originales, y con aire aparente de darlos a la estampa, sin verlos, púsose a examinarlos. Llegaba yo a la puerta de calle, resonando aún esta frase mía: “Ahora vuelvo a corregir”, cuando me alcanzaron estos ecos melifluos: “Coronel, una palabra”.

Contramarché, insinuóme Dimet con ese movimiento de la mano que parece atraer porque describe como un gancho con los dedos, que entráramos en un retrete, conocido de todos los que frecuentan aquel templo de la publicidad, más o menos impostora, y mirándome, con una de las caras más tiernas que jamás haya visto, díjome:

—Coronel, ¿quiere usted hacerme el gusto de no publicar esto?

—¡No publicarlo! —Mi primera impresión fue la de todo autor —¡Pero si debe estar perfecto!

—Sí, no publicarlo.

—Pero, ¿y por qué?

—¡Coronel... porque van a creer que es verdad!

Gran altercado, observaciones van, observaciones vienen. Dimet implora, por fin, en nombre de estas tres razones irresistibles: el cariño, la amistad, la sinceridad.

¡Ah, no sé si fue por vanidad de plumista o por qué! pocas veces en mi vida he experimentado una contrariedad mayor: me di por vencido, cedí.

Pero... ¿qué era aquello? ¿Qué monstruosidad era ésa?

Yo decía, *mutatis mutandi*:

Acabo de leer, en tal diario, la crónica de un hecho en el que, por las señas, uno de los actores soy yo. Está más o menos congruentemente condimentada. Falta, sin embargo, algo en extremo interesante. Es esto: que después de darle el latigazo *ut supra* al vigilante, que yacía en tierra, por haberse resbalado, saqué del bolsillo un estuche de navajas de barba, que acababa de comprar en la tienda de Manigot, con una de las cuales le corté las dos orejas al pobre diablo de prójimo, yéndome incontinenti al Café de París, donde las hice cocinar, *saltadas au vin de Champagne*, comiéndomelas después, con delicia, como si fuera un antropófago de los más golosos, todo ello en medio de la más horri-

pilante sorpresa de los concurrentes, a los cuales Sempé, que, como buen francés, de nada se escandaliza, habíales dicho por lo bajo:

—¿Saben ustedes lo que está comiendo el coronel Mansilla? ¡Orejas de vigilante!

Pues esta última parte era la que Dimet temía que, publicada bajo mi firma, como ahora, fuera tragada por el lector, dejándole el mismo convencimiento que deja en la cabeza menos apta para recibir verdades, la enunciación de un axioma, como por ejemplo, que dos cosas iguales a una tercera, son iguales entre sí.

Cuando yo estaba en mi casa, en esa hora de las reflexiones, pasando revista de lo bueno y de lo malo que había hecho durante el día, me dije, con cierto despecho, quizá por haberse *chingado* la lucubración: “Dimet tiene, me parece, carradas de razones. Él es director de diario, y debe conocer al público mejor que yo...”. Y me dormí filosofando sobre el daño que debe hacernos en la vida la tentación de ser espirituales, y sobre las preocupaciones, al través de cuyo prisma falaz juzgamos, por regla general, las acciones humanas.

Querido doctor Pellegrini:

Desea usted saber por *qué hice* yo mi primer viaje, —asunto baladí, convengo en ello— en tan temprana edad, cuando viajar era un acontecimiento que llenaba de zozobra a la familia y al barrio, no habiendo entonces, como no había, vapores rápidos como ahora, sino buques de vela, que empleaban cien días, y a veces, muchos más, en hacer, no digo la travesía que yo hice de Buenos Aires a la India, sino a Europa.

Mas esto va largo; se lo diré a usted el jueves que viene. Pero desde ahora le anticipo que mi viaje no tuvo lugar por las causas que el público de entonces le atribuyó, sino por motivos de otra trascendencia para mi destino. Porque yo también puedo decir, como cierto autor, que mi historia, debiendo comenzar por el hecho más remoto que a mi memoria se presenta, comienza a la edad de 17 años; desde que en esa época, si es verdad que *vivere cogitare est*, yo no vivía aún, vegetaba.

Ahora, si mi buen padre, tan generoso y desprendido, que no me puso tasa en los gastos, hizo bien o mal, dada mi tradición, en sacarme del terruño, eso se deducirá de lo que ya tengo esbozado, y que compactaré, dándole todo el movimiento y colorido de un libro confidencial, si algún día, más o menos cercano, me resuelvo a decirle a la escena en que usted y yo nos desenvolvemos, con suerte varia: “Ya, para mí, es suficiente; adiós, diviértanse ustedes”.

## II

La introducción ha sido muy larga. Y si es cierto que dice el crítico francés: que *tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux*, es necesario que me apresure, que entre de rondón en la segunda parte, trasportándolo de improviso al lector, casi a orillas del Arroyo de Ramallo, arroyo que desemboca en el caudaloso río Paraná, como una legua más abajo de la ciudad de San Nicolás.

Allá, por aquellas barrancas escarpadas, desde donde la vista se extasía en un panorama riente, de luz, de perenne vegetación, de agua que murmura sin cesar, vivificando la quietud de la naturaleza infinita de aves canoras, he pasado yo, en estado de perfecta inconsciencia, algunos de los mejores años de mi vida. Primero, siendo chiquillo; después, habiendo entrado en la pubertad; finalmente, cuando ya era hombrecito.

De las dos primeras épocas, no tengo para qué hablar. No estoy escribiendo la historia de mi vida, ni pintando un estado social, ni haciendo filosofía política: estoy refiriendo *por qué* fue que yo salí tan niño de este país a viajar; y solo incidentalmente, desde que *por qué* implica causa, razón o motivo, tendré que detenerme en ciertas escabrosas reflexiones.

Ante todo, y como quien tiene que pasar por sobre ascuas, me apresuraré a decir que yo estaba en Ramallo o San Nicolás de los Arroyos, que para el caso tanto vale lo uno como lo otro, después de haber estado en el Rincón de López, *estancia* de mi tío y padrino, Gervasio Rozas. ¿Haciendo qué? Purgando pecadillos de cuenta, para mi edad: mi primer amor platónico, del que resultó un



rapto con todo el cortejo de aparentes verdades con que la opinión pública se encarga siempre de exornar ciertos episodios ruidosos.

Mi tío y padrino era gran domador de muchachos contumaces, y aquella *estancia*, que queda sobre el río Salado, casi al llegar a su desembocadura, albergó en sus soledades no pocos (*diablos*) desterrados, que llegaron después a ser honra y prez de la patria, como don Bartolomé Mitre, por ejemplo.

Mi padrino era, lo mismo que todos los Rozas, viniéndoles este *atavismo* de la rama López de Osornio Aguirre y Anchorena, que es la de mi abuela, un poco maniático. Dábale en verano por resistir al sol, y en invierno, por resistir al frío; y me acuerdo, como si fuese ahora, tan fuerte era en mí el deseo de tener alguna libertad, de verme solo, dueño y señor de mis acciones, que hice todo lo posible para *ganarle el lado de las casas*, a fin de que no me llevara consigo a la “Loma de Góngora”, otra estancia que tenía más al sur.

Ved aquí lo que mi naciente ingenio me sugirió: en invierno, andaba en cuerpo, tiritando. Mi padrino decía: ¡qué muchacho guapo para el frío! En verano, andaba sin sombrero. Mi padrino decía: ¡qué muchacho fuerte para el sol! Se enamoró de mí, se fue a la “Loma de Góngora”, me dejó solo, y una vez que solo me vi, me *mandé mudar*, me fui a Dolores y a Chascomús. Pero aquí, en este último villorrio, no contaba con la huéspedada, con otro tío, Prudencio Rozas, padre de Catalina, mi mujer después, a la que allí recién conocía (¡luego dirán que todo no se encadena bajo las estrellas!), y el cual apenas me vio, solo pensó en aventarme, teniendo que volverme todo cariacontecido y naturalmente sin chistar a aquel sombrío Rincón de López.

Era imposible que no se supieran las andanzas en que yo andaba, y como el que tiene las hechas tiene las sospechas, mi reputación era pésima. Nunca he sido de los que ignoran lo que de ellos se dice. Resolvióse, pues, mandarme a donde estaba mi padre, con el que no nos conocíamos muy bien, en razón de que él vivía, generalmente, lejos de su hogar.

Yo he sido educado por mi madre. A ella le debo no solo la primera cultura de mi espíritu, sino esos primeros saludables ejemplos

de nobleza que preparan el alma para después. Y otras cosas espirituales de las que uno se emancipa, o no, tarde o temprano; pero que no por eso dejan de ser un motivo más de gratitud, respecto de aquellos que nos han consagrado todos sus afectos y cuidados, dándonos todo cuanto tenían y podían tener.

Mi madre ha sido una mujer de raro mérito. Aunque joven, bella, mimada, solicitada a cada momento por su posición social, ella no descuidaba el más mínimo de sus deberes maternales y de señora de casa. En todo estaba. Zurcía, cosía, leía, rezaba (y nos hacía rezar unos rosarios interminables), oía misa, recibía visitas, salía, paseaba, bailaba, ¡qué se yo! Ella lo vigilaba todo, desde la cocina, que era lo más limpio de la casa, hasta la sala. Ella era como nuestra sombra de día, de noche, cuando estábamos despiertos o fingíamos dormir (¡nos acostaban tan temprano, por disciplina!). Ella, en fin, cuando yo no me había portado bien en el colegio (era casi siempre) encargábase de hacerme cumplir las penitencias, ahí sentado, sin comer ni dormir, a la cabecera de su cama. Ella dormía, yo escribía. En frente de mí quedaba un Gobelin, representando un Cristo, cuya tétrica faz no debía inspirar tanta lástima como la mía cuando *mamita* (así la he llamado antes y así la llamo aún) me decía: “Y no te has de mover hasta que no hayas copiado los mil versos que el maestro te ha ordenado”. ¡Ah, cómo he temido y amado yo a mi madre!

Esa peregrinación al cuartel general de Ramallo, donde mi padre tenía sus reales, no me hacía mucha gracia, que digamos. Cuatro días a caballo duró la travesía, siendo mi juvenil persona custodiada por varios soldados y un oficial, llamado Cardoso, el cual no me hablaba; pero eso sí cantaba incensantemente unas coplas lo más monótonas, cuyo retintín todavía tengo en el oído: “A la risa y al baile, muchachas, sin decir *agua va*, viene amor”. ¡Y cómo me fastidiaban esas coplas! Ese *viene amor*, se me figuraba un epigrama.

Aquí viene bien un: “¡Pobre Teresa! al recordarte siento...”.

Yo creía que mi padre iba a recibirme con dos piedras en la mano. Al contrario, recibíome con el mayor afecto, abrazóme, besóme, interrogóme, echóme un discurso que más me pareció ser-

món, y... hasta me hizo confesar varias veces con el cura párroco de San Nicolás, un venerable sacerdote, a lo que entiendo, que se llamaba don Juan Páez. Será temerario el juicio, pero he tenido siempre para mí que algo de mi confesión debió decirle don Juan a mi padre, porque la conducta ulterior de éste parecía decirme: “Como ya estás completamente arrepentido de todas las diabluras que has hecho, puedo, sin temor, depositar en ti mi confianza, habilitarte para que trabajes y te hagas hombre de provecho”.

El hecho es que, de la noche a la mañana, yo me encontré convertido en saladerista, habiéndome mi padre habilitado con un saladero que tenía entre Ramallo y San Nicolás, y con el dinero necesario para mover aquella industria. Por supuesto que, así como recuerdo perfectamente bien todo lo que voy diciendo, así también recuerdo que el tal negocio, ni me interesaba, ni me entretenía, y que todo mi empeño consistía en que mi padre no me sorprendiera haciendo otras cosas, sino ocupado de la faena en las horas en que él por allí aparecía.

Entre esas otras cosas, había una particularmente que yo trataba de ocultarle mucho a mi padre. Era inocente en sí misma. Pero como él nunca me hablaba de ella, un cierto instinto me decía que debía ocultársela. ¿Qué era esa cosa? Una inclinación invencible por la lectura.

Los libros, en esa época, eran muy raros, y si he de decir con entera sinceridad, la impresión que me producía la vista de una que otra empolvada biblioteca, que por esta noble ciudad solía verse al través de las rejas de las ventanas, tendré que confesar que era una sensación de temor. Parecíame como columbrar entre las brumas de mi inteligencia en ciernes un *noli me tangere* en el frontispicio de todas ellas, inclusive en la muy poco surtida que mi padre tenía. Allí estaban *pêle-mêle*, las *Oraciones* de Cicerón, las *Ordenanzas* de Colón, los *Viajes de Anacarsis*, el *Discurso sobre la historia universal*, el *Derecho de gentes de Vattel* (éste lo conservo yo todavía, todo apolillado), la *Nueva Heloísa* y el *Contrato Social*, estos dos últimos en francés, lengua que yo conocía ya, un poco menos mal que ahora. También, en ese armario, por no decir bi-

biblioteca, había cartas de personajes, los más antitéticos, como ser: don Bernardino Rivadavia, don Domingo de Oro, don Carlos M. de Alvear, don Juan Lavalle, don Manuel Dorrego, don Justo José de Urquiza y otros.

Yo, sin que mi padre lo sospechara, me llevaba al saladero cuantos libros y cartas de esos podía, y me daba mis panzadas de lectura, como si cometiera algún pecado. Mi padre no me hablaba sino del negocio y tenía ciertos aforismos como éste: “En este país, todo hombre previsor debe tener panadería u horno de ladrillos”.

Y me hacía unas largas disertaciones sobre los placeres de la pesca a la que era muy aficionado; y me llevaba a pescar con él, haciéndome pasar unas horas de fastidio indecible. ¡Pobre viejo!, era un gran pescador.

Pretendía conocer todos los peces por el modo como picaban la carnada, y, sin embargo, hizo un día fiasco, ante mis propios ojos porque, creyendo que había pescado un *manguruyú*, lo que el anzuelo había agarrado era un cuero de vaca, podrido. La explosión de mi risa fue castigada con un pescozón que, por poco, no me echa en el remanso; para que se vea que ni los padres resisten el ridículo en presencia de los hijos.

De la política, de la política de entonces, nunca me decía una palabra. Y como yo era muy federal, muy rozista, algo me faltaba. ¡Y ya lo creo que era yo muy federal! Mi tío era para mí un semidiós, el hombre más bueno del mundo. Yo retozaba en su casa, como no podía hacerlo en la mía, con una cáfila de primos. Entrábamos, *ad libitum* en sus piezas, sin que él nos hiciera más observación que ésta... “¡Bueno, bueno! pero no me toquen los papeles... ¿eh?”. Y al retirarnos, a toda la sarta de sobrinos les daba lo siguiente, el sábado a la tarde, indefectiblemente: una docena de divisas coloradas, nuevitas, que nos hacían el efecto de la *muleta* al toro. Un peso fuerte, en plata blanca, que nosotros después cambiábamos en moneda corriente, discutiendo el precio con nuestros respectivos *tatitas*, y un retrato litografiado de Quiroga, diciéndonos siempre estas mismas, mismísimas palabras (y repitiéndoselas a cada uno): “Tome, sobrino, ese retrato de un amigo, que los

salvajes dicen que yo mandé matar". Esta palabra *salvaje*, no crean ustedes que inspiraba entonces un sentimiento de horror; pues yo me acuerdo que, cuando estaba en la escuela de don Juan Peña, no se la aplicaban los muchachos unos a otros para asustarse, sino como afrenta. Ayer todavía nos acordamos de esto con José Ignacio Garmendia.

Los que no han alcanzado aquellos tiempos no pueden hacerse una idea de lo que era la atmósfera que en ellos se respiraba. Entonces no había discusión, no había crítica, no había juicio. Todo era colorado, en realidad o aparentemente, y colorado quería decir federación; y todo esto era para mí un amasijo indiscernible, mezclado con la memoria de Dorrego, fusilado por Lavalle, con la noción de Independencia, de Patria, de Libertad. Yo, más tarde, comparando los hombres de antaño con los de ogaño, viendo que no eran mejores intrínsecamente los unos que los otros he comprendido lo que era la Santa Inquisición y cómo Torquemada pudo ser un hombre virtuoso.

¿O son mejores los Anchorena, los Guerrico, los Paz, los Arana, los Insiarte, los Vela, los Lahitte, los Torres, los Unzué, los Roca, los Baudrix, los Terrero, los Peña, los Pereira, los Garrigós, los... sería cosa de nunca acabar, de ahora, que sus antepasados?

Solo allá, como entre sueños, hago memoria de algunas conversaciones, como crítica, que me parecía sorprender, oyéndolo cuchichear a mi padre con algunos de sus amigos íntimos, aquí en Buenos Aires, con el doctor Maza y el general Guido que eran sus tertulianos de malilla; y allá en San Nicolás de los Arroyos, con un personaje que tenía, para mí, la estructura de un filósofo, de aspecto respetabilísimo, don José Francisco Benítez, padre de este joven Mariano, que ahora figura, y en la Villa de Luján, en donde solíamos pernoctar, con el señor don Francisco Javier Muñiz, miembro correspondiente de la Academia Española, cuya instrucción mi padre ponderaba mucho; porque siempre, después de una conversación con él, cuando se quedaba solo con mi madre, decíale éste a aquélla: "¡Qué lástima que este hombre esté soterrado aquí!".

Que yo era muy federal y muy rozista, he dicho. Agregaré que los unitarios no me parecían mala gente; porque no creía que eran gente. Y de los extranjeros, que ahora hacemos tanto por atraer, y que son gente como nosotros los criollos ¿qué les diré a ustedes?

¿Qué había de pensar, qué había de creer, qué había de comprender, qué había de sentir el que registrando a hurtadillas los papeles de su padre hallaba documentos como el que sigue (que se lo regalo a usted, doctor Pellegrini, como un autógrafo precioso)?

Habla el futuro *Libertador*:

¡Viva la Confederación Argentina!

¡Mueran los salvajes unitarios!

Señor general D. Lucio Mansilla.

Cuartel General en Concordia, 1.º de enero de 1846.

¡Mi apreciado y antiguo amigo! Sin embargo que no he recibido respuesta a la última carta que le dirigí, pero como hace tiempo que está interrumpida nuestra correspondencia, y yo con los amigos que aprecio como usted no guardo reglas de etiqueta, es que le dirijo ésta, saludándolo y dirigiéndole mis más íntimas y afectuosas felicitaciones por el combate glorioso que con valor heroico supo usted sostener contra las fuerzas anglofrancesas en la vuelta de Obligado, enseñando a esa canalla europea de cuanto son capaces los americanos.

Mucho deseo se haya usted restablecido completamente de la honrosa herida que recibí.

Hace ocho días me hallo de regreso del Estado Oriental y dentro de una hora marchó para Corrientes con un ejército de bravos, que muy pronto concluirá con el salvaje manco Paz y con las esperanzas que en este traidor tienen los ambiciosos extranjeros.

Para acelerar las primeras operaciones y ocurrir con prontitud donde convenga, he resuelto adelantarme con la vanguardia, haciendo liga con lo demás del ejército el señor General Garzón.

Deseo que usted lo pase bien y que se persuada que ahora y siempre soy y seré su amigo y S. S. q. b. s. m.

*Justo J. de Urquiza*

Se dirá que éste era un hombre de un temple excepcional, pero ¿acaso los sacerdotes no empleaban, más o menos, las mismas fórmulas en la intimidad?

Véase cómo empieza esta carta del venerable cura párroco del Salto, excelente sujeto.

¡Viva la Confederación Argentina!  
¡Mueran los salvajes unitarios!

Señor General D. Lucio Mansilla,  
Comandante en Jefe del Departamento del Norte.

Julio, 23 de noviembre de 1845.

Respetado Señor:

El denuedo con que usted ha recibido a los pérfidos extranjeros, dignos aliados de los inicuos salvajes unitarios, me ha llenado de satisfacción y de grandes esperanzas a los pueblos.

Saben ya que con jóvenes apenas iniciados en el arte de los combates se ha hecho probar hasta dónde llega el valor Argentino y que lo que faltó a la experiencia lo suplió la dirección.

Dijeron algunos que usted había sido herido y si le ha cabido esa desgraciada gloria, me alegraré que ya se halle restablecido.

Reciba usted los respetos con que lo saluda S. S. y confederado capellán Q. B. S. M.

*Carlos Torres*

¿No basta la mansedumbre evangélica?

Véase esta obra de uno de los hombres más mansos que esta sociedad haya conocido; de don Francisco Saguí, tío carnal del doctor Miguel Esteves Saguí, cuyos bienes éste heredó.

¡Viva la Confederación Argentina!  
¡Mueran los salvajes unitarios!

Buenos Aires, diciembre 8 de 1845.

Señor General don Lucio Mansilla.  
Mi querido hermano y señor:

Si el 20 de noviembre de 1845 no ha sido coronado por un esbelto triunfo: no ha sido, no, por culpa de la mano que regía el combate más glorioso que jamás vieron las aguas del Paraná: en cambio bien y justamente puede usted enorgullecerse con la exacta idea, de que su energía y pericia ha frustrado planes indignos pregonados bajo el emblema de la humanidad; y ha aturdido a los mismos enemigos.

Bien puede y debe levantarse en la vuelta de Obligado un Padrón que manifieste perpetuamente que “El tan ponderado poder de la soberbia Albión y del atrevido Galo encalló allí”.

Por lo demás, después de la manifestación del excelentísimo gobierno hecha de la manera más exacta: ¿qué podría decirle yo, que no fuese débil y desmayado?

¿Cómo sigue usted de su herida? ¿Cómo de su pleito interno? Desgraciadamente el mío, que me ha tenido en cama desde el 1.º hasta hoy, ha sido la causa de no felicitarlo tan pronto como hubiera querido; y con todo, esta tardanza me proporciona un otro motivo para hacerlo de nuevo con motivo de que Andrea me refirió anoche al retirarme en coche porque ha estado como yo, y a un mismo tiempo enfermo en cama con mi apreciadísimo Luchito, con sorpresa, y contento después, de Agustinita, que había hecho una escapada, para dar una vista a su casa; al saber por él, del arrojito de 32 varas de solitaria, quedando después como nunca de ágil y alegre: saliendo usted por consiguiente en esta ocasión mal calculador.<sup>1</sup> No sé si lo seré yo mejor al decirle una palabra de nuestra respetable madre. Esta señora para mí tirará... hasta quince días más.

Adios hermano y señor. Lo abraza a usted su hermano.

*Francisco Saguí*

P.D. – Andrea me encarga presente a usted a su nombre iguales felicitaciones, no haciéndolo ella por sí, por sus extraordinarias actuales atenciones y sus incomodidades de salud.

Esa, como esta otra, escrita por un santo varón, mi tío don Tristán N. Baldez, tiene lemas de muerte, no solo adentro, sino como preludio en el sobrescrito.

¡Viva la Confederación Argentina!

1. Este Luchito soy yo, que entre otras curiosidades tuve en mi vientre hasta setenta y dos (72) varas de tenia.



¡Mueran los salvajes unitarios!

La Cabaña, diciembre 4 de 1845.

112

Mi estimado amigo y compadre:

Después de una alarma general en toda la familia, procedente de la herida recibida en el honorable combate dirigido por usted contra los piratas ingleses y franceses, tuvimos la gran satisfacción de saber que la herida no era peligrosa, y que ya se hallaba en aptitud de seguir sus acertadas combinaciones en honor del Pabellón argentino, que tan gloriosamente ha sostenido.

Íntimamente felicito a usted, pues habiendo escapado a ese volcán de fuego enemigo, les ha hecho conocer cuánto valen los americanos en defensa de su libertad.

Del mismo modo, acepte las felicitaciones de su hermana y su madre y de sus sobrinos, quienes unidos a mis votos deseamos concluya felizmente tan honrosa empresa.

El cielo acceda a los deseos de su hermano y compañero afmo.

*Tristán N. Baldez*

El formulario de los amigos políticos o personales, el de los cuñados, y hasta el de los yernos, aunque éstos fueran extranjeros, era el mismo. He aquí la prueba, y esta carta era escrita nada menos que por un ciudadano de la gran república modelo de Estados Unidos:

¡Viva la Confederación Argentina!

¡Mueran los salvajes unitarios!

Buenos Aires, diciembre 4 de 1845.

Mi querido padre:

Con un placer que no puedo explicar, y al mismo tiempo con orgullo, he sabido de la gloriosa defensa que ha hecho usted contra la Inglaterra y la Francia; he sentido bastante el no saber que estaba usted herido, pero al momento supe que no era de peligro y una enfermedad de mi padre me detiene acá por ahora, fue atacado por una apoplejía y ha quedado inútil una pierna y un brazo.

Estando en la estancia supimos que había habido una acción y que usted había llegado a la ciudad, herido; por ese motivo le escribí a Emilia del modo que le escribí. Vine yo a la ciudad y encontré que no era cierto, ya sabe ella, porque mandé una carta antes de ayer con la Gaceta. Todos, en la estancia, quedaron buenos. En el campo y en la ciudad no se conversa más que de la resistencia que ha hecho usted. No saben cómo ponderar su valor y talento militar, entre todos, los mismos ingleses que conozco que son enemigos del Gobierno se unen con los otros en elogiarlo.

Mi querido padre, sé que sus atenciones son muchas; no puedo escribir cosa que no sabrá por otra mano en mejor lenguaje, y así no seré muy largo.

Al señor Garmendia muchas expresiones, y felicitaciones por su honorable herida, a Samuel y Pepita, memorias de todos los conocidos, recuerdos de mi parte.

Si usted tiene un momento desocupado, y puede mandarme una carta para el señor Juez de Paz de San Vicente, pues el que estaba ha salido, recomendándome y avisándole que el almacén es de usted, me hará un gran favor.

Deseando verlo a usted después de lo que ha sucedido, más que nunca queda su afmo. hijo y amigo.

*Ricardo Sutton (hijo)*

P.D. – Don Guillermo e Isabelita Livingston mandan a usted muchas expresiones y están muy contentos con que usted ha salido tan bien de sus peligros.

Así escribían los no letrados. Los leguleyos como don Miguel Otero, escribían como se va a ver, *permitiéndose* no poner nada adentro pero en cambio ponían esto afuera, en el sobre:

¡Viva la Confederación Argentina!

¡Mueran los conquistadores anglofranceses y sus infames colaboradores!

Señor General D. Lucio Mansilla.

D. M. O.

*San Nicolás*

Buenos Aires, noviembre 30 de 1845.

Señor General D. Lucio Mansilla.

Mi estimado amigo:

114

En la muy apreciable fecha 12 del presente me recomienda Vd. que no los olvide en mis oraciones, como cristiano. Éstas (a pesar de mi constante devoción), han sido frecuentemente interrumpidas por la ansiedad de saber la suerte que les cabría en la inicua irritante agresión anglofrancesa.

Al fin he sabido con inefable placer que salió Vd. con vida a la cabeza de esa división, que ha sostenido, con heroicidad ejemplar, un horrible y desigual combate con los invasores, cuya fuerza era excesivamente superior en todos respectos. Sabíamos que eran argentinos los que defendían su tierra, y confiábamos en que, a pesar de la superioridad enemiga, llenarían su deber; pero el hecho ha sobrepasado las esperanzas de todos, dando a la patria un día de gloria inmortal.

Los enemigos se han batido con tenacidad (nada admirable) por la confianza y seguridad que les daba el mayor número y disciplina de sus tropas veteranas, el mayor número y calibre de sus cañones, y sobre todo, por la certidumbre de no poder ser abordados en sus buques.

Vds. han resistido y peleado a pecho descubierto; con tropas de solo paisanos, con pleno conocimiento de aquellas ventajas, hasta concluir las municiones, dando al mundo un testimonio incontestable de que los Argentinos prefieren la muerte al yugo de los conquistadores. Éste es un valor sublime, e inmensamente superior al de los anglofranceses.

Con toda la emoción de mi corazón, me congratulo en felicitar a Vd. y a esa división, por tanto valor, tanto heroísmo y tanta gloria.

De Vd. siempre afmo. amigo.

*Miguel Otero*

Y los eruditos, los sabios, los jurisconsultos, algunos de cuyos sabios habían estudiado en Europa, bajo los auspicios de Rivadavia, siendo discípulos de Dupuytren, ¿qué jerga empleaban?

Ahí van, por su orden, varias misivas interesantes:

¡Viva la Confederación Argentina!

¡Mueran los salvajes unitarios!

Buenos Aires, diciembre 6 de 1845.

Señor General don Lucio Mansilla:

Salud, y un millón de abrazos y felicitaciones reciba Vd. de mi parte, mi querido general, hermano y amigo. Salud también mil veces en su nombre a ese puñado de héroes, hermanos, y compatriotas nuestros que sosteniendo sobre sus hombros, y amurallando con sus pechos el Paladión de la Libertad y de la Independencia Americana, en las Baterías del Paraná, han quemado como perfume de los hombres libres en las sagradas Aras de la Patria, hasta el último grano de pólvora, con que han arrojado la muerte, y el oprobio sobre esos soberbios Extranjeros, miserables esclavos de dos poderes Europeos, Liberticidas del Mundo, en Mar y tierra. La patria de los Argentinos, la Madre de esos hijos, que en la memorable acción, y desigual combate del 20 de Noviembre, se han cubierto de inmarcesible gloria, que han inmortalizado sus nombres, y han enaltecido hasta los cielos el carácter y el valor argentino, les tiene ya un lugar eminente y bien merecido, en el templo de la inmortalidad, puesto a su frente al bravo General Mansilla, que a su cabeza recogió en ese día todos sus peligros y todas sus glorias, para ofrecerlas a la Patria y para presentárselas al primero de sus hijos, al genio de la Paz y de la Guerra, al Ilustre porteño, el Exmo. Sr. D. Juan Manuel de Rosas, cuyo nombre repetido mil veces en todos los puntos, y en todos los instantes del combate, recordaría a nuestros compatriotas ese valor, esa firmeza y patriotismo de la fuerza extraña a los cuales, la solidez de su genio no se deslumbró jamás.

Feliz usted mi apreciado General que después de ese día, en que una muerte tan honorable pudo poner fin a una carrera de importantes servicios a nuestra patria, y a para sus hijos volvió a levantarse, de entre los golpes de mil muertos, arrojados por esos Salvajes Extranjeros, a empuñar otra vez el pabellón Argentino, a armar de nuevo su diestra para sostenerlo invencible, y a rendirle aún nuevos servicios.

Yo, tan lleno de entusiasmo, como de admiración por tanto honor, y tanta gloria, que le ha dispensado la suerte, y que la justicia hará resonar en ambos mundos, vuelvo otra vez a felicitarlo, con toda la efusión de los sentimientos de mi patriotismo y de mi amistad, como el más justo homenaje de un hombre libre, que tiene el mayor placer en ser su compatriota, hermano y amigo que lo aprecia y B. S. M.

*Miguel Rivera*

Después de un discípulo de Dupuytren, oigamos a un honrado cuanto sabio abogado:

¡Viva la Confederación Argentina!  
¡Mueran los Salvajes Unitarios!

116

Sr. General D. Lucio Mansilla.

Córdoba, 2 de diciembre de 1845.

Mi querido amigo y compatriota:

Las glorias del soldado no están vinculadas al éxito de los combates. Nadie se acuerda de la victoria de Gelois en los campos de Sicilia, sino para lamentar la muerte de ochenta mil cartagineses. Pero el curso de los siglos no ha podido gastar la memoria de los Lacedemonios que perecieron en las Termópilas, defendiendo los fueros de su Patria. No hay quien no grite, lleno de entusiasmo, al contemplar este cuadro: "Honor a los vencidos". ¡Tan justo es el homenaje que se rinde al patriotismo y a los hechos heroicos!

¿Qué importa, mi querido amigo, que la fortuna no haya favorecido nuestras armas en la *Vuelta de Obligado*? El enemigo ha obtenido una victoria, que no puede cantar, porque ni sabe cuáles puedan ser sus frutos, ni tiene de qué gozarse en haberse abierto paso bajo una fuerza superior a la resistencia que se le oponía. Pero el ilustre General Mansilla, el viejo soldado de la Independencia, el vencedor en el Ombú, y los denodados Argentinos que sirvieron a sus órdenes, han agregado nuevos timbres a los que recomendaban sus nombres, peleando con denuedo hasta quemar el último cartucho. ¡Bravo! mi querido General. ¡Mil veces, bravo! Desde aquí, canto sus glorias, las glorias de las Defensas de la Independencia.

Tal vez la Divina Providencia ha dispuesto el efímero triunfo del 20 de noviembre para exaltar el orgullo anglofrancés, y hacerle más sensible la lección que le espera.

Hagamos, mi querido amigo, en la parte que a cada uno corresponde, por ver cumplido aquel anuncio. Cien victorias en que perezca hasta el último argentino, necesitan nuestros enemigos para decirse vencedores. Nosotros no necesitamos sino una para enseñarles a respetar nuestros fueros, nuestra independencia. Marchemos a buscarla.

Adiós, mi buen amigo. Reciba usted un abrazo y las felicitaciones de su amigo y compatriota.

*Eduardo Labitte*

El mismo don Francisco Javier Muñiz no podía sustraerse a la fatídica imprecación. He aquí la prueba:

¡Viva la Confederación Argentina!  
¡Mueran los salvajes unitarios!

117

Villa de Luján, Diciembre 1.º de 1845.

Señor General D. Lucio Mansilla.

Mi General:

Permita usted que le felicite, con la emoción más profunda, por la vigorosa y memorable defensa que ha dirigido usted contra las fuerzas navales anglofrancesas. Este brillante hecho de armas, al paso que acredita la resolución heroica de los denodados defensores del honor e independencia de la República, es un nuevo timbre glorioso al valor personal y a la inteligencia de uno de nuestros más intrépidos y distinguidos veteranos.

Repito, señor General, mis cordiales congratulaciones, después que por el esfuerzo y bizarría con que sostuvo usted aquel sangriento combate, por haberse preservado, en su confusión, de la muerte, que aunque gloriosa y buscada tantas veces por un soldado de cuarenta años de esclarecidos servicios, fuera irreparable y la más sensible pérdida para todos sus compatriotas y amigos.

Besa, señor General, respetuosamente sus manos.

*Francisco Javier Muñiz*

De todas partes soplabá el mismo viento: de Buenos Aires, de Córdoba, de Concordia, del Paraná (tengo cartas del abuelo de mi amigo Antonio F. Crespo), de los Santos Lugares (suprimo las de Antonio Reyes y ¡singular anomalía! es una de las menos exaltadas).

Todo el mundo, hasta los más inofensivos personajes de adorno, véase cómo se expresaban:

¡Viva la Confederación Argentina!  
¡Mueran los Salvajes Unitarios!

Buenos Aires, 28 de noviembre de 1845.

Señor General D. Lucio Mansilla.  
Mi antiguo amigo:

Después de haber leído el parte de la memorable acción del 20 del presente y después de haber sabido el heroísmo con el cual se han distinguido todos, ¿qué elogio ni qué expresión puede haber bastante para manifestar el contento, el asombro y la gratitud al General que mandó tan grandiosa empresa?...

Puede ser, mi amado amigo, que algunos que no te conocían, como yo, esperasen, más o menos, alguna otra ocurrencia de tu valor, de tu patriotismo federal y de tu constancia; pero yo que he gozado de tu amistad desde la Escuela, que te conozco *tanto*, que sé hasta dónde llega y hasta dónde te interesa el buen nombre de nuestro amado General en jefe, el Exmo. Sr. Gobernador D. Juan M. de Rosas, nada, absolutamente nada, me ha sorprendido, porque todo lo creí tal cual ha sucedido. El único temor que constantemente me acompañaba era tu vida; pero gracias a la Providencia la salvaste y con ella tu honor y fama. Sé que nuestro amado General Rosas está muy contento y muy satisfecho: esto es todo lo que puede desear un Jefe.

Mi mujer, mi hija Enriqueta, mi hijo Adolfo y Marengo te felicitan y se felicitan.

Agustinita está buena, linda como siempre, tus hijitos guapos; pero desgraciadamente parece inevitable la pérdida de tu querida madre la señora Da. Agustina; sigue mala y los facultativos no tienen ningún género de esperanza: la catástrofe es indudable, para lo que debes estar preparado.

Adiós, General, y muy amigo mío: quiera la suerte que nos veamos cuanto antes para darte un fuerte abrazo.

*Victoriano Aguilar*

P.D. – Nuestra linda y muy amada Manuelita está ya muy aliviada de su último ataque a la cara: se acuerda mucho de ti y te hace millones de elogios.

Esa era la leche que yo mamaba, el ambiente que me envolvía, el aire que me saturaba. Mi padre debía creerme, como era natural, un muchacho con las mejores inclinaciones federales. Pero está de Dios que el hombre ha de aprender en cabeza propia y que la emancipación del espíritu se ha de hacer, *quand même*. La lectura

de la correspondencia mixta de mi padre me confundía, y había algo como un embolismo en mi cabeza, a fuerza de oírlo hablar con tanto entusiasmo de Rivadavia, de Oro, de Agüero. Y, por añadidura, Rivera Indarte habíale cantado versos entusiastas a mi madre, en libro, dedicado a ella, que corre impreso.<sup>2</sup>

Mi vida se deslizaba entre las anomalías, las incoherencias e incongruencias apuntadas, trabajando, al parecer, porque vivía en el saladero. Pero la verdad es que mi cerebro se iba calcinando, a fuerza de rellenarlo con las *Oraciones* de Cicerón, con las páginas tan ardientes de la *Nueva Eloísa*, y por el empeño de querer entender, no tanto el *Derecho de gentes*, sino el *Contrato social*.

Mi padre, que después he caído en cuenta de que estaba más enamorado de mi madre que del sistema de su cuñado, venía habitualmente al saladero, a eso del mediodía, y yo le esperaba en el puesto *de honor*, en donde se desnucaban las reses. Aquí, entre nosotros, esta industria nacional ¿no habrá contribuido un poco a familiarizarnos con el derramamiento de sangre, lo mismo que el circo romano y las corridas de toros han contribuido a endurecer ciertos sentimientos de humanidad?

Como el saladero me tenía, sin que yo lo tuviera, sucedió que una bella mañana no lo sentí entrar al autor de mis días, sino cuando, tal cuanto grande y hermoso era, estuvo delante de mi cama, sobre la que yo yacía, echado boca abajo, leyendo con inmenso, febril afán...

Salté, como movido por un resorte, crucé los brazos y pedí la bendición habitual, que me fue otorgada, en esta dulce forma, haciendo el signo de la cruz con la diestra: "Dios te haga bueno, hijo".

Yo me sonreí, como pidiendo excusas, de no estar en mi puesto. Mi padre echó una mirada al libro, y con una expresión inefable, díjome: "¿Qué estás leyendo?".

—Un libro en francés.

2. Bajo el título de *La Brocamelia (Clerodendron)*, que en Botánica quiere decir "árbol del clero", porque los sacerdotes de la India la emplean en sus ceremonias.



Este en *francés*, dentro de mis abismos psicológicos, implicaba, “si es en francés, aunque sea suyo el libro, usted no ha de saber de lo que trata”.

Mi padre, que era un rayo de vivacidad, que sabía las cosas más extraordinarias por adivinación —así debieron ser los primeros sabios—, arguyóme, por no decir, repuso, con cierto tinte de tierno enfado:

—No te pregunto en qué lengua está, sino de qué asunto tan interesante trata que te hace olvidar el cumplimiento de tus deberes.

Me sentí nada más que humillado por lo último; leía pero no digería, y contesté:

—El *Contrato social* de Rousseau.

Mi padre frunció sus tan pobladas cejas, y refunfuñando un *been...* echó a andar, diciendo:

—Vamos, vamos a ver la faena.

El fin, como dicen los folletinistas, para el próximo jueves, doctor Pellegrini, y entonces veremos si tengo un poco de eso en que Joubert dice que consiste el estilo, que es en darle cuerpo y configuración al pensamiento, por la frase.

### III

La memoria es independiente de la conciencia, en su elaboración no entra ningún elemento psíquico. Así, cuando un estado nuevo se implanta en el organismo, se conserva y se reproduce. Sucede con la memoria, como hecho biológico, lo que con algunos fenómenos inorgánicos.

Las vibraciones luminosas pueden ser encerradas en una hoja de papel y persistir en estado de vibraciones silenciosas. Hay sustancias que las revelan, por decirlo así; todo tiene su reactivo. No hay misterios sino para la ignorancia. Colocad una llave sobre una hoja de papel blanco, ponedlos al sol, un rato, guardad ese papel en un cajón oscuro, al cabo de algunos años, la imagen espectral de la llave estará todavía ahí visible. Los problemas de la vida y de la muerte son infinitos. Pero la observación y la ciencia penetran

todas las oscuridades. El microcosmos es como la gran antorcha del macrocosmos.

La percepción de un objeto *coloreado* (subrayo, de miedo de los *aristarcos* intransigentes), suele ser seguida frecuentemente de una sensación consecutiva: el objeto continúa siendo visto con los mismos contornos; pero con el color *complementario* del color real. Lo mismo puede suceder con la imagen, con el recuerdo. Ella deja, aunque con menos intensidad, una imagen consecutiva.

Cerremos los ojos —no a todo...—, tengamos una imagen cualquiera simpática o antipática, de un color vivísimo, fija largo rato, en la imaginación. Abrámoslos de repente, fijémoslos en una superficie blanca —*tersa*— durante un brevísimo instante: veremos en ella la imagen contemplada por la imaginación, con el color complementario.

Yo, desde mi cama, recostado sobre los almohadones que uso para no fatigarme, mientras leo, y evitar que por la demasiada horizontalidad, afluya mucha sangre a la cabeza, veo, no siempre que quiero, pero con mucha frecuencia, en la pared que me queda en frente, las cosas más agradables. Y un amigo, a quien le he dado esta receta, porque es un poco petardista, me ha confesado que casi todas las noches ve patentemente una vidriera de cambista.

Wundt observa que el hecho a que me refiero prueba que la operación nerviosa es la misma en la percepción y en el recuerdo.

Como se ve, científica y pintorescamente hablando, la memoria de las cosas pasadas no es más que una visión espectral en el tiempo y en el espacio.

Mi padre me había sorprendido. Ahí quedábamos. Él podía tener ya la clave, aunque no hubiera leído a Leibniz, el cual dice que “el alma humana es un autómatas espiritual”, de la inevitable evolución que haría el niño, a medida que se fuera desarrollando. Porque el buen viejo, si bien no hablaba la lengua que explica sujetos a un determinismo tan riguroso, aunque completamente interno, como los fenómenos del cuerpo, sabía por adivinación o por intuición, de lo que ahora se llama fisiología psicológica, esto, que es igual: que todo se liga adentro, como afuera; que ciertos

alimentos dan cierto vigor; que ciertas lecturas producen ciertas enfermedades o curaciones.

Recuerdo que alguna vez le decía a mi primo Sabino O'Donnell, médico erudito, padre del actual comandante Carlos O'Donnell, discurrendo sobre el sistema de Gall, que entonces metía mucho ruido: "Yo he considerado siempre la cabeza humana, como un armario lleno de cajones y cajoncitos, cuya llave maestra es el sentido común". No sabía mi padre, como se ve, lo que era una célula nerviosa, si ésta puede conservar muchas modificaciones diferentes o si, una vez modificada, queda polarizada para siempre. Pero si le hubieran dicho que, según los cálculos modernos, el número de células cerebrales —sus cajoncitos— es de 600 millones —y algunos pretenden más—, él, mi padre, se hubiera declarado partidario de los que aceptan la hipótesis de una impresión única. ¡Qué diablo de viejo tan *talentudo*, como dicen nuestros paisanos! Un día lo llevé a Wilde a comer a su casa, le tiramos la lengua y nos hizo una disertación —lo diré sin ribetes científicos, para que me entiendan todos los que saben leer—, sobre la cabeza, como centro nervioso; el brazo, como hilo conductor; la mano, como manipulador magnético o eléctrico y la escritura en sus infinitas combinaciones de letras y signos producidos instantáneamente sin reflexión, es decir automáticamente, que le dejó a Wilde con la boca abierta. Y esto no deja de ser una hazaña, porque Wilde es uno de los hombres que abren menos la boca en esta tierra, donde, por otro lado, son pocos los que andan papando moscas.

Yo no olvido, pues, ni puedo olvidar aquella sensación de sorpresa, ni el recuerdo persistente que ella me ha dejado. Miro mi estrecho dormitorio, un *rancho* de paja en aquel entonces; cierro los ojos, los abro de improviso y la escena se anima, destacándose en el cuadro la cara angulosa de mi padre, cuyos ojos eran vivaces como el carbunco, haciendo con los labios esa gesticulación tan característica, que, acompañada de un movimiento automático de la cabeza, de arriba abajo, dice con la elocuencia muda de una sorpresa que no se puede ocultar: ¡Ah! ¿conque ésas teníamos?

Que mi padre se había sorprendido de pillarme leyendo nada menos que el *Contrato Social*, no me cabía duda. Pero la impresión molesta que me pareció descubrir en él, ¿de dónde provenía? ¿De que descubrió, contra toda su previsión, que yo era gran lector, y a hurtadillas, o de que lo que leía era determinado libro? Eso yo no lo discerní en aquel instante, ni mucho después, como más adelante se verá. Lo que en mí persistía era simplemente esto: “Caramba, he hecho mal en tomar del armario de *tatita* un libro, sin pedírselo”. Y ¿qué diría si supiera que le robo hasta sus cartas? Porque tomarle los libros no me parecía robo, y lo otro, sí; sobre todo, después que esa palabra interior, que nunca nos engaña, porque es la voz de la conciencia, me decía: “Has hecho mal”. Y tanto peor, cuanto que por leer al señor don Juan Jacobo, que no pocas cabezas ha puesto al revés, prescindía del cumplimiento de mis deberes, apartándome del *puesto de honor*, que era donde se desnucaban las reses, como ya lo dije, y olvidando las letanías sobre hornos de ladrillo, panadería, y conveniencia de ser esencialmente un hombre de trabajo en este país, que era la sempiterna tesis del viejo, con sus correlativas reflexiones sobre las ventajas y utilidad de la pesca, hasta el día en que, como dicen, por el interior, le salió *jaca* o cuero el *mangurujú*, que creía haber agarrado con su formidable anzuelo.

Por lo que pueda valerle a algún aficionado —no sé si usted lo es, doctor Pellegrini— diré, antes de proseguir, lo que mi padre sostenía sobre esta rama del *sport*: “El hombre que pesca, medita, se concentra, conversa consigo mismo, y como la familia de los peces es numerosa y variada, tiene mucho que aprender, observando sus costumbres, su ingenio, para comerse la carnada y no tragar el anzuelo; por otra parte”, agregaba, “la vista del agua, de la vegetación, todo lo que constituye el paisaje que necesariamente rodea al pescador, lleva a su espíritu cierta amenidad. He observado mucho a los pescadores”, decía, “no hay pescador mal sujeto. Y luego, el pescado es un gran alimento: contiene mucho fósforo; se digiere con facilidad, es el gran problema de la higiene. Buena digestión, hijo mío, y tendrás buena salud y buen humor”.

Así hablaba él. Nada tengo que observar a lo de la salud. Respetto del humor, yo tengo otra máxima; forma parte de la colección, tercera serie de *Pensamientos*, que uno de estos días publicaré: “El secreto del humor está en el libro de caja”.

Naturalmente, yo tengo que pensar a la inversa de como pensaba mi padre: está escrito, porque, como dice Goethe, el tiempo marcha y arrastra los sentimientos, las opiniones, las preocupaciones y los gustos. Si la juventud de un hijo se desliza en la misma época de la revolución, se puede estar seguro que no tendrá nada de común con su padre. Si el padre viviese en una época en que fuera agradable apropiarse alguna cosa, asegurarse su propiedad, redondearla, reducirla y disfrutarla en el retiro, lejos del mundo, el hijo no dejaría seguramente, de extenderse, comunicarse, esparcirse y abrir lo que su padre hubiere cerrado.

Salimos... Yo detrás de mi padre, cabizbajo, rehuyendo su mirada; llegamos a los *galpones*—esta palabra no está en el diccionario de la Academia— la faena estaba en su apogeo; no se veían sino cuchillas relucientes, miembros mutilados, manos empapadas en sangre; ¿qué digo?, hombres empapados en sangre hasta las narices; no se oía, por decirlo así, como nota dominante, sino el quejido lastimero de las reses, pidiendo piedad en el brete, y yo mismo, ahí, en él, me entretenía inocentemente en desnucarlás, imitando la destreza salvaje de aquellos carniceros tan americanos, que, en mi imaginación de niño, tomaban las proporciones de algo extraordinario, más varonil que el resto de los simples mortales. Había entre ellos un vasco, enorme tagarote, que era también diestrísimo desollador, y el cual, cuando mi débil mano no podía, él la ayudaba a introducir la mortífera daga en la nuca. ¡Y cuántas veces, porque el golpe era mal asestado y el pobre animal resistía a la muerte, no oí gritar, repitiéndolo: ¡*Tomá, salvaje!* Seguramente, que en los saladeros de los unitarios, decían: ¡*Tomá, mazorquero!* ¡Qué horror!

¡Qué curiosos somos los padres, y cómo nos volvemos puras contradicciones, cuando se trata de nuestros hijos!

De lo que voy diciendo, se deduce que mi padre no quería, cuando yo tenía diez y siete años, hacer de mí, sino un hombre trabajador, y otras yerbas quizá. Y sin embargo, procedió al revés.

Voy a poner de relieve la contradicción.

El general don Carlos María de Alvear vivía en la calle de la Florida, frente a donde actualmente vive el señor don Adolfo Carranza; la casa está intacta. Resiste, como ciertas piedras que hay en determinadas veredas, que uno sabe de antemano que si llueve y las pisa, va a ser salpicado. Felizmente, uno se sabe tan bien de memoria la topografía de esta tan ponderada ciudad, que, hasta dormido, puede caminar al tanteo. Mi padre era su amigo, uno de esos amigos, como hay muchos. Solía hablar mal de él. Pero no permitía que otros lo hicieran. A propósito de esto, he de dedicarle a Torcuato una *Causerie*. Bueno, mi padre estaba de visita, en casa de su amigo, y yo con él. Entre paréntesis diré que misia Carmen Quintanilla, la esposa del general, señora llena de gracia y de cultura, me quería muchísimo, porque diz que me parecía como una gota de agua a otra gota, a uno de sus hijos, el cual murió trágicamente en el río Potomac.

En el primer patio de la casa había una alberca, y en ella el único instrumento de floricultura, conocido entonces, un cuchillo *mangorrero*. Misia Carmen y mi madre, el señor don Carlos y mi padre, eran amantes de las flores, lo que no sé si probará algo, aunque me inclino a creer, que es sintomático de cierta delicadeza en los sentimientos.

Estábamos en verano. Ellos conversaban —probablemente criticaban el gobierno, cosa muy frecuente, aunque se le sirva y se aproveche de él—. Yo, que me debía aburrir mucho, no habiendo otro muchacho, había tomado el cuchillito y escarbaba. El señor don Carlos viome y díjome: “¡Cuidado, hijito, no te vayas a lastimar!”.

Mi padre, que hablaba enfáticamente, como todos los que habían servido con San Martín, arguyó: “Déjelo usted; en esta tierra, mi amigo, el que quiera ser algo, debe saber manejar bien eso”.

El hecho es que mi padre me tenía de saladerista; pero el hecho es también que cuando vio que, en vez de saladero, eran otras las cosas que me preocupaban, o parecían preocuparme, frunció el entrecejo, como diciendo: “Esto va mal”, y he aquí, patente, la contradicción; exactamente, lo mismo que yo, que quería que mi hijo fuera fraile, y lo tengo viajando, y el muchacho apenas cuenta diez y seis años, y es dueño y señor de sus acciones, y se porta muy bien, y ya volvió de un viaje, y ya regresó, después de haberle hecho una visita a su madre. ¡Fraile! Entonces Mansilla va a estar en el Congreso, en contra del matrimonio civil —dirán José Manuel y Goyena—. ¡Ah!... eso, lo veremos, ésa es harina de otro costal. En primer lugar, el muchacho no quiere ser fraile. Quiere ser militar, y eso, sí, no será con mi consentimiento; pero fraile, entonces, ¿por qué? No tengo por qué no decirlo: yo soy en estas cosas algo más que sincero, muy franco. ¿Qué es el amor? “Es el egoísmo de dos”. Yo amo más a mi hijo que él a mí. De lo contrario, romperíase la cadena de la solidaridad humana: “Un padre es para cien hijos; cien hijos no son para un padre”. Yo desearía que mi hijo fuera *padre*, van a saber ustedes por qué. El sacerdocio es un apostolado, en cualquiera religión. No mata, consuela, ayuda, salva. (No me pregunten ustedes en lo que yo creo: filosofar no es creer.) En el sacerdocio hay para todo: hay para la virtud y la imbecilidad; para la virtud y el talento, digámoslo, hay hasta para el vicio, porque todas las iglesias tienen que ser indulgentes, desde que eso es lo que predicán. Yo prefiero la católica a todas las otras; aunque deba decir, en conciencia, que soy muchísimo menos católico que el Papa; y querría, por lo que fácilmente se colige, no sabiendo si mi hijo, aunque es un muchacho de juicio, será un hombre de talento, que se refugiara allí donde a nadie se le pide carta de ciudadanía, allí donde los horizontes son tan vastos que se puede llegar hasta el papado; que es, como si dijéramos, el imperio sobre millones de conciencias. Esto de ser fraile es una *pichincha*. Porque en una familia, donde hay un clérigo, todo es para él, empezando porque, como no tiene familia propia, lo consideran solo, siendo así que su familia es su grey, y acabando porque hasta las mejores empanadas

son para él. “No —dice la madre—, no —dice la hermana—: eso, que se lo manden al cura”. ¡Ah, si mi hijo quisiera ser fraile, qué buena opinión tendría yo de él! Y prescindamos de que “si hay buenos matrimonios, no los he conocido deliciosos”. Luego, esto de ser sacerdote, cuando se tiene un apellido, que es un antecedente, ya es un comienzo de prestigio social; porque si ustedes se fijan bien, con todos sus aires democráticos, la Iglesia es eminentemente aristocrática. Mas me estoy metiendo en unos berenjenales, de los que soy capaz de salir airoso (¿no lo creen ustedes?); pero que no hacen a mi propósito directo, y entonces escápome por la tangente, y vuelvo a tomar el hilo de mi interrumpida narración.

Estamos en el saladero: allí se mata, se desuella, se desposta (este verbo *despostar* no es español, es un americanismo, y el diccionario de la Academia haría bien en incorporárselo; puesto que, según ella misma, *posta*, significa tajada o pedazo de carne, pescado u otra cosa), muévense las carretillas, los hombres van y vienen, se levantan las pilas de carne salada, van las partes crasas a la fábrica, donde se extrae la gordura, todo es movimiento, vida, animación, nadie piensa en el Restaurador de las Leyes ni en la Federación, porque eso bueno tiene el trabajo, así es que yo pienso para mis adentros y para mis afueras, desde que lo digo, que los que se ocupan de política, esencialmente, son los grandes perezosos del país. De ahí que la gente más politicona del mundo sean los jujeños. Prueba al canto: es la provincia, donde, sin que nosotros lo sepamos, los de acá, ha habido más mutaciones del gobierno, y más sangrientas revoluciones. ¿O se imaginan ustedes que los jujeños, porque son *semicuicos*, son incapaces de ferocidad? ¡Jujuy! El día en que lleguemos a Jujuy en ferrocarril, en un tren rápido, como se va de París a Berlín, veremos la cosa más extraordinaria del mundo: la región más bella de toda la República, en manos de los hombres más chiquirrititos. Jujuy es todo, y los jujeños son nada.

Decíale a usted, doctor Pellegrini, en mi última *causerie: la fin au prochain numéro*. Mas así como el hombre no alcanza a levantarse un palmo de la tierra, así tampoco alcanza a ver más allá de



sus narices. Los dos nos hemos equivocado. Es una página de *Historia Universal*. Yo, porque he creído; usted, porque ha esperado.

Con que así será hasta la vista, y para entonces espero poder decirle a usted *por qué* fue que hice yo mi primer viaje en una época en la que embarcarse era un acontecimiento. Supongo que usted me está leyendo. En este caso cuadra el dicho aquel (desde que habiendo empezado tengo que concluir):

Una visita es siempre un placer.

¿Cómo así?

Claro; si no lo es cuando llega, lo es cuando se va.

#### IV

Mi padre se quedó en el saladero, ese día, menos tiempo que el de costumbre. Yo, mortificado por mis remordimientos, que eran punzantes, porque a cada momento se me figuraba que podía decirme: “¿Con que no solo me tomas los libros sin mi permiso, sino que también me robas mis cartas?”, andaba sin sombra. No hallaba sitio que me pareciera bastante apartado para esquivarme; de modo que no respiré con expansión, quitándoseme un enorme peso de encima, hasta que no oí decir: “Ahí se va el general”, sintiendo el ruido de la pesada galera, tirada a la cincha, en que “mi viejo” tornaba a sus reales.

Estaba en el brete, miré, seguí mirando, y no volví a ser yo mismo, sino cuando perdióse en lontananza, envuelto en una nube de polvo, el rojo vehículo; pues, como antes he dicho, todo era colorado, o parecía serlo, en aquella época, desde que hasta los sentimientos y las opiniones podían disfrazarse poniéndose chaleco y divisa colorados.

¡Qué terrible torcedor es la conciencia! Lo que yo deseaba más, a ciertas horas, era verlo llegar a mi padre; se iba, y su partida era un alivio. Con razón la justicia criminal, entre sus medios de prueba, tiene el careo: mientras mi padre andaba *por ahí*, yo debía tener la cara de un culpable, indudablemente. Y, sin embargo, él nada me había dicho. Era yo el que había leído, en su rostro, iluminado

por la inquietud, algo como este reproche afectuoso: “¿Es posible, hijo mío, que cuando yo te induzco en un sentido, tú te echas por otros senderos?”.

Pero todo aquello fermentaba en mi cabeza confusamente; no tenía la percepción clara, íntima, instantánea de ninguna verdad, tal como se tiene cuando un objeto material está a la vista, o cuando el pensamiento abstracto, como un montón de ideas revueltas, toma, a fuerza de mirar uno dentro de su esfera cóncava, forma concreta, aunque después se disipe como una nebulosa y desaparezcan hasta sus contornos, no dejando sino una impresión mortificante o beatífica, según el orden de ideas, bajo cuya influencia hayamos estado, antes de recobrar lo que llamaremos el equilibrio moral. Yo entiendo por equilibrio moral la conciencia del *yo*, que nos dice, sin sofisma: has hecho bien, o has hecho mal.

Salí del brete, y me fui a mi *rancho*. El *Contrato Social* estaba abierto, tal cual yo lo había dejado.

Me tendí sobre la cama; no tenía sueño, pero quería dormir y apretaba los ojos para hipnotizarme y sustraerme al recuerdo de lo que había pasado.

Los débiles son así; buscan en la oscuridad el alivio de males imaginarios o reales.

El hombre, en su primera infancia, se oculta del fantasma, que él mismo ha evocado, tapándose con las cobijas hasta las narices.

¡Cobardes! Aún después, cuando la adversidad nos descarga alguno de sus golpes, en vez de buscar la luz, nos encerramos, perdemos el apetito, el insomnio nos domina, y le pedimos al sueño, imagen fugaz de la muerte, el consuelo que debiéramos buscar, olvidando que vivir y luchar es un deber. Pues por más que se diga, que el suicidio es un acto de valor, yo sostengo que no hay tal valor en rebelarse contra las leyes de la Naturaleza; y es ley de la Naturaleza nacer, crecer y perecer, independientemente de nuestra voluntad.

Este problema es, sin embargo, muy complicado. Ya lo inicié en la *causerie* sobre “Horfandad con hache”. Es algo más que cuestión de *minimum* o de *maximum*, en la suma de los estados conscien-

tes e inconscientes, teniendo en cuenta el modo de ser de cada cual y las circunstancias externas. O cuando dejamos correr las cosas, ¿no hacemos también acto de voluntad? Cuando vacilamos, cuando no sabemos si queremos o no queremos, cuando hay deliberación sin que haya elección, ¿hay o no volición? Aquí se presenta una dificultad: la persona, el *yo*, que es causa y efecto, a la vez.

En otros términos, el *carácter*, cuyo estudio, cuya ciencia, mejor dicho, lo que Stuart Mill llamaba, hace 40 años, *Ethología*, están todavía en los limbos intelectuales, esperando el agudo revelador de sus misteriosos secretos.

Yo sé bien que la irresolución no es muchas veces más que el resultado de una gran riqueza en las ideas, la necesidad de comparar, de razonar, de calcular; todo lo cual constituye un estado cerebral sumamente complejo, en el que las tendencias hacia el acto se traban las unas a las otras. Alguna vez se ha querido reducir la voluntad a la simple resolución, lo que es como afirmar teóricamente que una cosa será hecha, atenerse a una abstracción. Pero no se debe olvidar que *querer es obrar*, que la volición es un pasaje al acto. Elegir no es más que un momento fugaz, en el *processus* de la voluntad.

Me dormí, y no me desperté, hasta que no vinieron a decirme: “Suenan la campana”. Era la campana que tocaban en el campamento, que quedaba de allí, como doce cuadras, media hora antes de comer, y cuyo tañido se oía perfectamente en el saladero.

Mi caballo estaba siempre listo y, cinco minutos después, a media rienda, yo llegaba, encontrándolo a mi padre paseándose, indefectiblemente, balero en mano. Él y yo éramos muy fuertes en ese juego. Yo no he conocido más rival que Juan Cruz Varela. Hacíamos una partida o más, hasta que un pardo, Castro, asistente de confianza, venía y le decía: “Señor, ya está la sopa en la mesa”.

En la tarde a que me refiero, llegué al campamento y me encontré con que mi padre no hacía lo de costumbre. Su casa era un vasto *rancho*, rodeado de amplios corredores, y estaba situada en una punta del río Paraná, en un sitio pintoresco, delicioso; la barranca era escarpada, había gradas talladas en la tosca para bajar hasta la

orilla del río, y allí, al lado de una gruta natural, asientos cómodos para el “sacrificio de la pesca”.

Mi padre no se paseaba ni tenía el balero en la mano. Era un hombre grande, más alto que yo, varonil por dentro y por fuera. Yacía meditabundo, como el genio de la reflexión: no me sentí llegar; no volvió en sí, o mejor dicho, no abandonó los pensamientos que seguramente le obsediaban, sino cuando yo le dije: “Buenas tardes, tatita”. Volvióse y, contestándome “Buenas tardes, hijo”, se puso en movimiento, recorriendo de arriba abajo el largo corredor. Yo le seguía dándole siempre la derecha. Estaba visiblemente agitado. Yo veía, no entendía; recibía una impresión que no me decía cosa alguna. ¿Y el balero? No me atreví a preguntar por él. Caminábamos, en silencio, esperando, momento por momento, algo. Llegó Castro, y dijo: “Está la sopa en la mesa, señor”. “Está bien” —contestó mi padre— “ya voy”. Pero no se detuvo, siguió andando. De repente, detúvose. Miróme de hito en hito, desde la cabeza hasta los pies. Clavó en mí su mirada de fuego. Tenía unos ojos que veían todo lo de adentro. Me registró, por decirlo así. Me midió como con compás. En una palabra, hizo mi triangulación completa. Me puso la diestra sobre el hombro izquierdo suavemente. Parecióme, como si me echaran encima todo el peso que le echaron al padre de las Atlántidas. Figuróseme que ya me iba a decir: “¡Miserable! con que hasta mis cartas me robas!”. ¡Ah! juzgad de mi sorpresa, del bienestar inefable que se esparció por todo mi ser, cuando, en vez de eso, me dijo, con esa voz gruesa de los militares de la escuela de San Martín: “Por supuesto que tú piensas continuar viviendo en este país...”. Lo miré con unos ojos en los que él debió, sin duda, leer la verdad de mi impresión: “Tatita, ¿y acaso eso depende de mí?” Lo miré nada más, no articulé palabra, ni qué palabras había de articular si no entendía. Y así nos quedamos momentáneamente, hasta que él continuó: “Vamos a comer”. ¡Ay! aquel *vamos a comer* me hizo el efecto inexplicable de un “sea todo por el amor de Dios...”.

Mi padre era muy fastuoso, tenía más desarrollada que la adquisitividad, no obstante que era hombre de orden y que vivía hacien-

do columnas cerradas de números, la predisposición frenológica opuesta. Era rumbo en todas sus cosas. Me acuerdo que, cuando se decía que iba a ser padrino, todos los muchachos se *afilaban* para la gran *marchanta* que habría, y que él arrojaba macuquinos a rodo, y que el “¡viva el padrino!” resonaba en todos los ámbitos, como un aplauso al vencedor en los juegos olímpicos, y que, aún después que estábamos ya de vuelta en casa, la *turbamulta* se agitaba invadiendo el zaguán, siendo necesario disiparla, algunas veces, con amonestaciones de vías de hecho.

¡Eh! —los muchachos dirían para su colete— Por un gustazo, un trancazo.

La mesa de mi padre no era servida por ningún artista culinario; pero se comían en ella cosas criollas muy buenas, aunque protesten los sibaritas refinados, aficionados a la *haute cuisine*, cuyo representante clásico es Brillat Savarin, el cual, como ustedes saben, sostiene entre sus diversos aforismos que la invención de un plato nuevo contribuye más a la felicidad del género humano que el descubrimiento de una estrella; que los animales se hartan, que el hombre come, que solo el hombre espiritual sabe comer, exclamando, no como el refrán español, que dice *Dime con quién andas y te diré quién eres*, sino *Dime lo que comes, te diré quién eres*.

¿O no son cosas buenas la carne gorda, bien asada, la carbonada, locro, los porotos (¿y qué me dicen ustedes de las lentejas que es la sustancia vegetal más alimenticia?), los garbanzos, el dulce de leche, inventado en América por los jesuitas, los pastelitos fritos de hojaldre, de carne o con azúcar, y la carne con cuero, de origen árabe, que Alejandro Dumas aprendió a preparar en Argelia, y de cuya habilidad se enorgullecía más que de haber sido y ser el primer novelista francés, sea dicho sin menoscabar en lo más mínimo el renombre del mismo Balzac?

Porque aquí, entre nos, todos los otros no son más que imitadores o copias de esos dos grandes maestros. Y nótese bien que digo francés, porque hablando de novelistas modernos hay dos nombres que se imponen: Thackeray y el inimitable Dickens, el gran campeón de la igualdad de las clases sociales, el enemigo infatigable

de todos los abusos; el cual ha denunciado la justicia inglesa, como demasiado complicada, demasiado lenta, demasiado cara, sin que se reunieran los jueces ni los escribanos ni los procuradores, a título de su hombría de bien, para reclamar contra ello; sin duda porque no existía, entonces, un Concejo Deliberante, como el de *puacá*, el cual no permite que, ni salvando la honorabilidad de las personas, se pueda hablar del desprestigio en que haya caído una corporación. ¡Dios sabe por qué!

Y no solo se servían cosas muy buenas, en la susodicha mesa, sino que era muy alegre; porque mi padre comía rodeado de sus oficiales, estando éstos siempre a gusto delante de él, por la libertad de conversación fácil que les dejaba, compatible con el decoro social y los respetos mutuos que los hombres se deben, sea cual sea su jerarquía respectiva. La demasiada familiaridad es causa de menosprecio.

Alegre, he dicho. Ese día el continente sombrío de mi padre produjo en todos una impresión parecida al efecto que nos hace, después de una larga noche de invierno, el aspecto de un cielo encapotado, cuando previo largo parlamento con la pereza, decidiéndonos al fin a dejar la cama, saltamos, y corriendo a la ventana, abrimos los postigos para ver la luz, y, en vez de sol, solo vemos nieblas.

Mi padre estuvo callado, nadie habló.

Yo me volví al saladero, rumiando: ¿por qué me habrá preguntado mi padre “si pienso continuar viviendo en este país”? Ahora mismo, al través del tiempo y del espacio, cierro los ojos y los labios, evoco aquel recuerdo, y me parece que todavía vibra en mi oído esa frase, como si el retrato de mi padre, que tengo enfrente, la articulara.

Doctor Pellegrini: he querido concluir, y lo he querido, como Alfieri quería las cosas: *vole e fortemente vole*, era su consejo, siempre, cuando algo deseas conseguir. ¡Ah! no siempre *querer es poder*.

Pero decididamente, concluiré el jueves, y seguiré con “Los siete platos de arroz con leche”, cuento que le tengo ofrecido a Benjamín Posse.

Si el día antes, así que se fue mi padre, yo me fui a mi rancho, me tiré en la cama y me dormí fácilmente, a pesar de mis remordimientos, no sucedió lo mismo en la noche que llamaremos la del interrogatorio.

Aquel dicho de mi padre: “Por supuesto, que tú piensas continuar viviendo en este país”, habíame impresionado profundamente. Y como yo lo quería mucho, porque era en extremo simpático, noble, generoso y alegre, cuanto imponente; y, como todo amor sincero, sobre ser íntimo, es intuitivo, yo tenía, necesariamente debía tener, por poco que entendiera, el presentimiento de que algo grave pasaba.

Un signo visible, inequívoco, indiscutible me lo patentizaba: el viejo, siempre decidor, ameno, estaba triste: esta palabra expresa todo.

No tenían para mí otro significado su silencio, durante la comida, y antes de ella, la falta del balero; sus paseos agitados por el corredor, su incomprensible interpelación.

Porque no puedo dejar de repetirlo: percibía, no entendía.  
¿Cómo me acuerdo de estas cosas?

He ahí una pregunta que el que haya leído desde el principio, se habrá hecho probablemente.

La memoria, como ya lo dije, es un hecho biológico de los más complejos e interesantes. Cualquiera que sea el número de las células cerebrales (se cuentan por millones), destinadas a recibir, como en depósito, nuestras impresiones, sería un error creer, que, una vez allí, quedan sepultadas *per in aeternum* como un secreto en una tumba, si esas impresiones las hemos recibido en un estado de inconsciencia.

La memoria no es, en efecto, más que un conjunto de asociaciones dinámicas estables, que dormitan, susceptibles de despertarse prontamente a la menor evocación.

Por consiguiente, para que haya reminiscencia es necesario que haya habido impresión cerebral consciente o inconsciente.

Yo he mirado, no he visto, solemos decir. No hay recuerdo posible. Para que lo haya, es necesario haber visto y mirado.

Estos fenómenos de la memoria preocupan mucho actualmente a los fisiólogos y psicólogos. Sus estudios, empezando por Herbert Spencer y sus congéneres, me permitirían detenerme y hacer una digresión entretenida sobre las ingeniosas hipótesis de los unos, y las observaciones de los otros. Mas yo no tengo que ocuparme ahora del génesis de mis recuerdos. Baste decir, que cuando me acuerdo de mi padre, recuerdo mil incidentes que con él se relacionan, que mi memoria se ilumina, que veo claro en el pasado, como si penetrara con una antorcha en una catacumba, cuyas figuras simbólicas tuviera que descifrar.

Me pasa con esto lo que con algunas de las lenguas que aquí no hablo, sino por excepción, que medio hablo o que hablo mal, cuando piso el suelo donde ellas se hablan: todo el ambiente es sugestivo y hablo como un papagayo, pero hablo.

La acción de revivir una lengua, por decirlo así, olvidada completamente, es un fenómeno curioso. El caso referido por Hamilton o Carpenter, no me acuerdo cuál de los dos, de un leñatero que había vivido algunos años en Polonia, durante su juventud, que pasó después treinta años en su casa en un distrito alemán, cuyos hijos nunca jamás le oyeron hablar una palabra en polaco y que, bajo la influencia de un anestésico, que duró cerca de dos horas, habló, rezó y cantó en polaco, yo lo he comprobado en mí mismo, bajo la influencia del cloroformo, en Rojas, siendo capitán del 2 de línea.

Me dolía una muela, el médico de la división era Caupolicán Molina, médico de poca ciencia, pero de gran talento: tenía eso que sus afines llaman ojo médico y curaba, ¿cómo? no sé; pero casi siempre curaba. ¡Pobre amigo querido! ¡Murió prematuramente, durante la gran epidemia de fiebre amarilla, cumpliendo con su deber, devorado por el flagelo!

—Vengo —le dije un día—, a que me saques esta muela.

—Bueno, siéntate —repuso.

—¡Ah! no, quiero que me des cloroformo (no se aplicaba mucho).

—¿Cloroformo?



—¡Sí!

—No... no te doy cloroformo.

Yo soy lo mismo que Julio César, en esta parte; flojo, como el tabaco holandés, para los dolores físicos, aunque al mismo tiempo sea capaz de soportarlos por energía moral; y sostengo que, cuanto más civilizado es el hombre, tanto más mimosa es su piel.

—Pues si no me das cloroformo, haré fuerzas y se me pasará el dolor.

—Eres un loco, no te curarás.

—Pero hombre, ¿qué te cuesta?

Mandó llamar un ayudante, me cloroformizó, me sacó otra muela por equivocación, cosa de risa para contarla en otro lugar; y mientras estuve cloroformizado no hablé sino *en inglés*, lengua que hacía muchos años no hablaba.

Este caso, por no decir otra cosa, debe recordarlo el general don Emilio Mitre, de quien yo era secretario, con el cual nos reímos mucho de *nuestra* aventura; y digo nuestra, porque él, Caupolicán, y yo éramos amigos, y una muela mía sana, sacada en vez de otra cariada, era asunto que nos interesaba a los tres.

Lo particular es que, como todos los que tienen dentadura, he tenido que volver a las andadas, sobre el capítulo muelas, y que cada vez que me he vuelto a sacar alguna otra, siempre he tomado cloroformo, y que siempre, al empezar la operación, le he dicho al dentista: voy a delirar, pero lo haré en inglés, y que siempre en inglés he delirado.

Ese “por supuesto, que tú piensas seguir viviendo en este país” trota-ba en mi imaginación, ¿qué digo?, estaba fijo en ella como un *mane thecel*, *phares* escrito con letras diamantinas. Y me decía: ¿por qué me habrá dicho tatita eso? El *Contrato Social* no me había dejado, no podía haberme dejado ninguna impresión perturbadora. Yo leía como solemos leer, por curiosidad, en una edad prematura, ciertos libros: un tratado de numismática, verbigracia, así es que no había asociación posible de ideas. Pero estaba agitado, dormí muy mal.

El sueño, que es tan gran beneficio —que me desmientan los dormilones; ¡ah!, no es una palabra vana la del sabio que dijo: “El cielo permite que el malo duerma”—, el sueño, repito, me equilibró a pesar de todo, pero nada me dijo.

Tomé el rábano por las hojas: me acordé de que mi padre me había sorprendido en mi rancho leyendo, y al rayar la aurora solo pensé en que era *saladerista* y en que debía, por aquello de *zapatero, a tus zapatos*, estar donde se desnucaba y se descuartizaba.

Mi padre vino como de costumbre, nos saludamos. Yo lo miré con esa cara que dice: ya usted ve cómo me porto; pero sin descubrir en la suya ninguna señal de complacencia, sino todo lo contrario.

Así como en él, a no dudarlo, persistía la impresión de haberme sorprendido leyendo el malhadado libro, en mí debía persistir esta otra: “¡Caramba, y qué mal hice ayer en dejarme sorprender por tatita: todavía le dura el enojo!” ¡Qué deliciosa cosa es la ignorancia! Con razón cierto escritor ha exclamado: “¡Cuán peligrosas son las bellas artes, y las bellas letras ídem!”.

No tanto como las mujeres bellas ¿convendrá usted conmigo, doctor Pellegrini, y el lector también?

Pero sigamos.

Naturalmente, el enojo de un padre dura menos que el de un hijo, y, aparte de que el mío no estaba enojado sino preocupado, aquellos celajes paternos debían pasar por todas las transiciones del claroscuro del que se está mirando en su propio espejo. Aquel aire, que a mí me parecía adusto, tenía pues, que experimentar las influencias de mi actividad, tendiente en todo, dentro del teatro en que nos hallábamos, a hacer ver, yendo y viniendo, desnucando novillos, vacas y toros, y hasta de cuando en cuando dando una cuchillada, que echaba a perder el cuero al desollar la res, que yo era todo un señor saladerista.

Y seguramente que él pensaba en todo menos en mi destreza para desnucar y desollar. Pero viendo mis aptitudes de hombre de acción, y de muchacho de porvenir, tenía que experimentar una inexplicable satisfacción, impresiones contradictorias, dudas, ¡qué

sé yo!... y su gesto que suavizarse, desarrugándose el ceño. Ni él, ni yo estábamos, sin embargo, en la situación de la verdad. Yo lo creía a él contento, olvidado completamente del día anterior, y él me creía a mí espontáneamente en todo aquello, mientras tanto, que no estaba en ello sino en cuanto mi solicitud filial me hacía representar un papel, para enmendar los renglones tuertos de una plana mal hecha, el día anterior.

Esa tarde, así que yo oí el tañido de la campana del cuartel general, salté en mi caballo, que ya estaba listo, y en un verbo estuve en el campamento.

¡Cuál no sería mi sorpresa cuando volví a hallarlo a mi padre sin el balero, concentrado, pensativo como el día antes!

Renovóse la escena.

Yo no pude resistir, me sentí movido por un resorte extraño y me atreví, cuando después de cartabonearme me volvió a decir: “Por supuesto, que tú piensas continuar viviendo en este país” a decirle a mi vez: “Tatita, ayer me ha preguntado usted lo mismo y yo no entiendo”.

Entonces él, irguiéndose, dominándome doblemente, porque era mucho más alto que yo; pero tomándose tiempo, como quien medita, reflexiona y rebusca una frase que exprese todo un concepto, yendo hasta el fin del corredor, volviendo sobre sus pasos, y yo al lado de él, anhelante, las idas y venidas sucediéndose, hasta que Castro se presentó y dijo: “La sopa está en la mesa”, contestó:

—Mi amigo, cuando uno es sobrino de don Juan Manuel de Rozas, no lee el *Contrato Social*, si se ha de quedar en este país; o se va de él, si quiere leerlo con provecho.

Por quien soy, que no entendí todavía; era yo tan niño, tan federal y tan rozista, que ¡qué había de entender! Sería exactamente lo mismo que si ahora nos hablaran de cosas en que no pensamos; de volver al gobierno de los caudillos, que era régimen de los gobiernos patriarcales, salvo error u omisión.

Lo cierto es que después de estas escenas, todo el mundo dijo en Buenos Aires que a mí me mandaban a viajar, porque yo era un muchacho con muy malas inclinaciones, refiriéndose a ciertas

aventuras. La verdad es que, si mi padre me embarcó en un buque de vela —¿y en qué otra cosa me había de embarcar?; ¿acaso había entonces vapores?—, en un buque que salía para la India, cuya tripulación no constaba sino de doce marineros, un capitán y el sobrecargo, buque que se llamaba la barca *Hum*, fue única y exclusivamente por las causas que dejo relatadas.

Doctor Pellegrini, me preguntó usted en el Politeama, estando en el palco del señor Presidente de la República y a propósito de un coche que atropelló a un sacristán: por qué había yo hecho tan joven mi primer viaje, ni más ni menos que a los diez y siete años.

Ahí tiene usted *por qué*.

¡Qué suerte que no me preguntara usted el porqué de otras cosas! Me habría usted puesto en aprietos.

Concluyo, pues, exclamando, no como el poeta:

y si lector dijerdas ser comentario,  
como me lo contaron te lo cuento.

sino:

Así como yo digo fue.

Y, con mis más respetuoso *salem-aleck*, ¡que Dios lo tenga en su santa guarda y que no tenga usted nunca jamás que mandar sus hijos a viajar tan jovencitos como yo!

(Será prueba evidente de que “vamos bien por España” y, con este título, contaré otro cuento, dedicado a cierto tipo antipático, sea dicho entre paréntesis, a pesar de su enorme talento, tipo que no olvida ni aprende.)

Más todavía: que no tenga usted la fatalidad de tener como yo, hijos enclenques, fatalidad que arguye contra los matrimonios entre primos hermanos, y que prueba que hizo bien en venir a esta tierra su distinguido padre, el ingeniero Pellegrini, al cual le debemos tener un vicepresidente de la República de la talla suya; lo que puede ser una desgracia o una fortuna, según las simpatías o antipatías de que sea usted objeto.

Doctor Pellegrini, tenemos que morirnos para saber lo que de nosotros piensa la opinión nacional, casi he dicho... la hipocresía.

*A tout seigneur, tout honneur.*



## HORFANDAD SIN HACHE

A mi amigo Eduardo Wilde

141

Buenos Aires dormía, supongo que como ahora, aunque era una noche de octubre del año 1844. Quizá dormía más profundamente que ahora, o fingía dormir, como el niño que, a la intimación de *duérmase usted*, cierra los ojos, viendo que le apagan la luz y lo dejan a oscuras. No se oía, como ahora, en lontananza, el ruido sordo del coche que anda Dios sabe en qué. En aquel entonces, el silencio sepulcral de ciertas horas era solo interrumpido por el canto destemplado de los serenos, los cuales repetían las horas y las medias al unísono del vetusto reloj del Cabildo, haciendo constar si llovía o no, si el tiempo estaba, o no, sereno, y otras circunstancias poco consoladoras, por cierto, que preferimos apartar de la memoria y que otros preferirán más que yo, por la misma razón que Cervantes no quería recordar el lugar de la Mancha donde había nacido su famoso hidalgo.

Serían, así, como las tres de la mañana, cuando en una pieza, a la calle, del viejo Hotel del Globo, que estaba entonces no donde ahora se encuentra el nuevo, pero sí en la misma calle, entre Cangallo y Piedad, conversaban dos personas de aquesta manera, poco más o menos:

—¿Qué diablos haces, Miguel?

—Voy a salir.

—Pero, hombre, ¿a esta hora?

—Sí... no puedo dormir; necesito tranquilizar mi conciencia.

—¡Oh!... déjate de pamplinas.

—¡Ah, Santiago, tú crees que los hombres se deshonran, solo porque matan o porque roban!

—Y... ¿qué hay?

—Más tarde lo sabrás; nada temas, voy a salir; espérame; nada me sucederá. —Y esto diciendo, nuestro hombre salió, dejando no poco perplejo a su compañero de hotel.

¿Y quiénes eran ellos? Antes de proseguir, aunque todo el mundo pueda llamarse Santiago y Miguel.

Santiago era el padre de Santiaguito Arcos, el eximio pintor, que todos los argentinos de algún fuste que van a París no dejan de conocer; Santiago fue más tarde el amigo íntimo de Sarmiento, el que con él viajó por los Estados Unidos; en una palabra, el hombre más amable, más interesante, más alegre de la tierra (tanto que se casó dos veces) y del cual habría podido augurarse todo, menos su triste fin: murió suicidado en medio de un aparente ajuar de felicidad, arrojándose al Sena.

Tenía un cáncer en la lengua y consumó el acto más difícil de explicar, porque ¿quién puede afirmar si es valor o cobardía, decirse uno y probarlo: “yo puedo poner fin a mi existencia física”, y eliminarse, en efecto, de la estadística de los vivos para hacerse computar entre los muertos, dejándoles a los primeros, con un tristísimo recuerdo, la solución del eterno problema, *to be or not to be?*

Y Miguel, ¿quién era?... ¿Miguel? Este Miguel a secas, era nada menos que Miguel de los Santos Álvarez, el íntimo amigo de Espronceda, el autor de la *Protección de un Sastre*, y el cual cantaba, en sus primeras mocedades, dirigiéndose a María:

Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!  
 Como de Dios, al fin, obra maestra,  
 Por todas partes de delicias lleno,  
 de que Dios ama al hombre hermosa muestra;  
 salga la voz alegre de mi seno  
 a celebrar esta vivienda nuestra;  
 ¡Paz a los hombres! ¡gloria en las alturas!  
 ¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

Ustedes no han de tener la memoria fresca (*ustedes*, es el lector). Ustedes han de conocer más a Espronceda que a Miguel de los Santos Álvarez; y entonces es el caso de recordar que Espronceda, refiriéndose a él, cantaba a su vez lo que sigue, verdad indiscutible, según mi sentir:

Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!  
 Ha cantado un poeta amigo mío,

Mas es fuerza mirarlo así de lleno,  
El cielo, el campo, el mar, la gente, el río,  
Sin entrarse jamás en pormenores  
Ni detenerse a examinar despacio  
Qué espinas llevan las lozanas flores,  
Y el más blanco y diáfano topacio  
Y la perla más fina  
Manchas descubrirá si se examina.

143

Ya saben ustedes que Miguel de los Santos Álvarez era éste, que no podía dormir, porque tenía un peso sobre la conciencia; que, como quien no dice nada, se aprestaba a salir a la calle, el 6 de octubre de 1844, nada menos que a eso de las tres de la mañana.

Pero lo que no saben, y lo que probablemente sabrán de alguna otra charla, es el por qué estos dos personajes, Santiago y Miguel, encontrábanse en Buenos Aires, en una época en la que la gente, en vez de inmigrar, emigraba. Dejémoslo para otra oportunidad, y ocupémonos única y exclusivamente de Miguel de los Santos Álvarez, al cual pueden ustedes verlo ya, saliendo del hotel, a deshoras, al través de la luz de un reverbero de antaño, que es, como si dijéramos, el *mínimum* de luz en noche oscura.

Imaginaos (yo era un niño, pero mi memoria es fuertemente retrospectiva) un hombre que ha entrado en la edad de los desengaños; es decir, uno de nosotros que, teniendo treinta, representa cuarenta, un hombre así de la estatura de Benjamín Posse, más derecho que éste, menos enjuto, pálido; con una cara tétrica, encerrada dentro de una barba entera, negra como azabache, con uno que otro pelo blanco; iluminado el rostro por dos ojos vivaces, que protestan contra las plateadas hebras; pelado a la *mal-content*, vistiendo un gabán abrochado por una serie de botones, que empiezan en el cuello y concluyen en el borde inferior, más abajo de la rodilla; que camina como cualquiera a quien no se le da un bledo la existencia; que no repara en nadie, ni le importa que reparen en él; que no mira hacia arriba, porque, probablemente, no piensa ni en las alternativas de la muerte, ni en alcanzar el *nirvana*; que, sin encorvarse describe con el cuerpo y la mirada un ángulo agudo, cuya abertura es la tierra, que día más, día menos, sabe que



se lo ha de tragar; que va solo, al parecer, pues lo acompañan sus pensamientos, esos constantes compañeros, de los que tenemos la desgracia o la fortuna de saber lo que es causalidad, imaginaos un hombre, en fin, de esos que, a pesar de su indiferencia ostensible por todo, no pueden pasar sin que se repare en ellos, diciéndose el que los ve: “¿quién será éste?” y tendréis, si no un retrato, una silueta.

Caminaba... por las calles que conducen ahora y conducían entonces (que en esta parte Buenos Aires no se ha transformado) de donde dejo dicho a las cuatro Esquinas, de lo que actualmente se llama calle Alsina, esquina de Tacuarí. Allí hubo, en tiempo de los españoles, un presidio: llamábase, cuando mi abuela doña Agustina López de Osornio lo compró, *presidio viejo*, y allí ella edificó (¿y por qué *ella* y no él, mi abuelo? ¡Oh! éstas son confidencias para otra ocasión) una casa en la que, primero, vivió mi padre soltero; después, cuando se casó, donde hemos nacido todos los que somos sus hijos y donde vive mi excelente madre aún.

Respecto de esa casa, o sea el *presidio viejo*, había, cuando yo me criaba, una porción de le durmiéramos, unos negros, que habían sido esclavos, nos decían que se oían, a ciertas horas de la noche, ruidos de cadenas, ayes de moribundos, *¡qué sé yo!...* Pero esto, hay también que dejarlo para otra vez.

Mi madre, como acabo de decir, vivía allí en 1844. La casa entonces era baja; ahora es de dos pisos. La casa primitiva tenía ventanas a las calles de Tacuarí y Alsina, antes Potosí. En una de las piezas que tenía ventanas a la calle de Tacuarí, recibía sin ceremonia; y la noche a que me refiero había estado de visita Miguel de los Santos Álvarez, al que, por lo largo de sus visitas, llamábanlo los sirvientes (me acuerdo como si fuera ahora) el señor *Calientabancos*. Supongo que Miguel de los Santos Álvarez visitaba mucho a mi madre por las únicas dos razones en virtud de las cuales los hombres visitan mucho a las mujeres: era bella, tenía espíritu, y por añadidura, era hermana de Rozas, como dijéramos: “era princesa de sangre”.

El hecho es que, a la sazón, el álbum estaba muy en boga, y que todo visitante tenía que pagar su tributo, una vez al menos, escribiendo algo en él. Mi madre tenía el suyo. Ahora es mío. Aquí está. Lo tengo sobre mi mesa. Lo estoy mirando. Contiene muchos versos, muy malos, la mayor parte; casi todos de personajes que usaban chaleco colorado y divisa ídem, que gritaban: “Viva Rozas”, etc., etc., y que después, cuando yo los oía expresarse de otra manera, me parecían otros *señores*.

En ese álbum, el día 6 de octubre, la noche, mejor dicho, Miguel de los Santos Álvarez improvisó o escribió, que tanto vale, estas estrofas:

¡POBRES NIÑOS!

¡No llores, niño inocente,  
 porque el tapiz de tu lecho,  
 con mil harapos deshecho  
 no conserve tu calor;  
 no llores, no, si una madre  
 tienes, que en su seno amigo,  
 ofreciéndote un abrigo,  
 te acaricia con amor!

Eres más feliz que el huérfano  
 que duerme en cama suntuosa,  
 sin que sus labios de rosa  
 cierre el beso maternal;  
 que mientras él se desvela  
 sin que le aduerma un cariño  
 tú le encuentras, pobre niño,  
 y hallas alivio a tu mal.

¡El, no, y es un inocente  
 como tú, y es tan hermoso  
 y es, como tú, candoroso,  
 los dos vivís una edad;  
 y los dos lloráis, tú, pobre,  
 lloras temblando de frío!  
 ¡Y el otro llora... ¡hijo mío!  
 sin saberlo, su ORFANDAD!

¡Ah, no lloréis, mis queridos!  
 que hay para los dos un cielo,  
 para los dos un consuelo,  
 un manto para los dos;  
 hay una virgen que vela  
 por los niños desgraciados,  
 y deja a los fortunados  
 para que los vele Dios!

*Miguel de los Santos Álvarez*  
 Buenos Aires, octubre 6 de 1844

Naturalmente, todos los circunstantes —mi madre tenía su salón— debieron encontrar estos versos, como los encontrarán ustedes, bonitos y delicados, y Miguel de los Santos Álvarez debió retirarse satisfecho del aplauso, que es tras de lo cual anda todo el mundo, desde el que gana batallas campales hasta el que gana batallas en la Bolsa, o hace libros como Chateaubriand, o pronuncia discursos como Berryer, o produce cualquier *efecto*, aunque más no sea que hacer retroceder la bola de billar.

Pero está de Dios que, después de producido el efecto, y cuando nos reconcentramos dentro de nosotros mismos, nos preguntemos: ¿y cómo ha andado todo eso? ¿No he dejado nada que desear? ¿He tomado al público de sorpresa?... ¿Qué se debe imputar a la realidad, a lo artificial?... ¿Quién ha estado más tonto, el público o yo? En fin... todo lo que ustedes saben.

El hecho es que Miguel de los Santos Álvarez revolvía todas estas cosas en su cabeza, y que, mirando dentro de su esfera cóncava, pensó que, en medio de su triunfo, había cometido un *zambardo*, y que la obsesión era tan fuerte que, o reventaba, o se iba a *desfacer* el entuerto, si entuerto había, porque de ello no tenía completa seguridad, sino la duda.

¡Dudar! ¿Conocen ustedes algo más punzante que esto? La duda, filosóficamente hablando, es para mí, de todos los suplicios intelectuales, el más atroz. ¿Qué es, en efecto, dudar? Estar sin saber qué hacer. Pero estar sin saber qué hacer, es estar suspendido entre la vida y la muerte. Será cuestión de temperamento; pero yo declaro

que un hombre que duda es como un viajero sin rumbo. Será una insolencia el negar; pero es una solución. Y, por más que digan, la verdad está en los extremos, y ellos tienen de consolador que son decisivos. Los términos medios son, en todo, como las cataplasmas en la medicina.

Miguel de los Santos Álvarez se preguntaba en su insomnio: ¿he escrito *orfandad* con *hache* o sin *hache*? El hombre persigue siempre la verdad, sea dicho en honor de la especie humana. Miguel de los Santos Álvarez salió, pues, del hotel, en persecución de ese ideal: ver y creer, decía Santo Tomás, y aunque su colega le decía: “Ni aun viendo creas, Tomás”, lo que bajo ciertos aspectos era mucho más caritativo, Miguel de los Santos Álvarez necesitaba ver para creer.

Y nuestro hombre caminaba por esas calles sombrías, tan atroces entonces (todo es relativo) como los caminos de Buenos Aires a Flores y de Buenos Aires a Belgrano, ahora... sin curarse de si había mazorca o no (los que escriben *mas borca* con *ache*, escriben mal: esto se explicará alguna vez por mí mismo, y con permiso de Sarmiento, que es el hombre que escribe con peor ortografía en todo el país).

Caminaba, decíamos, hasta que llegó a la primera ventana de la calle de Tacuarí, yendo por la acera que mira al este, antes de llegar a la entonces calle de Potosí. Llegó, golpeó estrepitosamente, como se golpea a una ventana, en altas horas de la noche. Otra ventana más adelante, daba sobre un aposento en donde han sido dados a luz todos los que llevamos mi apellido. Mi padre dormía patriarcalmente, en la misma cama, con mi madre. Estos hábitos han sido alterados —tan tonta es la humanidad— desde que Balzac escribió su sucio libro sobre la *Fisiología del matrimonio*.

Al oír el sacudimiento de la ventana, se despertó sobrecogido, pensando (era en 1844) en lo que podía suceder.

—¿Qué hay? ¿Quién es?

—Yo soy.

No hay nada más estúpido ni más humano.

—¡Ah! —dijo mi padre entre sí— es la voz de Álvarez. —y saltó de la cama, llevando la mano al pescuezo... en tanto que mi madre se incorporaba, presa de la más inexplicable inquietud.

—¿Quién es?

—Yo soy.

(Lo curioso es que uno pregunta *quién es*, teniendo la conciencia del *qué es*.)

—Abra usted, abra usted.

Y mi padre abrió.

—¡General!

—¡Álvarez!

—General, ¿me hace usted el gusto de darme el álbum de Agustinita, pluma, tinta y luz?

Mi padre hizo una gesticulación de esas que no pueden explicarse escribiendo: sale de la boca un *bem*, el labio inferior se arregla, los ojos brillan, y la cara toma esta expresión: *¡mire usted qué ganas de... embromar!*

Mi padre, ante todo, fue a tranquilizar a su mujer, y díjole:

—Agustinita, no te alarmes.

Y dicho esto, *fizo* lo siguiente: volvió a la ventana, y le suministró a Miguel de los Santos Álvarez los adminículos que reclamaba.

Miguel de los Santos Álvarez tomó el álbum (el mismo, mismísimo que yo tengo aquí con su autógrafo), hojeólo nerviosamente, dio con la página que buscaba en el acto (el sentimiento de la topografía literaria es un instinto) y con la pluma que entonces se usaba, que era de ganso (abunda todavía), borró la palabra HORFANDAD y escribió debajo *orfandad* (sin *hache*) exclamando interiormente, como Choquet, en una hora solemne de su vida:

“He visto a Julio Núñez de guerrero, ahora ya puedo morir”.

Mi padre volvió al tálamo conyugal...

Miguel de los Santos Álvarez giró sobre sus talones, y se encaminó a la calle del 25 de Mayo.

Los serenos cantaban las “Cuatro y media han dado y... ¡tronando!”.

—“¡Viva la Confederación!”.

—¡Mueran los salvajes unitarios! “¡Vivid, Representación!”.

Cuando Miguel de los Santos Álvarez entró en el hotel, Santiago dormía ese sueño apacible del hombre irresponsable, que todo columbra menos su destino final.

Yo era un chiquilín; aquellos tiempos me parecían óptimos... habían sido abominables.

Pero no puedo improvisarme un odio teórico contra lo que no me hizo sufrir. Y... ¿qué más queréis que os diga? Os diré que una falta de ortografía puede perjudicar tanto la reputación de un hombre de letras, como un voto equivocado dado en la Cámara o en el Senado Nacional; pero que el *honor* no es una fruslería que se salva, levantándose a las tres de la mañana para enmendar una falta, que puede ser o no ser, sino una virtud constante en todos los terrenos del pensamiento y de la acción.

Ahora, os quedará esta curiosidad, amables lectores: qué fue de Miguel de los Santos Álvarez, el cual corrigió mis primeros versos *A un féretro*, me acuerdo (¡qué musa tan sombría!), versos que no llegaron jamás a publicarse, como los del literato de Larra, y que es quizá, y sin quizá, el rasgo de mejor sentido de toda mi vida.

### *Mi querido Wilde:*

Me pidió Vd. que le refiriera el cuento que había contado en casa de nuestro noble amigo el Señor Presidente de la República, doctor don Miguel Juárez Celman.

Le contesté a Vd.: estoy harto de hablar.

Se lo diré a Vd. por escrito.

¡Eh! bien. Ahí lo tiene usted.

¿Quiere cerciorarse de la verdad?

Venga y verá borrado en el autógrafo mismo HORFANDAD, y sustituido el vocablo con su homónimo *sin bache*.

Y... ¿qué ha sido de Manuel de los Santos Álvarez?

Era indolente: llegó a ser Ministro de España, en México.

Entiendo que es ahora Senador.

Todo el mundo puede ser Senador, habiendo sido Gobernador.

Es más difícil ser Ministro de Estado.

Lo felicito.

Salud y alegría.

*Chi dura vince.*

Y como decía Miguel de los Santos Álvarez:

¡Paz a los hombres! ¡Gloria en las alturas!

¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

O, como dice La Bruyère: *Une des marques de la médiocrité d'esprit est de toujours conter.*

## CATHERINE NECRASSOFF

Al señor doctor Don Carlos Tagle

151

### I

Dante, el peregrino poeta teólogo no por eso reñido con las mujeres, dice que no hay mayor dolor que recordar el tiempo feliz en la miseria.

Creo, efectivamente, que debe ser una broma muy pesada acordarse uno de sus riquezas, cuando está *fundido*, o pensar en las caricias de la que en un tiempo decía “te adoro”, cuando claramente se ve que está adorando a otro, cosa que, por otra parte, es muy frecuente, a estar a lo que las crónicas cotidianas refieren.

Musset, que no entendía jota de teología, pero que era catedrático en materia de amoríos y de amor —¡así lo puso la suerte!, y si no, ¿por qué exclamaba un día *fatigué, brisé, vaincu par l'ennui?* —dice, dirigiéndose a su divino antecesor, lo diremos en nuestra lengua para que todos lo entendamos mejor:

—¿Eres tú, alma inmortalmente triste, la que lo ha dicho?

—¡No! por esta llama purísima, cuyo resplandor me ilumina... no, no.

¡Un recuerdo feliz es quizá, aquí, sobre la tierra, más verdad que la felicidad!

El “quizá” —*peut-être*— prueba que el discípulo no estaba muy seguro de lo que decía. Pero, sea de ello lo que fuere, lo que yo de mí sé decir es que, unas veces me parece que Dante tiene razón, otras que la tiene Musset, aunque me quedo con la opinión del sabio de los sabios, el cual decía, en medio de sus trescientas mujeres y setecientas concubinas, que el más feliz de todos es aquel que no ha nacido.

Me quedo, en tesis general, bien entendido; pues, en el caso presente, tratándose de Catherine Necrassoff, siento que: *Un souvenir heureux est peut-être sur terre plus vrai que le bonheur.*



¿Por qué?

¡Ah! no se trata ahora de mis confidencias. Vamos nada más que a conversar de un viaje de pocas horas en ferrocarril, y de “lengua rusa”, en la que, supongo, son ustedes tan versados como yo, y eso que yo he estado en Rusia y ustedes, no, me parece.

Lo que es usted, mi querido Tagle, sólo ha estado en Catamarca; esa especie de Polonia argentina, según algunos de los detractores de la tierra, y a no ser su instinto de conservación, su valor y las uñas de un buen pingo, no se escapa usted del banquillo, que allí le habían preparado.

¡Cómo me enterneció usted el otro día, cuando me refirió aquella aventura! ¡Ah!, mientras usted hablaba, yo pensaba que si se “lo fuman”, no lo tendríamos de presidente de la Cámara... y, posiblemente, en cuarto grado, de Presidente de la República.

¡Dios nos libre!... no de usted, sino de las catástrofes que tendríamos que presenciar, para que eso sucediera; a no ser que, todos los otros, se fueran a la Exposición de París, o a cualquier otra parte.

Eran las once de la noche: la estación del ferrocarril de Roma estaba llena de pasajeros; listo, para salir de un momento a otro, el tren de Nápoles. El pistón silbaba ya; todo el mundo buscaba un compartimiento donde subir y acomodarse; yo, con mi hija María Luisa, ¡pobrecita!, íbamos, veníamos, no encontrábamos puesto en ningún coche; los que ya estaban acomodados nos miraban con esas caras poco hospitalarias que parecen decir: si ustedes suben, vamos a ir todos mal, busquen en otra parte, y buscábamos, y en todas partes la gente se hacía más ancha. Pero los conductores gritaban *pronti!*, el silbato se hacía oír cada vez con más fuerza, y...

Nos metimos, quisieron o no, en un coche con una porción de valijas, canastas y envoltorios, y, movimiento acá, movimiento allá, nos incrustamos en ángulos opuestos, no poco contrariados de la distancia que nos separaba; quedando mi hijita al lado de una vieja, y yo, al lado de una joven, que no necesité inspeccionar muy detenidamente para ver que era en extremo interesante.

*Meno male*, como dicen en Italia, pensé para mis adentros, y nos miramos con María Luisa, como diciéndonos: “¡y qué se ha de hacer!”.

El tren partió. El compartimiento iba lleno, todos incómodos; pero las nalgas tienen una adaptación admirable. Cuando se viaja no hay contacto, por más que uno se toque, y al rato, todos estábamos a gusto, al menos yo lo estaba, porque mi vecina, cuya cara, llena de seducción, podía ver perfectamente, sin mirarla, por el espejo de enfrente, que la repercutía, era toda una cumplida vecina, capaz de justificar la respuesta de Chamfort cuando pregunta:

¿Qué es el amor?

El cambio de dos fantasías y el contacto de dos epidermis.

Con María Luisa hablábamos siempre en francés; el español, y, según los casos, el inglés, era nuestro recurso, para que no nos entendieran. En el ocurrenciente, apelamos al español, entre dientes, para lamentar nuestra situación, la distancia, en que la mala estrella de viajero nos había colocado.

Pero, como mi vecina nos hubiera oído hablar en francés al entrar, la otra lengua con tantas “jotas”, llamóle la atención, e hizo uno de esos movimientos de curiosidad que le hacen a uno comprender que no será mal recibida una pregunta banal cualquiera, como quien dice, para entrar en materia; lo cual, observado por mí, me sugirió esta pregunta de cajón:

—*Vous allez à Naples, madame?*

A la que ella contestó graciosamente: *Oui, monsieur.*

La corriente eléctrica estaba establecida. Terció María Luisa, se mezcló en la conversación “la vieja”, que, como mi vecina, hablaba correctísimamente el francés, y viendo yo que, de los ocho pasajeros, cuatro podíamos ya considerarnos afines, traté de acomodar a mi hijita, de modo que quedara más cerca de mí; lo que se hizo mediante pequeñas perturbaciones de rodillas, muslos, etc., etc. Quedó, pues, aquélla a mi lado, y por combinación fortuita, mi vecina, que parecía hija de la susodicha vieja, como yo debía parecerle a ella padre de María Luisa.

No iba más que un hombre, exclusive yo, por supuesto, que no tardó en dormirse, lo mismo que las otras pasajeras, quedando sólo despiertos los cuatro protagonistas principales que, como antes he dicho, hablaban francés.

La vieja, que para ser exacto y cortés he debido decir “una mujer de cierta edad”, desde que apenas representaba cincuenta años, cuando vio que los otros dormían, me preguntó si yo era fumador.

*Altro* que fumador era, y soy, soy una pipa, tan fumador como don Bartolo, a quien tanto se lo han fumado en los últimos tiempos, que a cada Santo le llega su día.

—Sí, señora —le contesté.

Y ella repuso entonces: —¿Usted permite?

Ya lo creo que permitía.

Un momento después, los dos fumábamos cigarros puros.

Mi vecina, notando en mi cara cierta sorpresa, se apresuró a explicarme que la fumadora era rusa, que en Rusia se fumaba muchísimo, y de ahí, a quedar enterado de que era su madre, no hubo más que un corto intervalo.

Naturalmente, siendo de noche, no teníamos el paisaje entre los recursos consabidos de conversación, y ésta tenía que hacerse personal, lo que es siempre agradable, sobre todo entre los sexos contrarios.

Yo sabía ya que mi vecina y su madre eran rusas; pero mi vecina no sabía positivamente ni que María Luisa era mi hija, ni cuál era nuestra nacionalidad.

Mi francés mediocre para gente rusa, cultísima, como eran ellas, la confundía, siendo correctísimo el de María Luisa, que, por decoro, no quise dejar pasar más tiempo sin hacer constar que era sangre de mi propia sangre.

—Entonces —díjome mi vecina—, ustedes no son franceses, aunque *mademoiselle* lo parezca.

—No, señora.

—¿Y qué son ustedes?

—Adivine usted —y hablábamos en italiano y en inglés y en español y en portugués, con María Luisa, y le decíamos a mi vecina, preguntándose en francés:

—Y bien, ¿qué seremos, *madame?* —y digo *madame*, porque estaba impuesta de que era viuda, lo que era una doble complicación, ¿o no es sumamente complicado ser bella y viuda?

Mi vecina no caía en cuenta.

Pero no había por qué abusar del incógnito, y, al fin, dije que éramos americanos, de descendencia española, y, ligándose la conversación, llegamos a lo de siempre, a la hermosura de las lenguas, pidiendo cada cual para la suya.

—Usted no pronunciaría fácilmente una frase española —le dije.

—¡Ah! se ve bien que usted no conoce el ruso; para una lengua rusa no hay ningún escollo de pronunciación. Tenemos treinta y seis letras. Dígame usted lo que quiera, y yo se lo voy a repetir como un loro... inteligente.

Me acordé en ese momento de la que podemos llamar célebre composición hecha por Arriaza, a fin de hacerlo sudar al embajador francés, que tuvo que leerla en la tertulia de uno de los infantes de la casa Real, y la dije:

—A ver si será usted capaz de repetir, a medida que yo los vaya diciendo, unos versos de lo más español que hay, porque tienen hasta dejo árabe.

—Estoy segura de repetirlos, puede usted empezar. Pero, aunque los repita como loro, desearía que usted me los dijera primero, enteros. Yo repetiré después, conforme vaya usted diciendo.

—Perfectamente. Va usted a perder.

—Voy a ganar; le repito que no hay dificultades de pronunciación para una lengua rusa, que tenemos treinta y seis letras en el alfabeto, dos ees por ejemplo, una que se denomina *e* y otra, acentuada, que se denomina *oborotnaië*, y una colección de *íes*, y otra de particularidades, que ya le explicaré, salga triunfante o no. Primero, quiero derrotarlo. ¿A ver sus versos? Esos versos tan difíciles...

Le expliqué el origen de lo que le iba a decir, la miré, me miró, y agregando “empezaremos por el título de la composición, que es ya una dificultad”, exclamé:

—“¡Julepe entre un gitano y un jaque!”.

Se sonrió, y no había yo concluido de decir, cuando ella repetía la frase con un acento tan puro, como el de un aragonés.

Me dejó asombrado, por no decir lesa. Estaba archiderrotado.

Corrido, quise ser agresivo y le dije: —Efectivamente, se necesita hablar una lengua tan áspera y tan dura como el ruso, para poder pronunciar, como usted lo ha hecho, el español, y supongo que no me ha engañado usted cuando me ha dicho que no lo conocía.

—¿Una lengua tan áspera y tan dura como el ruso?

—Sí, señora.

—¿Y por qué un hombre de talento, al parecer, como usted, repite una vulgaridad?

—¿Una vulgaridad, señora?

—Sí, pues, así como suena. ¿No sabe usted que el ruso es una lengua tan dulce como el italiano mismo?

Me sonreí... y le argüí que había estado en Rusia, en San Peterburgo, en Moscú, en Finlandia, y que no traía de allí, aparte de otras reminiscencias agradables, sino la resonancia de *koff*... con que terminan las palabras más usuales.

—¡Oh, qué desencanto tan grande me causa usted! —repuso ella—, ¿pero cuántas horas ha estado usted en Rusia? No, usted no ha estado nunca allí, es imposible...

—¿Quiere usted que le diga —le contesté—, cómo es San Peterburgo, cómo son sus calles, sus tiendas, sus monumentos, sus paseos; que le describa una puesta de sol, desde ese paseo ideal que se llama la *Pointe*; que le explique cómo es que en todas partes hay cuero de Rusia, menos en San Peterburgo?

—¡Oh! usted habrá leído todo eso en alguna Guía y se lo sabe de memoria; si hubiera estado en Rusia, no diría que el ruso es áspero y duro. Después que usted me haya recitado sus versos, yo le recitaré, para probárselo, otros de nuestro popular Kurochkin, improvisados *ad hoc*.

—No, me doy por vencido, quiero oír ese ruso tan sonoro, tan suave, tan dulce, como el italiano...

—Usted habla irónicamente. Voy, sin embargo, a complacerlo; pero a condición de que, cuando yo haya concluido, usted me dirá todos esos versos tan llenos de jotas.

—Son muy largos.

—No importa.

—Bueno, empiece usted.

Mi vecina se preparó, volviéndose galanamente hacia mí: movió sus negros ojos, velándolos con unas pestañas admirables, hasta casi cerrarlos, compuso la voz, dióle a su rostro esa expresión peculiar que pone en armonía el temperamento con las circunstancias, que embellece, como diría Flaubert, secreto envidiable, que sólo poseen las mujeres: miró... vio... recordó ... y ya había articulado las primeras palabras: *O son-na-more...*, *divni-son...* cuando el tren se detuvo, gritando los conductores:

—*Capua! dieci minuti!*

## II

Cuando yo hice mi primer viaje a la India, a más de la guitarra...

¿La guitarra?

Sí, han leído ustedes perfectamente.

Y, ¿por qué no he de haber sido yo guitarrista también?

Un día de estos, he de contar las penas del purgatorio que pasé con el método de Aguado.

Y lo he de contar con sus ribetes científicos, trayendo a colación la frenología, en la que soy algo ducho. Baste por el momento decir que a mi madre se le había metido la cosa en la cabeza, y que no ha sido señora fácil de disuadir, tratándose de la educación de sus hijos.

Con que he sido algo, más difícil que guitarrista, ¡cocinero! Hablo formalmente. Créanme, pues, cuando digo que en la cocina no soy un simple *chef*, un *cordeon bleu* cualquiera, sino un verdadero

artista. ¡Qué digo! Un poeta. Improviso, invento y me salen unos platos... de chuparse los dedos.

...La cuisine est un temple  
dont les fourneaux sont l'autel.

Si ustedes me vieran con la sartén por el mango, alguna vez, se vencerían de lo que voy diciendo, si dudan...

Pero es que, desgraciadamente, he errado mi vocación. Hace treinta años que en vez de *conchabarme* con Sempé, cometí la calaverada de enrollarme en el ejército de línea.

Vivimos en unos tiempos experimentales, en los que es necesario presentar documentos auténticos de todo, cuando algo se afirma, ¿no es así?

Perfecto: yo puedo citar como testigo ocular de lo que acabo de afirmar a mi antiguo jefe y amigo, el general don Emilio Mitre, cocinero también. Pero... no cocinero como yo. Él pertenece, en esta materia, a una escuela mixta, y yo, ni en filosofía acepto las doctrinas eclécticas de Victor Cousin.

¡Ah!, si así como soy cocinero fuera repostero, y todavía estuviera a tiempo de volver sobre mis pasos, que nunca es tarde cuando la dicha es buena. Pero es que, desgraciadamente, también he tenido poca afición a los pasteles. Lo asado, eso es lo que a mí me gusta, sobre todo. A eso me inclino por naturaleza; y queda una vez más probado, con mi ejemplo, que así como el poeta nace y el orador se hace.

On devient pâtissier  
mais en naït rôtiisseur.

Aquí, en mi tierra, pues, podrán, de consiguiente, llamarme como quieran; no me llamarán nunca, como a Martínez de la Rosa, poeta de otro género, en España, *Paquita la pastelera*.

Ahora, repito para proseguir que, a más de la guitarra, llevaba algunos libros "para leer". Este "para leer" parece una redundancia, y en efecto lo es. La albarda me será, sin embargo, perdonada por

la crítica fina, si se tiene presente que tener libros es una cosa, y leerlos, otra.

Entre esos libros, figuraba *Corina o la Italia*. Todos ustedes lo conocen. Si no lo conocen, se lo recomiendo. Vale más que muchos de los modernos que gozan de gran fama, no teniendo, para mí, más que un defecto: ser escrito por una mujer “filósofo” espiritualista. ¿Qué quieren ustedes? Yo no soy amigo, ni partidario, ni admirador, por regla general, de las mujeres escritores. En una palabra, no me gustan les *bas-bleus*, con polisón, porque suelen ser demasiado *polissonnes*.

El hecho es que, en ese libro, precisamente en los momentos en que más me aburría, porque el barco que me llevaba era muy pequeño, y no tenía ni con quién conversar, siendo yo el único pasajero, leí estas palabras:

Viajar es, por más que digan, uno de los más tristes placeres de la vida...

A pesar de la concordancia que había entre el desahogo de madame de Staël y mi situación, no entendí entonces. Recién caí en cuenta algún tiempo después, cuando comencé a encontrarme solo, aislado, en medio de caras humanas sin relación con mi pasado ni con mi porvenir, en esa soledad, en ese aislamiento, sin reposo y sin dignidad; porque —como dice la misma célebre escritora— ese anhelo, esa prisa, por llegar allí donde nadie os espera, esa agitación que no tiene más causa que la curiosidad, os inspiran poca estimación por vosotros mismos, hasta el momento en que los nuevos objetos se tornan un poco antiguos y crean a vuestro alrededor algunos dulces vínculos de sentimiento y habitud.

Yo había preguntado: *Vous allez à Naples, madame?* La respuesta había sido: *Oui, monsieur*. Lo desconocido, lo indiferente, hasta lo molesto, cumpliéndose, en pocas horas, la ley de las afinidades electivas, y no sabiendo qué sucedería una vez que hubiéramos llegado a Nápoles, me hacían desear que el viaje se prolongara; que en vez de llegar cuanto antes, tardáramos lo más posible; de modo que, aquel *Capua! dieci minuti!* resonó en mis oídos como una bendición del cielo.



*Capua*, pensaba yo, si pudiera quedarme aquí, tanto como los tagineses y en el estado de ellos...

160

¡Cuán lejos estaba del chasco que el hado fatal de los viajeros sin suerte me reservaba!

María Luisa y yo íbamos cerca de la portezuela. Bajamos, primero ella y yo. Y fácilmente se comprenderá lo que pasó en seguida. Me quedé al pie del estribo, para darle la mano a la madre de Catherine Necrasoff y a ésta, que, calculaba, irían a tomar algo en el *buffet*. Pero, ¡cuál no sería mi sorpresa al ver que madre e hija empuñaban sus maletas portátiles, signo inequívoco de que no seguían el viaje!

—¿Cómo? ¿Y qué? ¿Ustedes se quedan aquí? —le dije a mi rusa, este mi es un modo de hablar.

—*Oui, monsieur*.

—Pero ¿no me dijo usted, señora, que iban a Nápoles?

—Sí, y a Nápoles vamos; pero preferimos dormir aquí, visitar mañana temprano el anfiteatro y otras curiosidades, seguir en carruaje descubierto por un espléndido camino, hasta *Caserta* (son solo tres cuartos de hora), y de allí irnos a Nápoles, en cualquier tren (los hay a cada momento) y así nos ahorramos la molestia de llegar al amanecer.

¿Qué contestar a esto? ¿Con qué derecho podía yo oponerme a semejante combinación?

— *Ab! madame* —exclamé— *c'est bien vrai: voyager est, quoi qu'on en puisse dire, un des plus tristes plaisirs de la vie...*

—¿Por qué?

—¿Y usted me lo pregunta?

Catherine Necrasoff comprendió, y repuso: *On peut se revoir...*

María Luisa, que tenía la imaginación de un *tourist*, y que ya se había entusiasmado con la idea de visitar cuanto antes la celebérrima ciudad fundada por los etruscos, me propuso que nos quedáramos allí. Pero ¿cómo aceptar? Ni era lícito, ni semejante *empressement* era decoroso, y me habría perjudicado, por más que los negros ojos de Catherine Necrasoff fueran fascinadores. Me negué, y dirigiéndome a ésta le dije:

—¿Así es que no repetirá usted los versos de Arriaza?

—¿Y por qué no? Si no son muy largos, tenemos tiempo. Vamos al *buffet*.

Acepté, entramos, nos sentamos; yo decía y ella repetía frase por frase:

Dijo un jaque de Jerez,  
 con su faja y traje majo:  
 yo al más guapo el juego atajo,  
 que soy jaque de ajedrez.  
 Un gitano, que el jaez  
 aflojaba a un jaco cojo,  
 sacando, ciego de enojo,  
 de esquililar la tijereta,  
 dijo al jaque: “Por la jeta  
 te la encajo, si te cojo.”  
 “Nadie me moja la oreja”,  
 dice el jaque, y arrempuja;  
 el gitano también puja,  
 y uno aguija, y otro ceja.  
 En jarana tan pareja,  
 el jaco cojo se encaja,  
 y tales coces baraja,  
 que, al empuje del zancajo,  
 hizo entrar, sin gran trabajo,  
 al gitano y jaque en caja.

Con la última “jota” que simultáneamente salió de mi boca y de los labios de aquella mujer, que, por lo mismo que se quedaba, me parecía más encantadora, los conductores gritaron: *pronti!*

No había qué hacer: era forzoso partir.

—*Adieu, mesdames!*

—*Au revoir, monsieur; au plaisir de vous revoir, mademoiselle.*

*Hotel de Roma*, dije yo, poniendo una de esas caras que todo el mundo pone, en las mismas circunstancias; y estaba tan alelado, que me imaginé que me contestarían: “Y nosotras también”.

¡Qué! me contestaron esto: “Nosotras no sabemos todavía adónde iremos”.

La traducción libre de semejante réplica no podía ser sino la siguiente: “Tal día hará un año que tuve el gusto de encontrarme con usted”.

Yo estaba batido en todos los terrenos. Catherine Necrassoff pronunciaba el español como yo, le era indiferente seguir el viaje conmigo, y yo ni sabía si aquel *O-son-na-more-divni-son*, que ella había articulado, cuando los conductores gritaron: *Capua! dieci minuti!*, era ruso o algún dialecto italiano, una broma, si se habían burlado de mí o no.

Todo mohíno y cabizbajo entré con mi hijita en nuestro compartimiento. Confieso que me pareció sombrío, desierto...

Partimos, y como mi hija tenía talento y se podía conversar con ella, nos pusimos, haciendo ella causa común conmigo, a comentar la aventura.

—Papá —me decía ella—, ¿y si fueran españolas? —Y se acordaba de un chasco que nosotros les habíamos dado a una señora y a un caballero españoles, chasco, cuya razón de ser fue todo lo contrario del caso presente: sustraernos de toda conexión con personas que no conocíamos.

María Luisa me decía: “Sin embargo, esa señora habla tan bien el francés, que no me parece española” ...aunque he conocido madrileñas que lo hablaban maravillosamente. Pero el indicante del cigarro, que fumaba la vieja, nos hizo convenir, por no sé qué aberración, en que serían habaneras, como si en La Habana fumaran todas las señoras; y habaneras son, y no hay más que hablar, era nuestra última palabra, en el momento en que los conductores gritaban: *Napoli!*

Estábamos, efectivamente, en la más bella ciudad del mundo, para mí. La prefiero a Constantinopla, a Río, a Lisboa.

En Nápoles hay todo: la luz, el color, lo que han hecho la naturaleza y la mano del hombre. Un bullicio simpático, un pueblo que ríe, a todas horas. En Nápoles no hay noche.

Desde la vasta calle de Toledo, hasta la Chiaja, y desde las más estrechas hasta Santa Lucía, cuando medio Nápoles duerme, la otra mitad toca la guitarra y la bandolina, cantando canciones amorosas

y alegres barcarolas, iluminada siempre por los ígneos resplandores del Vesubio.

Tomamos una calesa descubierta, y nos fuimos al *Hotel de Roma*, albergue delicioso, en una pequeña punta de tierra que entra en el mar.

Pasaron tres días. En todos los paseos y excursiones, esperábamos descubrir a las habaneras. ¡Vana esperanza! Decididamente, nos decíamos, la señora doña Catherine Necrassoff ha de ser doña Juana o doña Petrona del Río o Mansilla mismo. Y llegamos hasta admitir la posibilidad de que fueran parientes nuestros, remotos.

Al cuarto día, saliendo del hotel para ir a tomar el vapor que va a la *Grotta azzurra*, el portero me entregó una carta que acababa de recibir para mí.

Rompo la nema, abro, leo. —¡María Luisa! —exclamo—, no son habaneras, son rusas legítimas; —y le paso la misiva, que descorría el velo del misterio...

María Luisa, saltando sobre las puntas de sus piecitos, batiendo las manos, reflejando el centelleo de sus ojos toda la alegría infantil que le causaba el descubrimiento, exclamó:

—Yo también sé ya ruso,

*O-son-na-mo-re,*

*Divni-son...*

¡O sueño sobre el mar,

divino sueño!

Y en seguida me dijo:

—Por supuesto que esta noche iremos a visitar a esas señoras, papá.

—Y... ¿cómo no?

Volvimos de nuestra excursión, comimos, nos emperifollamos, tomamos un calesín, le dimos la dirección, y pocos minutos después estábamos en el *Grand Hotel* —edificio grandioso de estilo suizo, aislado, en un paraje pintoresco sobre el borde del mar—. Bajamos, entramos en el vestíbulo, sin decirle una palabra al portero, nos pusimos a buscar en el tablero de indicaciones la tarjeta consabida.

—*C'est drôle* —dijo María Luisa— *ça n'y est pas.*

—Portero —dije yo a mi vez—: ¿madame Necrassoff?

El portero contestó sencillamente: *partiti!*

María Luisa y yo nos miramos, y ambos a una nos dijimos: —¡Es una mistificación!

María Luisa me dijo con su carita llena de malicia inocente: —¡Se han burlado de ti, papá!

—Y de ti, mi hijita, ¿o todavía saltarás de gusto, diciendo: “O-son-na-more-divni-son... ya sé ruso...?”

No nos quedaba más que una sola cosa que hacer: dar un paseo por la ribera, tratar de olvidar lo inolvidable, irnos al teatro y dormir en seguida lo mejor posible, guardándonos bien de pensar que del ruso sabíamos otra cosa que no fueran apellidos acabados en *off* ...

Eso hicimos.

Al volver al hotel, hallé una carta que decía así:

Caballero: un despacho urgente nos obliga a mamá y a mí a regresar a Roma. Pero estaremos de vuelta dentro de ocho días, y entonces espero que tendremos el gusto de ver a su interesante hija y a usted en el Grand Hotel. *Catherine Necrassoff.*

Todo lo dicho es verdad, mi querido Tagle, tan verdad como que tengo, para no ser exagerado, menos gusto en verlo a usted de Senador que usted mismo.

Y... *bonni soit qui mal y pense.*

## BIS

Al señor Doctor Don Luis V. Varela

165

Mi querido Lucio:

He leído su folletín. Usted abusa de su increíble facilidad de narrar y de la originalidad atractiva con que lo hace. Así le cuenta a su auditorio todo lo que le da la gana, dándole el carácter de verdad que tendría, si se refiriera a hechos reales. Los preliminares a la introducción de Catalina o Carolina Necrassoff son deliciosos: uno ve las escenas descritas, pero no hay ni ha habido nunca tal Catalina Necrassoff. Suyo afmo.

E. Wilde.

Sucede con la reputación intelectual de un hombre casi exactamente lo mismo que con su reputación moral.

Es sabido que, cuando la fama es buena, el hombre es inferior a su reputación, y que, cuando la reputación es mala, el hombre es mejor que su fama.

Yo, al menos, tengo ese convencimiento, fundado en la experiencia de la vida. Ella, que ha sido mi gran libro, me ha enseñado: que no somos ni tan malos, ni tan perversos como se cree, ni tan angelicales, como algunos hipócritas lo sostienen, no *por los otros*, sino en beneficio de sí mismos.

Pero, aquí no se trata de moral, ni siquiera de crédito literario, en el sentido académico; es decir, de si yo escribo bien o mal, con galanura o sin sombra de gracia. Se trata sencillamente de si soy o no (que es lo que de mí se dice) un escritor de imaginación.

No soy sordo ni ciego, de modo que he podido oír y ver: ver lo que se ha escrito, oír lo que se ha dicho, y, he oído y he visto, por ejemplo, cuando escribí mi libro sobre los *Indios ranqueles*, que un noventa y nueve por ciento de los lectores creían que la *Excursión* no había tenido lugar, siendo todo ello obra de mi fecunda imaginación.

No puedo decir que llegué a dudar de los hechos, a punto de tener que palparme, como el personaje de la comedia, que, antes de contestarse a sí mismo “yo, soy yo”, se toca por todas partes el cuerpo, tanteando su periferia, por los cuatro costados.

Confieso, sin embargo, que cuando Mantegazza, el célebre Mantegazza, no un *bachicha* cualquiera llamado así, escribió su *Dio Ignoto*,<sup>1</sup> en el que yo figuro (con permiso mío, porque Mantegazza me lo pidió) como un personaje fantástico, llegué a preguntarme si no habría sido mejor que, en vez de un libro real, hubiera fabricado uno completamente de pura invención.

¡Quién sabe si ese procedimiento no habría hecho que se creyera en la realidad de lo que el libro contiene! Gato por liebre suele ser mejor.

¡Es tan frecuente confundir al padre con el hijo, al autor con el actor! A Larra lo creían *Fígaro*; a Cervantes, *Don Quijote*, y la mujer de uno de los hombres de más chiste de este siglo, le decía en plena mesa con toda ingenuidad al autor del *Nuevo Robinson*:

—¡Ah, señor!; ¡y cómo sufriría usted en aquella isla desierta, entre puros monos! ¡Y qué peligros no correría usted en medio de tantas bestias feroces!

A la inversa me sucedía a mí, después de dar a luz mi susodicho libro, pues no pocos lectores llegaron a preguntarme como quien desea recibir una confidencia:

—Decime, *che*, Lucio, ¿realmente has estado vos entre los indios?

La aberración, que unas veces se traduce en credulidad y otras en incredulidad, es un fenómeno del alma, que envuelve todo un problema de psicología social. La regla es ésta: ser escépticos cuando se trata de efectos producidos por gente que hemos conocido, cuyas aptitudes no sospechábamos, porque nos hemos tratado con ellas de tú y vos; y tener las fauces de un hipopótamo para tragarse los bocados más descomunales, cuando se trata de lo desconocido.

Así, oyendo un día decir que Fulano, nuestro condiscípulo, nos

1. Puede verse en dicho libro la nota del autor y sus asimilaciones con el mío.

ha sacado la oreja, en cualquier cosa, nuestra primera impresión es una mezcla de desdén y de envidia, y atribuimos el éxito colosal a la fortuna, en vez de imputarlo principalmente a la capacidad.

Oímos decir: *Juan Pérez* es banquero. ¿Cuál *Juan Pérez?*, preguntamos. ¡Pero hombre! nos dicen: ¿no te acuerdas? Aquel tan zonzoso, que estaba en la clase de Gramática que todos los días se quedaba en penitencia, en cruz, con orejas de burro. ¡No, hombre, no puede ser! ¡Es imposible! No obstante, es así. Pero es que, el que ha aprendido mucha Gramática y no ha conseguido hacerse rico, no se conforma con eso, no lo entiende, y, mientras tanto, hay que creer o reventar: *Juan Pérez* es banquero. No sabe Gramática Castellana a derechas, pero sabe Gramática Parda.

Otro día nos dicen: el hombre más rico de Buenos Aires es Leonardo Pereira. No hemos sido condiscípulo suyo; pero tiene para nosotros ese extraño prestigio de lo desconocido, y admitimos en este caso, sin repugnancia, lo que no nos entraba en el de *Juan Pérez*.

Y hay algo más curioso todavía, y es que, si estamos apurados y ocurrimos al señor Pereira, es probable que éste nos reciba como a un antiguo conocido, y que *Juan Pérez*, el de las orejas de burro, nos mire de arriba abajo, con una de esas caras en las que un observador agudo puede leer que *Juan Pérez* no habla sinceramente cuando dice: “Efectivamente, creo que lo he visto a usted alguna vez”. Guardaos de insistir en que os debe conocer *Juan Pérez*. Es mejor que piense que no os acordáis, de que lo visteis muchas veces en penitencia, con orejas de burro.

Fingid, fingid siempre en estos casos; y la comedia puede ser que haga que *Juan Pérez* proceda como Pereira. De lo contrario, saldréis de su bufete, como entrasteis, apurados, murmurando interiormente: estos advenedizos son todos iguales, reflexión que debisteis hacer antes de entrar, no al salir.

Bueno, un hombre podrá defenderse, como Horacio Cocles, solo contra un ejército, en la cabeza de un puente; pero no se defenderá victoriosamente contra su reputación. Será vencido, por más que grite: ¡digo la verdad!



Ergo: entre luchar para caer, y seguir así como vamos, opto por lo último, y les declaro a ustedes, para hacerles el gusto, que soy un escritor de imaginación.

Lo raro, lo sorprendente, lo cuasi extraordinario es esto: que sea, precisamente, uno de mis médicos —y no digo mi médico, porque yo tengo todos los médicos posibles, desde que creo en todas las drogas imaginables— quien, pensando y diagnosticando como todo el mundo, haya encontrado, al hacer su análisis craneoscópico, que tengo muy desarrollada la protuberancia de la “idealidad”...

¡Wilde! ¡el doctor Wilde! ¡el doctor Wilde! ¡mi amigo Wilde! un hombre sin pizca de imaginación, que me debe conocer a fondo, fallando *ex cathedra*, también, que padezco de *eso...* ¡de imaginación!

¡Eh, con tal de que no llegue a ser un *licenciado Vidriera!*

Como lo acaban ustedes de ver, Wilde no ha creído en lo que llamaremos la aventura con Catherine Necrassoff. Ahí está su carta, como texto o epígrafe. Y solo diré en mi descargo, esperando ser creído, que Tagle no me hará la injusticia de suponer que yo me haya permitido engañarlo, sirviéndole gato por liebre, lengua de vaca por lengua rusa, cuando mi objeto fue dedicarle un verdadero manjar, algo como un esterlete del Volga, en escabeche, pescado en mis apuntes de viaje.

Este Wilde me pone en un verdadero aprieto, con su incredulidad. ¡Hombre incorregible! Pues es nada, obligarme a decirle al lector lo que he creído que debía silenciar, por no exponerme a correr el riesgo de caer en la monotonía, en esa monotonía que da sueño, que hace dormir, o que fastidia, hasta hacernos estrujar el diario y arrojarlo con rabia, exclamando: ¡qué tonto!

No hay más, tengo que sacrificarme. Mejor dicho, tengo que presentarme como una víctima más del pirronismo literario de Wilde, por no decir de su saña; porque, la verdad es que se necesita tener mal corazón, para chulearme como él lo ha hecho, tirarme de la lengua, ponerme la pluma en la mano y forzarme a proseguir *quand même*. ¡Ah!, los tales médicos, cuando se hacen estadistas,

no tienen entrañas.

Lector paciente o amable, permitidme decirlos ante todo, por vía de observación: que, en general, es muy difícil explicarle al que no la sabe, la pronunciación de una lengua; que la tarea se hace *casi* imposible, cuando se trata de dos lenguas, que tienen tan poca analogía entre sí, derivando de troncos distintos, como sucede con el ruso y el español, e imposible del todo, si el que debe explicar solo sabe la lengua (que es el caso mío) de aquel a quien se dirige (que es el caso de ustedes, los que me leen).

De modo que tengo que insistir en que Catherine Necrassoff ha existido, y que apelar a sus pruebas y procedimientos, para medio hacerme entender.

¡Malhaya el tal Wilde!

¡Con razón sus opositores dicen que es una calamidad!

Al diablo no se le ocurre desmentirme, y desmentirme, con la circunstancia agravante de que he de ser yo mismo el que lo tenga que hacer saber.

¿O no está claro que la carta del texto, tan repulida, está cantando que ha sido escrita para que pueda ver la luz pública sin rubor?

Cuanto más me empeño en ser breve y conciso, tanto más elástica se me vuelve la frase; por manera, que si aquí no le doy un corte, la introducción resultará más larga que la exposición, y ¡adiós! reglas de Retórica, y ¡adiós! Estética.

*Alors*, para que el *potpourri* sea completo, me echo en brazos de Luis V. Varela, que es el ingenio argentino más capaz de creer, siendo, como es, un cerebro tan poderoso; quizá y sin quizá, el doctor en jurisprudencia más instruido en literatura que tenemos, y a él le digo, encargándolo de que lo convenza a Wilde, con quien yo no puedo, que Catherine Necrassoff era hermana del conocido prosador y poeta de ese apellido.

Volvamos, pues, por un momento, y antes de proseguir, a las dificultades enormes con que tiene que tropezar todo aquel que quiere dar una idea *fonética* de la exacta pronunciación de una lengua cualquiera, al que no la ha oído hablar jamás. Y dejemos a un lado, lo que complicaría doblemente mi empeño, las modalidades

gramaticales de esa lengua, sea sabia o no.

Por ejemplo, ustedes no han oído nunca hablar la lengua de los esquimales. Yo puedo, sin embargo, iniciarlos en ella, escribiéndoles tres renglones. Helos aquí:

*Illaming nin, akbing nun,  
arkridjigiliork Iutik  
arkridjigilinurublutig ork.*

Puedo asegurarles, asimismo, que la traducción de dichas palabras es ésta:

De la orilla opuesta de este lado, hacia (es decir: habiendo partido del otro lado del mar) los dos vinieron a cazar *ortegas* (ave americana). Y se arrebataron de las manos, unos a otros, esas ortegas, pues.

¿A qué recursos apelaría yo para decirles a ustedes cómo se pronuncia por un esquimal, cómo suena, saliendo de su boca, la penúltima palabra trascrita, la cual consta de la friolera de veintidós letras?

Tendría, en primer lugar, suponiendo que lo pudiera hacer, que explicar cómo se pronuncia cada letra del alfabeto esquimal; y, en seguida, que explicar todavía cómo se combinan sus sonidos, al articularlos, para formar palabras y, una vez hecho, me parece que estaríamos tan adelantados como al empezar.

Eso fue precisamente lo que a Catherine Necrassoff le sucedió conmigo.

Ella empezó por decirme: el alfabeto ruso tiene treinta y seis letras, y me las pintó primero con sus caracteres moscovitas, y después me las figuró con signos latinos.

El ruso, añadió, no tiene, como el francés, letras mudas; la misma letra *s'kratkosou*, que podría pasar por muda, es un sonido *aspirado* o una *aspiración*, y solo se emplea en la terminación de algunas palabras, después de una vocal.

Tenemos vocales y semivocales, pero no tenemos diptongos, y las vocales son suaves o duras, y están sujetas a las leyes de la *permutación* y del *acorde*, que es una de las particularidades de la lengua rusa, que admite la intercalación de la *o* y de la *e*, antes de

las consonantes *líquidas*; porque las consonantes son de tres clases: *líquidas*, *duras* y *aspiradas*, y se dividen en labiales, guturales, dentales, paladales, linguales y nasales, las cuales, a su vez, son *silbantes* y *chitantes*.

Cuando Catherine Necrassoff llegó a estas *silbantes* y *chitantes* yo le dije, cerrando mi libro de memoria, en el que tomaba notas:

—Señora, me parece, como dicen los franceses, que usted emplea inútilmente su griego y su latín y que, de esta lección, no se me quedará en

la cabeza más que una cosa: que el ruso no es lo que yo pensaba, una lengua “áspera y dura”. Ruégole, pues, que sigamos otro procedimiento, si es posible.

—¿Cuál?

—¿No podría usted escribirme con caracteres itálicos exclusivamente en ruso, los versos de Kurochkin, y en italiano como suenan?

—¿Y cómo no? Precisamente de la comparación de los dos textos, con caracteres iguales, resultará probado lo que le he dicho a usted, lo que nuestro gran poeta probó antes que yo, improvisando también, en viaje, en ferrocarril, y arguyéndole a un italiano, que habló de la aspereza y dureza del ruso, como usted, que esta lengua es tan suave y tan sonora, como el italiano mismo.

Al día siguiente recibí esta misiva:

Caballero:

Al remitiros esa pequeña improvisación de nuestro periodista Kurochkin, tengo el placer de daros con ella una prueba incontestable de la armonía de *nuestra* lengua, rogándoos, al mismo tiempo, aceptéis la seguridad de perfecta estimación que os profesa

*Catherine Necrassoff.*

Grand Hotel.

En ruso

*O son na more,*

*divni son!*

*Odessa mai ou Kosta*

*ya piu o col mi pase on  
 Ne sto, a tristo tostow  
 y pian-ge, piange, piang-ge on  
 capite vino Kosta  
 o, son na more,  
 divni son!  
 Da verno ge on ne sprosta.*

En italiano

*O son amore  
 divni son  
 o, deesa, mai u Costa  
 ya piú o col mi pace on  
 nesto a tristo tostou.  
 Y piange, piange, piange on  
 capite vino costa,  
 o son amore  
 divni son  
 d'aver-nage on ne spro-sta.*

El concepto ruso, expresado en nuestro idioma, quiere decir esto:

¡Oh, sueño sobre el mar,  
 divino sueño!  
 (En) Odessa, (en el mes de) mayo  
 en casa de Costa (restaurante)  
 bebo, y él todavía más,  
 no cien, sino trescientos *toasts*...  
 Y él es quien está borracho (bis).

Y bien, ¿qué dirá Wilde a esto, querido Luis? ¿Se atreverá todavía a decir, insistiendo, que yo soy un escritor de imaginación? Capaz es de ello, porque ¿qué audacias de concepto son inaccesibles para él?

Es imposible tener contacto espiritual con una mujer llena de seducciones físicas y morales, y no tratar, para entenderla mejor, de aprender su lengua.

Estaba escrito que yo había de estudiar un poco la lengua de Catherine Necrassoff, y aquí tienes la prueba de ello en este verso de Pushkin:

*Lubiězni drug oi zoráiech ia  
lublú durachistsía es sdrusíami  
tí rosgadal davno menía  
y potamu pust mezdu nami  
ost anusía sü stíji.*

173

Traducción:

Querido mío: Ya sabes tú que a mí me gusta divertirme con los amigos; tú me has adivinado, y por eso te pido que estos versos queden entre nosotros.

Así se expresaba Pushkin, contándole, en un poema, a un amigo, lo que le había pasado la primer noche de boda...

Yo, que no me casé con Catherine Necrassoff —ya conté que se me perdió en Nápoles—, concluyo, diciendo que en viaje es más fácil *se voir que se revoir*.

Y con esto, lectoras y lectores, *au revoir*.

Ustedes no me creerían, si, con visos de mentira, les contara alguna otra verdad sobre Catherine Necrassoff, porque ustedes mismos, de antemano, ya han decidido, con el *conforme* de Wilde, que yo soy un escritor de imaginación.

Tú, Luis amigo, que vives entre empolvados mamotretos, tú, sí, me creerías, si te contara ahora, cómo fue que, antes de venirme definitivamente a América, volví a comer, en París, en casa de Catherine Necrassoff *esterlete* fresco del Volga, con salsa de *caviar*.

*C'est très-bon.*

Será para cuando podamos departir de silla a silla.

*Omega.*



## CÓMO SE FORMABAN LOS CAUDILLOS

Al Exmo. señor doctor don José Gálvez

175

*Le livre de la Nature est le livre de la Fatalité.*

Todos los historiadores argentinos dicen, poco más o menos, cuando hablan de Rozas, lo que el *Catecismo de Historia Argentina*, que sirve de texto en algunas escuelas: que ese célebre personaje descendía de una familia ilustre.

Y, en efecto, así era: mi abuela doña Agustina López de Osornio, mujer extraordinaria, bajo ciertos aspectos, tenía orgullo de su prosapia.

—Soy Butibamba y Butibarreno, solía decir, ponderando su alcurnia. Desciendo de la casa de Austria y de los duques de Normandía. Soy parienta de María Santísima.

Poco le faltaba para decir como los de Asturias, célebres Quirós:

Después de Dios  
la casa de Quirós.

Mi abuelo, don León Ortiz de Rozas (y aquí conviene que ustedes sepan que Rozas se escribe con *zeta* y no con *ese*, porque viene de rozar) era menos pomposo que su consorte.

Ortiz, eran los suyos *ab origine* y el *de Rozas* les vino de que Gonzalo de Córdoba, con quien militaron, los ennobleció, haciéndolos condes de Poblaciones, precisamente en el momento en que uno de ellos, fundador de la casa, tronco de su árbol genealógico, *rozaba* el campo, para sentar sus reales.

Los Rozas, de Chile, entre los cuales se cuentan hombres eminentes, pertenecen a la misma genealogía y fueron, allá como acá, influyentes en las campañas del Sur, tanto que, a uno de ellos, llamábanle “Padre de la Patria”, en tiempo de la Revolución.

Nobles o no, los padres de Rozas eran estancieros; así es que esto basta y sobra para explicar por qué causas el hijo mayor tomó



el campo, en un ímpetu de independencia personal, disgustado por una punición que le habían aplicado, según él decía, con injusticia... dejando “hasta la ropa”, pues quería buscarse la vida solo y probar que ya era hombre y no un niño, a quien se le pega, o se le encierra en un cuarto oscuro.

Adónde fue, qué hizo, cómo se desenvolvió, de qué manera se condujo, no son pinceladas para este cuadro.

Estamos en la célebre *estancia* “Del Pino”; Rozas es ya propietario, socio de los Anchorena y de Terrero, y más de cuatro, que después figurarán en nuestra Historia, bajo aspectos odiosos o simpáticos, son, peones suyos o sus capataces.

Cuando el prolijo historiador quiera entretenerse en estas minuciosidades, entre los papeles de don Juan Manuel —que era como le llamaban, en muchas leguas a la redonda, por los pagos del Pino— hallará las cuentas de los salarios de esos peones y capataces, su filiación, nombre y apellido. Todo ello existe actualmente en poder de Máximo Terrero.

Estamos, repito, en la *estancia* “Del Pino”; mejor dicho, están tomando el fresco bajo el árbol que le da su nombre a la estancia, don Juan Manuel y su amigo el señor don Mariano Miró, el mismo que edificó el gran palacio de la plaza Lavalle, propiedad hoy día de la familia de Dorrego.

De repente —cuento lo que me contó el señor Miró—, don Juan Manuel interrumpe el coloquio, tiende la vista hacia el horizonte, la fija en una nubecilla de polvo, se levanta, corre, va al palenque donde estaba atado de la rienda su caballo, prontamente lo desata, monta de un salto, y parte... diciéndole al señor Miró: “Dispense, amigo, ya vuelvo”.

Al trote rumbea en dirección a los polvos, galopa; los polvos parecen moverse al unísono de los movimientos de don Juan Manuel.

Miró mira; nada ve.

Don Juan Manuel apura su *flete*, que es de superior calidad; los polvos se apuran también.

Don Juan Manuel vuela; los polvos huyen, envolviendo a un jinete, que arrastra algo.

Don Juan Manuel, con su ojo experto, ayudado por la malicia gauchesca, tuvo la visión de lo que era la nubecilla de polvo aquella, que le había hecho interrumpir la conversación: “un cuatrero”, se dijo y no titubeó.

Con efecto, un gaucho había pasado cerca de una majada, y sin detenerse había enlazado un capón, y lo arrastraba, robándolo.

El gaucho vio desprenderse un jinete de las casas. Lo reconoció, se apuró. “Don Juan Manuel —se dijo—: ¡Caray!”

De ahí la escena.

Don Juan Manuel castiga su caballo...

El gaucho entonces suelta el capón con lazo y todo, comprendiendo que, a pesar de la delantera que llevaba, no podía escaparse, por bien montado que fuera, si no largaba la presa.

Aquí ya están casi encima el uno del otro. El gaucho mira para atrás, y rebenquea su pingo, a medida que don Juan Manuel apura el suyo, y corta el campo, en diversas direcciones, con la esperanza de que se le aplaste el caballo a don Juan Manuel.

Entran ambos en un vizcacheral. Primero, el gaucho; después, don Juan Manuel; pero el obstáculo hace que don Juan Manuel pueda acercársele al gaucho.

Rueda éste; el caballo lo tapa.

Rueda don Juan Manuel; sale parado con la rienda en la mano izquierda, y con la derecha lo alcanza al gaucho, lo toma de una oreja, lo levanta y le dice:

—Vea, paisano, para ser buen cuatrero, es necesario ser buen gaucho y tener buen pingo...

Y, montando, hace que el gaucho monte en ancas de su caballo, y se lo lleva, dejándolo a pie, por decirlo así; porque la rodada había sido tan feroz, que el caballo del gaucho no se podía mover.

La fuerza respeta a la fuerza: el cuatrero estaba dominado y no podía ocurrírsele, en ancas del caballo de don Juan Manuel, sino admirarlo, y de la admiración al miedo no hay más que un paso.

Don Juan Manuel volvió a las casas con su gaucho, sin que Miró, por más que mirara, hubiera visto cosa alguna discernible.

—Apéese, amigo —le dijo al gaucho, y en seguida se apeó él, llamando a un negrito que tenía.

El negrito vino, le habló al oído, y dirigiéndose en seguida al gaucho le dijo:

—Vaya con ese hombre, amigo.

Luego volvió al señor Miró, y sin decir una palabra, respecto de lo que acababa de suceder, lo invitó a tornar el hilo de la conversación interrumpida, diciéndole:

—Bueno, usted decía...

Salieron al rato a dar una vuelta, por una especie de jardín, y el señor Miró vio un hombre en cuatro estacas.

Notado por don Juan Manuel, le dijo sonriéndose.

—Es el paisano ése...

Siguieron andando, conversando... La puesta del sol se acercaba; el señor Miró sintió unos como palos, aplicados en cosa blanda, algo parecido al ruido que produce un colchón enjuto sacudido por una varilla, y miró en esa dirección.

Don Juan Manuel le dijo, entonces, volviéndose a sonreír, haciendo con la mano derecha ese movimiento de un lado a otro con la palma para arriba, que no dejaba duda:

—Es al paisano ése...

Un momento después se presentó el negrito y, dirigiéndose a su patrón, le dijo:

—Ya está, mi amo.

—¿Cuántos?

—Cincuenta, señor.

—Bueno, amigo don Mariano, vamos a comer...

El sol se perdía en el horizonte, iluminado por un resplandor rojizo, y habría sido menester ser cuasi adivino para sospechar que aquel hombre, que se hacía justicia por su propia mano, sería en un porvenir, no muy lejano, señor de vidas, famas, y haciendas, y que en esa obra de predominio serían sus principales instrumentos algunos de los mismos azotados por él.

Don Juan Manuel le habló al oído otra vez al negrito, que partió, y tras de él, muy lentamente, haciendo algunos rodeos, ambos huéspedes.

Llegan a las casas y entran en la pieza que servía de comedor. Ya era oscuro.

En el centro había una mesita con mantel limpio de lienzo y tres cubiertos, todo bien pulido.

El señor Miró pensó ¿quién será el otro?

No preguntó nada.

Se sentaron, y cuando don Juan Manuel empezaba a servir el caldo de una sopera de hoja de lata, le dijo al negrito que había vuelto ya.

—Tráigalo, amigo.

Miró no entendió.

A los pocos instantes entraba, todo entumido, el gaucho de la rodada.

—Siéntese, paisano —le dijo don Juan Manuel, endilgándole la otra silla.

El gaucho hizo uno de esos movimientos que revelan cortedad; pero don Juan Manuel lo ayudó a salir del paso, repitiéndole:

—Siéntese nomás, paisano, siéntese y coma.

El gaucho obedeció y, entre bocado y bocado, hablaron así:

—¿Cómo se llama, amigo?

—Fulano de tal.

—Y ¿dígame, es casado o soltero? ¿o tiene hembra?

—No señor —dijo sonriéndose el guaso—, ¡si soy casado!

—Vea, hombre, y... ¿tiene muchos hijos?

—Cinco, señor.

—Y ¿qué tal moza es su mujer?

—A mí me parece muy regular, señor.

—¿Y usted es pobre?

—¡Eh!, señor, los pobres somos pobres siempre...

—Y ¿en qué trabaja?

—En lo que cae, señor.

—Pero también es cuatrero, ¿no?

El gaucho se puso todo colorado y contestó:

—¡Ah!, señor, cuando uno tiene mucha familia suele andar muy apurado.

—Dígame, amigo, ¿no quiere que seamos compadres? ¿No está preñada su mujer?

El gaucho no contestó.

Don Juan Manuel prosiguió:

—Vea, paisano; yo quiero ser padrino del primer hijo suyo, pero suyo, que tenga su mujer, y le voy a dar unas vacas y unas ovejas, y una manada y una tropilla, y un lugar, por ahí, en mi campo, y usted va a hacer un rancho, y vamos a ser socios a medias. ¿Qué le parece?

—Como usted diga, señor.

Y don Juan Manuel, dirigiéndose al señor Miró, le dijo:

—Bueno, amigo don Mariano, usted es testigo del trato, ¿eh?

Y luego, dirigiéndose al gaucho, agregó:

—Pero aquí hay que andar derecho, ¿no?

—Sí, señor.

La comida tocaba a su término. Don Juan Manuel, dirigiéndose al negrito, y mirándolo al gaucho, prosiguió:

—Vaya, amigo, descanse; que se acomode este hombre en la barraca, y si está muy lastimado que le pongan salmuera. Mañana hablaremos; pero tempranito, vaya y vea si campea ese matungo, para que no pierda sus pilchas... y degüéllelo... que eso no sirve sino para el cuero, y estaquélo bien, así como estuvo usted por zonzo y mal gaucho.

Y el paisano salió.

Y don Mariano Miró, encontrando aquella escena del terruño, propia de los fueros de un señor feudal de horca y cuchilla, muy natural, muy argentina, muy americana, nada vio.

Si hubiera visto, cuando volvió a Buenos Aires, habría quizá murmurado al oído alguna confidencia, como una amonestación.

Hay actos que son un pródromo...

Y si, lector dijeres ser comentario,  
como me lo contaron te lo cuento.

Un párrafo más, y concluyo.

El cuatrero fue compadre de don Juan Manuel, su socio, su amigo, su servidor devoto, un federal en regla.

Llegó a ser rico y jefe de graduación. Sus hijos y sus hijas se casaron, se mezclaron bien, se refinaron, se educaron, se ilustraron... échense ustedes por la pista...

Por ahí andan, y gozando de no poca consideración social.

“No hay mal que por bien no venga”, y queda una vez más probada la eficacia de la frase bíblica:

“No le escasees al muchacho los azotes, que la vara con que le dieres no ha de matarlo”.

Yo tengo para mí que al cuatrero lo que más bien le hizo, no fue el compadrazgo ni la habilitación, sino los *cincuenta*, pero creo que, en estos casos, es mejor recurrir a la justicia... del alcalde...

¡Paz a los hombres! ¡Gloria en las alturas!

¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

Ahora tenemos Constitución y leyes: nacer, vivir, crecer, desenvolverse, entrar, salir, “morirse” cuando a uno se le antoja, son “derechos”, que a nadie se le pasa por la imaginación poner en duda; y espero que no tendremos, en ningún tiempo, que volver a recordar el dicho de Voltaire: *un des plus grands malheurs des honnêtes gens, c'est qu'ils sont des lâches*.

¿O creen ustedes que en tiempo de Rozas no había también mucha gente honrada?



## ¡ESA CABEZA TOBA!

Al señor don Francisco de Paula Moreno

183

*His spirits were agitated into a state of fermentation that produced a species of resolution akin to that which is inspired by brandy or other strong liquor...*

Un mal lápiz, unas cuantas hojas sucias de arrugado papel, pobre y endeble techo, escasa y opaca luz: he ahí mi ajuar hoy día 24 de noviembre de 1878, a la hora de ponerse el sol, al pie del cerro de Maracayú.

Llueve a cántaros...

Recién me apeo del caballo. Estoy embarrado hasta los ojos, mojado hasta los huesos, picado por toda clase de bichos; chorro de sangre y sudor; tengo la fiebre del trabajo: es una intoxicación como la del coñac, que hace fermentar el espíritu, centuplicando la fuerza humana, como si se le inyectara vapor, por medio de un aparato a lo Ericson.

Acabo de atravesar el bosque... oscuro ya, siendo aún de día; y van cincuenta y cinco veces que hago la misma, mismísima jornada... jornada estéril hasta ahora... pero, no importa, ¡adelante!, ¡adelante! ¡Chi dura vince!

Dos horas he puesto en redactar y corregir mentalmente lo que se va leyendo. Tengo, como Juan Jacobo Rousseau, esta facultad: una memoria singular que retiene por su orden, casi palabra por palabra, mis meditaciones. Escritas éstas, llévaselas el viento del olvido, a tal extremo que suelo no reconocerme, cuando me encuentro conmigo mismo por ahí, sin el sello de mi nombre y apellido.

No hay, pues, no puede haber, mucha diferencia entre la letra del pensamiento fugaz, fantástico, embrollado, si se quiere, y la letra de la escritura.



Pensamiento fugaz, fantástico, embrollado, he dicho. Sí, pero pensamiento lógico, encadenado. Al menos, los signos representativos de las frases murmuradas, resonando a veces en la espesura, como ecos prístinos de la creación, se agrupan en este instante sin la menor dificultad, formando conceptos inteligibles, siquiera parezcan incongruentes, extravagantes o dislocados. Suponiendo por lo demás que el desorden no sea aparente sino real, importa poco. Converso, no pretendo enseñar. No disertar, hago confidencias en alta voz, sin cortapisas, ni reticencias mentales, teniendo por interlocutor a todo el que me quiera leer; y estoy persuadido de que los que sean ingenuos, repetirán conmigo, conviniendo en ello, estas palabras de Chateaubriand: “Es muy justo que el mundo de las quimeras, cuando nos trasladamos a él, nos indemnice de los disgustos del mundo real”.

¡Qué instantaneidad la del cerebro! ¡Cómo transmite sus vibraciones a la mano! ¡Cómo se mueven los dedos! ¡Y cómo, sin deliberación, ni pausa, se suceden millares de combinaciones elocuentes, sin más auxilio que unos cuantos signos mudos, enfilados como ejércitos de patas de moscas, formados en columnas cerradas! ¡Qué admirables mecanismos los que así dan forma gráfica, expresión y color al pensamiento humano! ¡Todos los fluidos imponderables, el galvanismo, la electricidad, el magnetismo, no valen un nervio infantil operando sobre la blanca página, que recibe y transmite las primeras sensaciones del corazón en la hora inefable de las tiernas revelaciones!

¡Esa cabeza toba!

¿Por qué me subyuga con su ojo melancólico, semicerrado?

Nuestras impresiones son relativas al tiempo y al espacio; dependen de las disposiciones fisiológicas y psicológicas en que nos hallamos. Alma y cuerpo, todo se resiente del medio en que se está. Las ideas son *generatrices*. Persistiendo fuertemente un pensamiento, pueden producirse hechos adventicios. Lo preternatural puede ser una evocación. La intuición y el milagro... quién sabe... ¡cómo sondear esos abismos!

Yo he visto un fantasma blanco, alto, colosal, informe; quería y no podía ahuyentar la pesadilla; y un instante después, saliendo de la selva al llano, lo he medido con los ojos, lo he tocado con las manos, hollando el casco de mi caballo su ancho asiento de pederal. Era el mojón de límites de cal y canto, en forma de obelisco cuadrangular, plantado sobre la desierta meseta de Maracayú, con estas inscripciones, que miran a los cuatro rumbos cardinales:

*Imperio do Brazil – República del Paraguay.*

¡Esa cabeza toba!

Lo repito: ¿por qué la veo ahora, si no está aquí? Ya estoy... por asociación de ideas.

En efecto, acabo de contemplar la choza miserable de un *tembecuá* (labio agujereado), y pensando en estos indios pusilánimes y degenerados, he recordado una frase de Luis Jorge Fontana, el joven naturalista argentino.

¿Una frase?... no... una carta he debido decir. La tengo en copia aquí; escribo sobre ella cruzando sus renglones.

Es inevitable que haya confusión en todo esto; algo como saltos gimnásticos del pensamiento. Si así no fuera, no estaría redactando sobre la mesa de mis piernas cruzadas, acosado por los insectos que zumban y pululan, lo que hace pocos momentos acabo de escribir en las tabletas de la imaginación.

Pondré, pues, aquí la carta, suprimiendo ciertas referencias y elogios a mi persona, dictados por la amistad:

Villa Occidental, Setiembre 30 de 1878.

Distinguido Coronel y amigo: ayer supe que usted se encuentra en esa ciudad del Paraguay... y por esto quiero premiarlo a mi modo, enviándole un pequeño trabajo que una vez más le signifique mi aprecio y admiración.

El dibujo adjunto representa la cabeza muerta de un guerrero de la Nación Toba, copiada del natural, momentos antes de ser ella separada del tronco que la sustentara, cuando aún palpitaba la carne y resonaba en mi oído la voz valiente y sonora que, dominando entre el estruendo de las armas y el ardor de la pelea, retemplaba el espíritu de los indios.

Olvidaba decirle que el cráneo desecado por mí, de la cabeza a que me refiero, figuró en la última Exposición de la Sociedad Científica, y que hoy se encuentra en el Museo Antropológico de mi amigo Francisco de Paula Moreno.

¡Esa cabeza toba!

Me hace el efecto del filo de un cuchillo mirado fijamente en la oscuridad, me *hipnotiza*.

Pero no la veo muerta. Luis Jorge Fontana debió bosquejarla cuando los espíritus vitales palpitaban aún en sus mejillas cobrizas; y en ese instante, a no dudarlo, estaba inspirado. Hay en ella una expresión varonil y salvaje, que no es la del vivo, que no es la del muerto tampoco; algo vaporoso, aéreo, sutil, como el primer aliento del ser o el último imperceptible espasmo de la agonía: algo como esa atmósfera invisible que circunda el rostro, animando el mármol de la estatua del *Gladiador muriendo*. Parece que se defiende todavía, arañando, mordiendo, hasta escupiendo; y que no acabará de exhalar el postrer suspiro sino después de haber herido mortalmente, una vez más, a su victorioso contendor.

A mí se me figura verla alzando el macizo y pesado *pom* (clava), después de haber lanzado la última de sus flechas agudas<sup>1</sup> y roto el arco de duro *guayacán*, esgrimiéndolo, según su costumbre, a guisa de lanza corta; y agitarse como un azogado, para escapar a las balas, lanzando con estentórea voz el formidable grito de guerra ¡Hajaaá! ¡Hajaaá!, que hace retemblar la tierra hasta estremecer el tronco añoso de los más soberbios pobladores de la selva secular, como no de otro modo se estremecían las cavernas del Morven, re-tumbando en sus anfractuosidades oscuras el eco potente de Osián, hijo de Fingal.

¡Esa cabeza toba!

Cuán diferente es de la cabeza de un *tembecuá*; y cómo se comprende mirándola, estudiándola, y comparándola, que los valientes conquistadores no pudieran jamás sojuzgar nación tan aguerrida.

1. Esta flecha hirió en el vientre al Capitán don Federico Spurr.

¡Esa cabeza toba!

Hoy día el dibujo existe en poder del Presidente Avellaneda, regalado por mí. Pronto podréis verla en la portada del libro de Luis Jorge Fontana, sobre la botánica, la zoología, la etnología y la geografía del Gran Chaco, que va a publicarse, lo espero, bajo el patrocinio del Estado, pagando así el Gobierno justo tributo a la modestia y al mérito, estimulando (¡ya era tiempo!) a los Zeballos, a los Lista, y a tantos otros espíritus privilegiados, tan precoces como constantes y observadores.

¡Esa cabeza toba!

Debéis verla. Si es la cabeza de un muerto, digo que hay en la muerte, como en la vida, algo que relampaguea.

Francisco de Paula Moreno, el intrépido explorador de las ignotas tierras australes, conserva el cráneo, ya lo sabéis. Hay en él quizá una revelación antropológica que descubrir. Algo que haga dar un paso osado más a una ciencia en pañales, destinada a cambiar en días no lejanos los destinos de la humanidad: la frenología.

Esta ciencia se enseña ya en Estados Unidos hasta en las escuelas primarias. Aquel pueblo iniciador, en esto también pretende adelantarse a las soluciones.

¿Os reís?

Pues yo os digo, en verdad, que la frenología puede enseñaros y serviros más que un curso completo de filosofía.

Lector amigo:

Ya conocéis mi manía, y mi defecto. Lo confieso. No soy impersonal cuando escribo. No he aprendido mi ciencia en los libros. He leído en el mundo, meditando sobre las páginas instructivas de una vida borrascosa, llena de vicisitudes, bebiendo a veces consuelo en las tristezas del alma y en las amarguras del pensamiento.

Contaré, pues, una anécdota para concluir.

Erase un joven de diecinueve años.

Había entonces en Londres un frenólogo célebre, llamado Donovan.

El niño puso su cráneo bajo la inspección de los dedos del sabio, y éste habló así:<sup>2</sup>

No puede llamarse seguro (*safe*) el tipo de esta cabeza, por faltarle *secretividad* y cautela, esto es, discreción y circunspección, al paso que están en condiciones muy activas las facultades productivas de la afición a las mujeres y a la buena mesa.

Es malo ser tan abierto, franco y cándido como esta cabeza; pues para hacer con seguridad el viaje de la vida se necesita alguna astucia, reserva, rebozo. El que abra a todo el mundo el depósito de su corazón, se verá pronto despojado de su contenido, con grave daño de sí mismo.

Es natural, franco, ingenuo, inartificial, valiente. Aficionado a los placeres, amistoso, generoso, confiado e inclinadísimo a obrar según los demás: comerá con los gastrónomos, beberá con los bebedores, fumará con los fumadores, besará con los besucadores y así (*and so on*).

Si bien valeroso y confiado, es, no obstante, poco dado a la esperanza,<sup>3</sup> y abandonará por imposible lo que vea que no puede ejecutar en el acto.

Y seguía con las cualidades intelectuales —que clasificaba de *claras, rápidas y prácticas*—, agregando que carecían de *profundidad y solidez*, dando consejos útiles para producir con ayuda del tiempo y de la voluntad las modificaciones necesarias para hacer el viaje de la vida menos penoso.

Desde aquel entonces —han pasado veintisiete años—, el joven ese ha tenido muchas ocasiones de volver sobre sus pasos, recordando en el momento oportuno el análisis craneoscópico de Donovan.

Inclinado a la confidencia, cien veces ha retrocedido, diciendo en su interior: “Es malo ser tan abierto, franco y cándido como esta cabeza”.

2. Aquel mismo día fueron juntos, a consultar también, Torcuato de Alvear, Manuel Cobo (muerto ya), un americano del Norte, Moss, Adolfo Mansilla (difunto), Juan Vivot, un tal Gallino (italiano) y Pablo Santillán (que no morirá nunca).

3. Desde ese día, ese joven adoptó el lema *Cbi dura vince*, como desafiando la fatalidad.

Desalentado ante los reveses, ha perseverado en sus empresas, murmurando: “Si bien valeroso y confiado, es, no obstante, poco dado a la esperanza y abandonará por imposible lo que vea que no puede ejecutar en el acto”.

Lo que ha sucedido con el sujeto intelectual no me cumple decíroslo aquí. Lo dirá la posteridad algún día, y si calla, lo que es más que probable, será cuando ya habréis aprendido, en cabeza propia, que es lo mejor, y poco se habrá perdido.

Tengo íntima amistad con el joven (pretérito perfecto) de quien os he hablado. Algo más, me precio de ejercer, en sus buenos momentos, una gran influencia sobre él; y he de conseguir que, después de muerto, me preste su cráneo, para que figure al lado del de *esa cabeza toba*, sirviendo así algún día de algo. Querido Moreno: usted nos dirá entonces si valió la pena el gasto de la libra esterlina que se hizo pagar Donovan.

Aquí llegaba de mi redacción mental, al apearme del caballo, y aquí concluyo. Sería en vano que pretendiera continuar, ni más redacté, ni más se me ocurre.

¡Una idea!

¡Esa cabeza toba!

Estoy seguro de que tiene pronunciados, en proporciones diformes, el valor y la *combatividad*.

La veremos, la interrogaremos, y no nos engañará.

Yo vi en el Museo Británico, un día, un busto cuyas facciones me helaron. Miro el número en mi catálogo, ¿quién pensáis que era?

¡Caracalla!

Otra vez, estando con Adolfo Alsina parados en la puerta de la Legislatura de Buenos Aires, pasó un hombre por la opuesta acera, que le saludó.

—¿Tú tienes amistad con ese hombre? —le dije.

—No —me contestó—, le conozco de vista.

—Pues procura no pasar más allá.

—¿Por qué?

—Porque es el prototipo del hipócrita, descrito y pintado por Lavater.

—Eres un raro, Victorio (así me llamaba él).

—Será...

Algún tiempo después, recordando este incidente, me dijo:

—Victorio: ¿sabes que el individuo aquél era un famoso bribón?

¡Despreciad, pues, a los hombres observadores, que leen en los huesos y en la semejanza que tenemos con los animales!

¡Esa cabeza toba!

Lo repito: en ella deben estar bien acentuados los caracteres típicos del hombre americano prehistórico.

¡Qué bello modelo para un estudio!

## AUTORES, ASTRÓNOMOS Y LIBROS PARA LA EXPORTACIÓN

Al señor don Emilio Zola

191

*J'ai l'honneur de vous offrir un nouvel opuscule de ma façon. Je soubaitte vous rencontrer dans un de ces moments bereux, où, dégagé de soins, content de votre santé, de vos affaires, de votre maîtresse, de votre diner, de votre estomac... car il faut tout cela pour être homme amusable et lecteur indulgent.*

Sir William Thomson, el sabio que tanto ha meditado sobre las fuerzas naturales y cuyo espíritu original no se paga de palabras, decía en una de sus interesantes conferencias, en la Asociación Británica de las Ciencias, que cuando uno se aventura a querer hacer una teoría de la electricidad entra en un país nuevo, en el que no hay ni siquiera la indicación de una ruta o de una simple dirección.

Por consiguiente, yo podía preguntar el otro día, por más que la hayamos dominado hasta ponerla a nuestro servicio, esa fuerza misteriosa (la pedantería se ha escandalizado de ello): “¿o ustedes entienden bien el fenómeno, cuando les transmiten un despacho telegráfico?”.

Porque es evidente, claro como la luz del día, que no me había de referir a mecanismos y materialidades, visibles y tangibles; a no ser que a ustedes se les ocurra que escribo para gente que sabe menos que yo, cuando el caso es al revés; desde que escribo para ustedes que siendo muchos, y sumados, tienen que representar muchísimo más que yo, salvo enredo en la cuenta, como ha sucedido con Galileo, con Palissy y con el mismo Jesucristo, a quien también los judíos lo trataban de loco.

¡Sublime loco!, del cual Béranger ha dicho:

Sur la croix que son sang inonde  
un fou qui meurt nous lègue un Dieu.



Ahora, si esos críticos ambulantes creen que, porque yo no soy electricista, no me debo meter en camisa de once varas, supongo, espero y confío en que ustedes me permitirán que me meta a hablar —fíjense bien en lo que voy a decir— no de literatura, sino de libros.

Yo he leído tanto y tantas cosas buenas y malas, de cuanto Dios crió, en una diversidad de lenguas vivas y muertas (ninguna sé a derechas, de suerte que no es difícil que haya entendido mal), que a veces, cuando quiero citar, me embrollo.

¿Dónde habré leído, pues, quizá en ninguna parte, si es que algo importa el dónde, esto, que recuerdo como entre sueños?:

Si en nuestra época, un editor de buena voluntad es un pájaro difícil de sorprender por un autor desconocido, más difícil parece que lo era allá en el siglo XVIII.

Por aquel entonces, el escritor debía frecuentemente entregar su obra *gratis pro Deo*. Eso es lo que le sucedió al autor de los *Caracteres*.

La Bruyère iba todos los días a pasar un rato a casa de un librero, llamado Michallet, donde, hojeando las novedades, se entretenía con una niña muy bonita, hija del librero, de quien se había hecho amigo.

Un día saca un manuscrito del bolsillo y le dice a Michallet:

—¿Quiere usted imprimir esto? —Eran los *Caracteres*—. No sé si le hará cuenta, pero en caso de buen éxito, el producto será para mi amiguita.

El librero emprendió la obra. Ponerla en venta y arrebatarla el público, fue todo uno: de manera que tuvo que reimprimirla varias veces, lo cual le valió de 200 a 300 mil francos.

Tal fue el dote imprevisto de su hija, que se casó, andando el tiempo, muy ventajosamente.

Pero lo cierto es que los *Caracteres* salieron a correr tierras, por decirlo así, en camisa, desnudos, pueden ustedes leer sin “Prefacio”.

¡Cómo han cambiado los tiempos, con los progresos de la cultura moderna, y cuando ya no va quedando perro ni gato que no sepa leer y escribir!

Antes, cuando ni existía siquiera la fe de erratas, porque no había imprenta, y aun mucho después, cuando ya empezaron a enredarse los hombres en virtud de la libertad de escribir y de dar a luz panfletos y libelos, para que un libro se vendiera aunque fuera guacho, bastaba que fuera bueno, como bastaba que un huérfano tuviera talento o moralidad para que hiciera su camino.

No me tilden ustedes de excéntrico, de exótico, de paradójico en mis concepciones o afirmaciones. Digo bien cuando escribo *enredarse*. No estoy solo. Me codeo con buena compañía. El mismo Disraeli en sus *Curiosities of literature*, escribe, no recuerdo el texto, cito de memoria, que los romanos conocieron la imprenta; pero que sus pensadores políticos, haciendo acto de prudente sabiduría, calculando los peligros a que semejante invención exponía la sociedad y el pueblo, ocultaron el descubrimiento.

Ahora, ciertos *enfants trouvés* de la literatura, lo mismo que ciertos frutos de nupcias espurias o prosaicas, necesitan o padre adoptivo o padrino.

De lo contrario, *ça ne vas pas*, la cosa no se vende, si el editor no se ingenia y prepara el terreno, mediante ese instrumento que se llama, siendo alternativamente lenguas de la calumnia o de la fama, la prensa diaria. Y es por esto que yo, que he leído algo de *rinoplastia*, le tengo ya prevenido a mi secretario que me vaya preparando un prefacio, superfino, para cuando, ya sea con mi propio peculio o con el ajeno, salgan a luz unos cuatro o seis nuevos volúmenes de mis producciones, de las mías propias, las cuales si carecen del mérito de la meditación, tendrán el sello, no menos meritorio, de ser escritas *calamo currente*. ¿O deja de ser un mérito, en el siglo del vapor y de la electricidad, andar ligero?

Váyanse a un cuerno los que dicen que *chi va piano, va sano e va lontano*. Eso era antes de que se inventara la democracia de Washington. Ahora el que no se apura no llega, y a éste hay que

recordarle el viejo adagio español, que dice: “Para que te embobes, llevando cirial”.

Aquí, y lo lindo es que es verdad, mi secretario me pregunta qué es *rinoplastía*, y el caso es raro; porque mi secretario es bastante sabiondo y yo, poniéndolos a ustedes en el caso de mi secretario, me veo obligado a anticiparles lo que *rinoplastía* es.

¿O ustedes lo saben? Perfecto, si lo saben, saltéense el párrafo que sigue, no lean que:

En un tratado sobre la *rinoplastía*, o reparación de las narices, publicado en 1597 in folio, con el título: *De curtorum chirurgia per insitionem*, el autor, Tagliacozzi, emplea dieciocho capítulos, de los cuarenta y cinco de que se compone su obra, en probar la importancia, la excelencia y la dignidad de la nariz, de los labios y de las orejas, y a este propósito invoca a cada momento la autoridad de los médicos, de los oradores, de los poetas, de la *Biblia* y de los padres de Iglesia.

Satisfecha la impertinente curiosidad de mi secretario, el cual siempre que puede me proporciona la oportunidad de que yo luzca mi erudición enciclopédica, convengamos (estilo de predicador), amados lectores míos, en que no está de más, ¿qué digo?, en que es utilísimo tener narices.

Yo no sé si el general Urquiza, que nos dio libertad, después de habernos dado otra cosa, en compañía de mi ilustre tío, había profundizado este capítulo; pero el hecho es que él cuando quería indicar lo más vergonzoso para un hombre, que era cobarde, no empleaba esta palabra sino que decía: *es ñato*.

Señoras y señores: no quiero abusar de la atención de ustedes citando hasta versos de Shakespeare sobre la excelencia de las narices. Me limitaré a decir que en los tiempos que alcanzamos no hay narices que basten.

Ya ven ustedes lo que está pasando en Córdoba.

¡Cuántos que no han husmeado bien, se están ahora diciendo: me habría dado con un canto en los dientes por tal de haberle tomado el olor al progreso!

Pero tratándose de libros, las narices pueden servirnos siquiera para saber la diferencia que hay entre un libro escrito y un libro hecho, entre un libro pensado y un libro confeccionado, entre un libro de estudio y un libro de comercio, o como pensará un editor, entre un libro para nos y un libro para *vos*.

Es claro, pueden servirnos para eso siquiera, pero con una condición, que el libro, si tiene prefacio, prólogo, advertencia, introducción, prolegómenos, “dos palabras al lector” que suelen ser dos mil, ¡la mar!, no contenga la firma, verbigracia, de Emilio Zola, que después de leer *La Vie Parisienne*<sup>1</sup>, le dice a su autor:

J'imagine que, dans mille ans, on retrouve ce volume: ce sera la momie, débarrassée de ses bandelettes; ayant encore le rire léger de ses lèvres. Je vous envoie, mon cher confrère, une cordiale poignée de main, pour les heures agréables que je viens de vivre avec vous!

*La Vie Parisienne*, por un tal Emilio Blavet muy conocido en su casa, que se reserva *tous les droits de reproduction et de traduction pour tuos les pays, y compris la Suède et la Norvège* (pueden ustedes traducirlo en criollo, si quieren, sin ofender la moral literaria), que se vende a tres francos, en París, y a tres duros aquí. Y no hay que hacer, porque en esto de libros, sucede lo mismo que cuando en un restaurante se pide una taza de té o café: una vez servida, *c'est à prendre ou à laisser*; hay que pagarla y que tragarla o no.

Bueno pues, yo, viendo anunciado en las informaciones bibliográficas el susodicho libro, *La Vie Parisienne*, me dije: esto debe ser amoroso (si no Zola, que se ha chupado los dedos con él, no diría lo que dice), todo lo cual, después del chasco que me he dado, me tienta a decirle al generoso patrono, lo que dice uno de sus adversarios, nada menos que Francisco Sarcey, a propósito del nuevo drama *La Patrie en danger* (a mí me gustaría escribir un drama, una tragedia titulada *Las letras en peligro*):

1. Compilación de articulejos publicados en la prensa diaria y editada por Paul Ollendorff, con su correspondiente lámina, por portada, en que las mujeres muestran la pantorrilla.

“¿Qué queréis que os diga de la Patria en peligro?” Sus dos autores (Ed. y J. de Goncourt) parecen tan profundamente convencidos de la excelencia de su obra; abrigan una confianza tan ciega en el porvenir, que al fin les hará justicia; sus partidarios hacen profesión de una admiración tan sincera y tan ruidosa, que me siento un poco desconcertado. Me pregunto, como Hyacinthe se preguntaba en otra ocasión, en *Réveillon*, pasándose la mano por la frente: ¿No hay error en esto? ¿Estáis bien seguros de que no hay error?

Yo no sé si en *La Patrie en danger*, hay error o no; lo que sí sé, es que no ha tenido éxito y que en *La Vie Parisienne* hay error y mistificación en todo lo que se refiere a la República Argentina, y que *vous, mon cher Zola, qui n'êtes pas fort en Géographie, malgré votre immense talent*, habéis sido mal *renseigné*.

Pero antes de demostrar y probar esto, vengamos un momento al capítulo “La Patti à l’Opera”, que lo que es el artículo *Casse-Noi-sette* (cabe en media docena de componedores, empleando tipo del de este folletín, por más que de Boulanger trate), y vengamos para protestar, no obstante la admiración que tengo por la Patti, que canta como nadie, porque no hay en este momento, en el mundo, ni garganta, ni método ni gracia teatral, como la suya, y vengamos, repito, al mecanismo de esta literatura de munición, a la que yo opongo mi veto.

De ese modo, no hay Juan de los Palotes que no haga un libro: El misterioso telegrama, dice el autor, estaba concebido así:

*Ystradgynglaís – 5.247 – 58 – 22 – 2 h. 55 soir – M. Gailard directeur de l’Opéra. París.*

Todo lo cual quiere decir esto:

Querido cofrade: mucho me ha interesado la proposición que habéis venido a hacerme en *Craig-y-nos Castle*. Me invitáis para la ejecución de una obra maestra artística dirigida por el maestro en persona: Crear Julieta en la Ópera; os contesto: Sí.

PATTI

Sí, sí, así yo también hilvano libros a montones, si encuentro veteranos intrépidos, como Zola, que me hagan prefacios artísticos. Afortunadamente, para ustedes, no tengo más que mi secretario,

que es un hombre como hay muchos, y el cual en la colección de sus defectos, registra la mala costumbre de llamarle al pan, pan, y al vino, vino. Agregaré, porque no todos han de ser defectos, que tiene para mí la virtud de una varita mágica; pues siempre que me encuentro un poco apurado me dice: “¡busque, busque; si ha de encontrar!... ¡sí, yo tengo confianza en usted!”.

Y que da ánimo, y buscando, encuentro, y después de haber encontrado insisto en que así no hay quien no pueda fabricar libros.

¡Ah, pero qué libros, píldoras de Hollaway!

La prueba, a ver, la prueba: hela aquí, y esto, es mucho entretenido que el telegrama cifrado, traducido después.

El concilio de Nicea se sirvió también de caracteres secretos, y Raban–Maur, abad de Fulda y arzobispo de Maguncia, nos ha conservado dos ejemplos de una cifra, cuya clave han hallado los benedictinos. En el primer ejemplo se suprimen las cinco vocales, y se las reemplaza de este modo: la i, se representa por un punto, la a por dos, la e por tres, la o por cuatro, y la u por cinco, de tal modo que este conjunto de letras: .nc.p.t v.:rs:::s B::n.f:c. :rch. gl::r:::s.q::: m:rt.r.s, debe leerse así:

*Incipit versus Bonifacii archi gloriosique martyris.*

En el segundo ejemplo se sustituye a cada vocal la letra siguiente. Sin embargo, las consonantes *b, f, k, p, x*, que en dicho sistema hacen las veces de vocal, conservan también su valor.

Desde entonces acá, la criptografía no ha dejado de ser empleada ni un solo instante, y no hay casi príncipe o ministro que no la use para su correspondencia política.

Me parece tiempo mal empleado insistir en demostraciones que prueben que nada se habría perdido con ahorrarle al público parisiense la novedad del telegrama cifrado ése, puro *padding*, según dicen los editores ingleses, vulgo, relleno; como nada se habría perdido si hubieran desaparecido las crónicas que cuentan de qué medios se servía el concilio de Nice para sus *galimatías*.

*La Vie Parisienne... à Buénos Ayres...* comienza el capítulo *A Buénos Ayres*, página 283, y después de los vivos y mueros de costumbre (así decían los avisos de teatro en cierta época ¡y a nadie le

chocaba!, ¡lo que son los tiempos!) y después, repito, de un exordio adecuado a los *gobemouches*, papamoscas parisienses, cuenta lo que tantas fruiciones le hizo experimentar a Zola, trasportándose, no en sueños, sino con el pensamiento despierto, hasta estas regiones australes, ...que un amigo, llegado hacía poco de Buenos Aires en el *Equateur*, le había llevado noticias frescas de la acogida hecha a Monsieur Coquelin, en la capital de la República.

Las funciones empezaron el día 7 de julio, terminando el 26 de agosto. No había más que 20 anunciadas en los programas, y ha habido que dar treinta y ocho. ¡Y siempre con todas las localidades vendidas! En toda una idea del entusiasmo de aquel pueblo.  
¡Pero qué trabajo! ¡Y qué repertorio!

*Las Surprises du divorce* han triunfado allí como en París. Cinco veces han llenado los carteles, y parece que esto no tiene allí precedente.

Perichon y Brigad marcan una evolución interesante en el talento de Coquelin. No se dirá ya que se encapricha en representar tan sólo papeles de galán joven. Se ha connaturalizado tanto con el inmortal Prud'homme, de Labiche, que después de la representación, loco con el éxito, decía a su camarada Duquesne:

—Ya no vacilaré en hacer el papel de Poirier.

Había reservado el *Voyage de Mr. Perichon*, para su beneficio. El público de Buenos Aires, y creo que también Monsieur Coquelin se acordarán, por mucho tiempo, de aquella noche.

Después de la pieza todos los artistas se agruparon alrededor del beneficiado, y Duquesne, haciéndose el intérprete de sus camaradas, con acento conmovido, le ruega que acepte una hermosa placa de oro, en que estaban grabados sus nombres.

En seguida empezó el desfile de los regalos. Había, por lo menos, unos treinta: perlas, una botonadura de diamantes para camisa, dos bronces de Barye, siete alfileres para la corbata, un magnífico zafiro grabado, todo un surtido de anillos, un antejo de marina, una enorme caja con vajilla de plata, bastones, sacos para viaje, cigarros exquisitos... El conjunto representa, por lo menos, un valor de sesenta a setenta mil francos. (¡Qué sería si Coquelin hubiese sido mujer! Se lo habrían birlado).

El regalo personal del presidente de la República —un espléndido diamante negro rodeado de brillantes— venía acompañado de estas palabras:

M. Juárez ULMAN saluda afectuosamente a Mr. Coquelin, en la noche de su beneficio, y tiene el gusto de enviarle, en su nombre y en el de los asistentes a su palco, ese recuerdo de Buenos Aires.

No es eso todo. En un entreacto, el director del teatro fue en busca de Mr. Coquelin y lo condujo al *foyer*. Allí, en presencia de *l'élite* del público argentino, que aplaudía a más no poder, se descubrió una placa de mármol, en que se lee, en letras doradas, esta inscripción conmemorativa:

COQUELIN

*de la Comédie Française  
a joué au Politéama Argentin  
du 7 juillet  
au 26 août 1888*

Y debajo:

*César Ciacchi, directeur du Politéama Argentin, a fait graver le nom de COQUELIN sur cette pierre, destinée à être une des assises de l'Histoire de l'Art dans l'Amérique du Sud.*

Aquella noche memorable terminó con la explosión de risa que provoca siempre, dicho por Coquelin, el hermoso monólogo de Jacques Norman: *Les Ecrevisses*.

El año pasado tuve ocasión de hablar a mis lectores de un libro que Coquelin preparaba, con este título: *L'art du Comédien*. Ya está terminado, y el autor ha enseñado el manuscrito a Mr. Wilde, ministro del Interior de la República Argentina, un hábil político, forrado en un literato. Mr. de Wilde ha hecho la crítica en el diario SUD-AMÉRICA, y hasta en francés.

No citaré de ese artículo más que algunas líneas, que justificarán la tendencia, tan discutida aquí, de Coquelin, a querer representar los papeles dramáticos.

Estas líneas se refieren a la interpretación de Brigad, en *Froufrou*:

*On vous a dit, il me semble, que vous fériez bien de laisser les rôles sérieux? je vous ordonne de n'en rien faire.* Et quant aux critiques qui vous le conseillent, répondez-leur en leur montrant les larmes que vous faites couler.

¿Qué dirá Sarcey de este mandato imperativo?

Ultimas noticias: Coquelin partió el martes 28 de Buenos Aires para Río, después de su última función a beneficio de las Damas de Miseri-



cordia. Se embarcó el jueves 13 de setiembre, en Río, para Nueva York, etc., etc., etc.

200

Y aquí concluye el capítulo...

Y esto encuentra Emilio Zola que es literatura, literatura que pasará a la más remota posteridad, como las momias de los Faraones.

Ah, si Zola fuera hijo del país, ¿saben ustedes lo que yo le diría, a pesar del respeto que tengo por su bello talento, y empleando un lenguaje naturalista, como el suyo? Le diría: “¡Ahijuna!, déjese, pues, de *fregar* la paciencia”.

Estos sabios europeos acabarán por hacernos dudar de la sabiduría —no, esto es brutal—, acabarán por hacernos dudar de su sinceridad.

Pues no dice Flammarion, Flammarion, el titulado astrónomo: *J'ai salué le docteur Pellegrini, comme un astre.*

Si el doctor Pellegrini pasa en París por un astro, aquí debe ser un Sol. Y si Carnot viniera, ¿por qué lo tomaríamos nosotros? Por todo un sistema planetario.

Continúa Flammarion:

J'accepte avec le plus grand plaisir votre aimable invitation, qui vient de m'être présentée par mon ami Mr. Plantier. J'aime la croix du Sud, et je serai enchanté de passer une heure à l'ombre de ses rayons.

¡A la sombra de sus rayos!

Yo comprendo la *Retórica*, en el caso aquel entre Jerjes y Leónidas.

El persa, que era un bárbaro, lo quiso asustar al espartano y le mandó a decir que no fuera zonzo, que no se hiciera matar al divino botón, que llevaba mucha gente, tanta que, con sus flechas, podía eclipsar al sol.

A lo cual Leónidas, que era mozo duro de pelar, contestó:

—Está bueno, dígale que peharemos a la sombra.

Francamente, que el tal Flammarion no ha estado inspirado esta vez, ni es pintoresco, ni exacto siquiera, y que si hemos de juzgar de su *Mecánica celeste* por su gramática, tenemos que colocarlo en la categoría de los astrónomos de Guardia Nacional.

Por lo que hace a lo mucho que le gusta la *Cruz del Sur*, la galantería me parece una banalidad, y, a mi juicio, y sin ser astrónomo, la “Cruz del Sur” no resiste a la comparación, en belleza, con la “Osa Mayor”.

No resiste: primero, porque siete pueden más que *cuatro*, y porque de esta circunstancia viene la palabra *septentrión*, ¡ese setentrión!, que era lo que don Paco Calderón, un “ciudadano” de San José de Morro, más deseaba ver, según el cuento de Santiago Arcos, convencido el buen “puntano” de que el septentrión era algo como las Columnas de Hércules.

Y segundo; porque, hasta por la posición que ocupa la “Cruz del Sur”, *bajo el vientre* del “Centauro”, tiene un no sé qué, que la hace inferior en todo a los *triones* de la Osa.

Pero, naturalmente, Monsieur Flammarion habla por lo que le han contado; porque *de allá*, no se ve lo *de acá*, ni aunque se suba a la torre de Eiffel, como de acá, no vemos lo de allá, aunque trepemos en alas de un *cóndor* al pico más alto del Chimborazo.

¡Eh!, habrá que parafrasear una vez más el dicho de la mujer ésa, tan desagradable, que le hacía exclamar a Alfredo de Musset...

Perfide! audacieuse! Est-il encore possible  
Que tu viennes offrir ta bouche à mes baisers!

Habrá, repito, que decir, una vez más: esto lo admiro mucho, porque... no lo he visto, o don Juan de los Palotes me deslumbra, porque no lo conozco.

Señoras y señores, antes de ligar lo antecedente con lo consecuente, permítanme ustedes una observación.

Tal tierra, tal pueblo, tal arte; éste es el aforismo. Pero si vamos a juzgar de la tierra, del pueblo y del arte francés, que tanto amamos y admiramos, por estos artistas mancos, bizcos y cojos ¿a qué va a quedar reducido el criterio argentino sobre bellas letras francesas?

Va a ser cosa de pedirle al Congreso, no que dicte una ley que diga, como el epigrama aquel del tiempo de la Fronde, que era la *montonera* francesa:

Défense à Dieu  
De faire miracle en ce lieu...

sino: queda prohibida la introducción de libros franceses, por frívolos o perjudiciales. La influencia de las ciencias, de las artes, de las letras francesas, ahora y en todo tiempo, ha sido tan grande entre nosotros y en toda la América Latina, que puedo afirmar, sin temor de ser rectificado, que el pensamiento de sus filósofos, de sus jurisconsultos, de sus poetas, de sus dramaturgos, de sus novelistas es el que tiene en el Nuevo Mundo más vasto auditorio.

Es, por consiguiente, conspirar contra el prestigio del pensamiento francés, ensalzar libros que apenas tienen el mérito de sus prefacios.

Ahora, viniendo a mi aserción de que en *La Vie Parisienne* hay error y mistificación, en el capítulo titulado: *A Buénos Ayres* —capítulo que es un artículo volante, de reclame, en favor de Coquelin, el cual si vuelve es de desear no nos sirva tantas *écrevisses* crudas—; que hay error, lo pruebo rectificando, que nuestro actual Presidente no se llama ULMAN, sino como todos nosotros sabemos. ¡Señor, si es cosa divina! si uno de nosotros dice por el Presidente Carnot, Carbot (hay una familia Carbot, muy respetable en el Paraná) equivocándose sólo en una letra, de seguro que pasa por un bárbaro, por un indio, por un *créole*.

Pero un francés cualquiera, patrocinado o no por Zola, puede confundir las especies, y llamarlo *Ulman* a Celman.

¡Conocen tanto la América allá en Europa!

Me acuerdo que una vez dos franceses se detuvieron frente a una agencia de emigración, en la que rezaba este letrero:

*Inmigration pour La Plata* —y que hablaron así:

—*Veux-tu que nous y allions?*

—*Mais, oui ...*

—*Et où est ce?*

—*Mon cher, c'est en Afrique.*

Mi querido Zola, no estamos en Africa, aquí estamos en América, en donde tiene usted millares de admiradores, a pesar de lo verde de su literatura.

Y entonces, ¿por qué razón contribuye usted a que un plato, que nosotros creemos que debe ser liebre, porque es usted el que lo condimenta, resulte gato?

Sí, Coquelin ha sido aplaudido, y lo será, si vuelve, a condición de que no abuse, como ya he dicho de las *écrevisses*. Pero no se repetirá, y no se repetirá porque material y gramaticalmente es imposible que se repita, lo que no ha tenido lugar, el hecho de que en un entreacto la élite, la flor y la nata del público argentino, *applaudissant à tout rompre*, presentó en el foyer (¡si en el Politeama no hay foyer!, ¡lo que hay es una confitería, bastante sucia!) la placa esa a que se refiere el libro, el *canard pour les parisiens*.

En cuanto a lo que vuestro ahijado califica de *un fin politique doublé d'un fin lettré*, el cual le ordenó, en francés, a Coquelin, que no dejara de publicar su *L'Art du Comédien*, con todas sus letras, *il n'est plus ministre*.

De modo que cuando vuestro ahijado pregunta: *Que va dire Sarcey de ce mandat impératif?* ¡Lo único que se me ocurre es contestar lo resabido!

Nadie es profeta en su país.

Querido Zola, y por caridad, cuando usted haga prefacios para libros para la exportación, por lo menos que digan la verdad cuando se trate de mi tierra, de mi tierra, adonde si usted viene lo recibiremos en palmas, acompañándolo a que se vaya del mismo modo, aunque debiéramos estar escaldados, como el gato, de hombres de pensamiento que vienen a América, como De Amicis, que se comen nuestra mejor carne con cuero, y que después que están otra vez allí en Europa, donde, como diría Teófilo Gautier, no son capaces de inventar un nuevo gas que reemplace al sol, resulta que no tienen ingenio ni memoria, y que nos hacen aferrarnos a este refrán archiespañol: si te vide no me acuerdo.

*“Qui potest cāpere, capiat”*, y usted comprenderá, mi querido Zola, este latín de cocina, aunque no sea, como no es, latinista, y comprendiéndolo aceptará, *sans rancune*, el inmenso abrazo que, al través del espacio, le envía aquel a quien usted alguna vez le dijo, de silla a silla, la cosa más inaudita, más extraordinaria, más increíble que yo haya oído de labios humanos: *“Je suis heureux”*.



COLECCIÓN PENSAMIENTO DEL BICENTENARIO